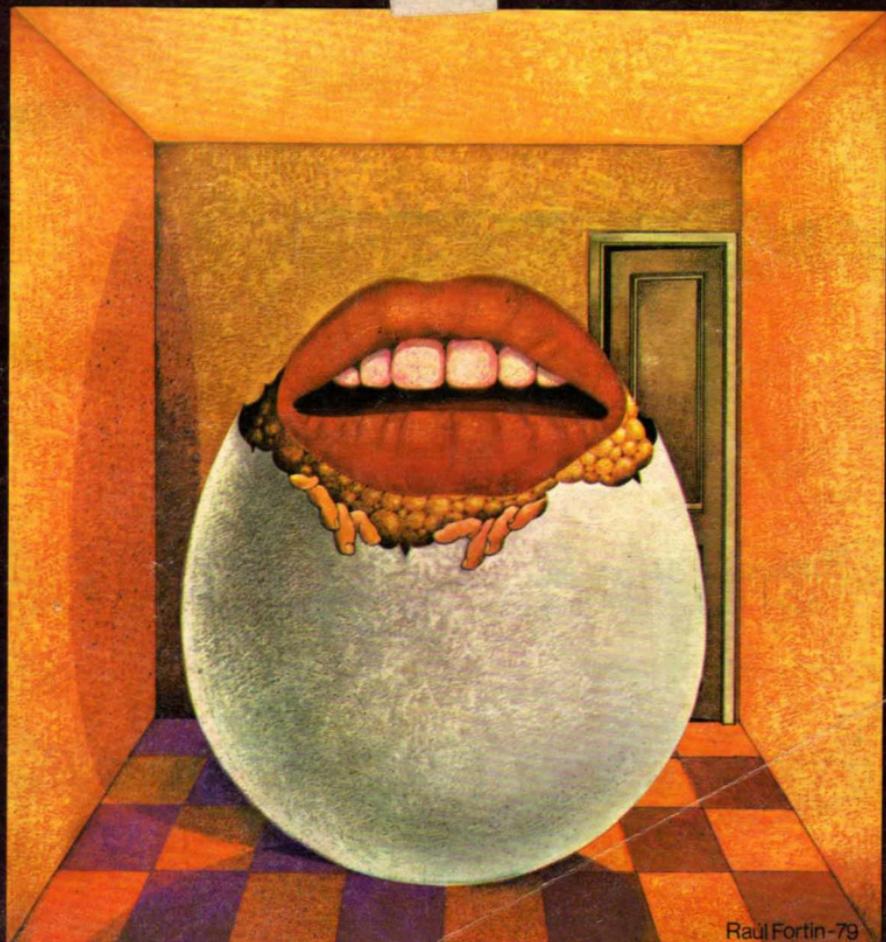


SUPLEMENTO DE
HUM®
Y CIENCIA FICCION

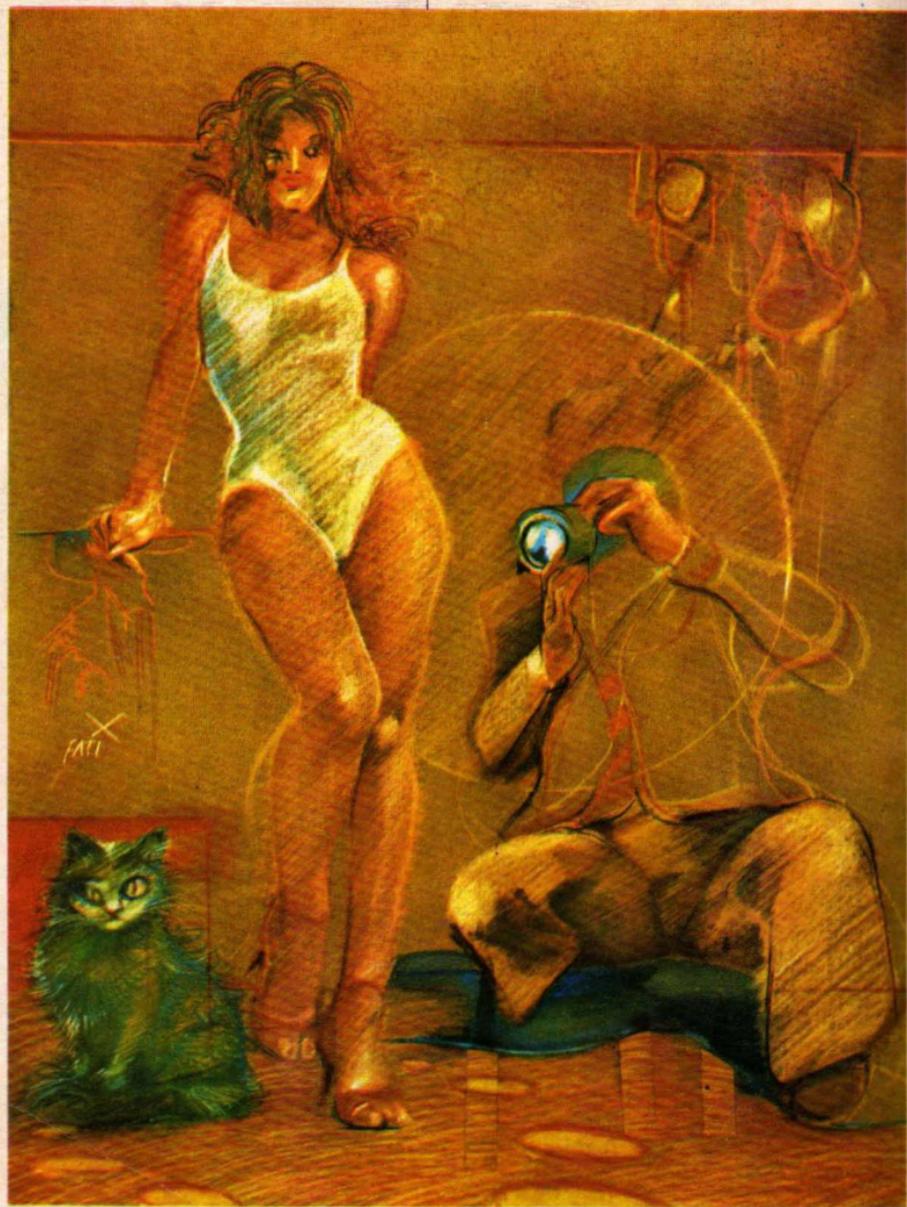
Textos de: J.G. BALLARD · HARRY HARRISON · DAMON KNIGHT ·
JOHN SLADEK · CAPANNA · FABREGAT · ELVIO GANDOLFO · LEVRERO

Y el humor de: GRONDONA WHITE · FORTIN · LIMURA ·
TOMAS SANZ · MARIN · CILENCIO · TABARE · FATI · PATRICIA



Raul Fortin-79

Escaneado y armado por Janitro para Taringa!



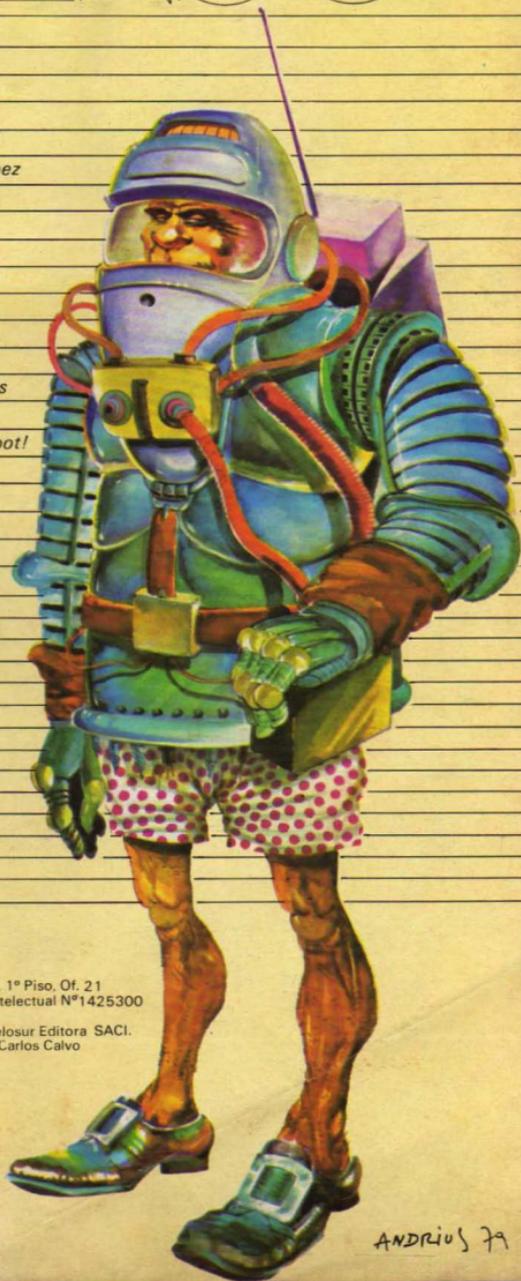
Gastón, recuerda que es para el carnet de conductor nomás!

CONTENIDO

CHJ/100

Portada: RAUL FORTIN

- 4 GRONDONA WHITE: Rob Scanner
- 9 LOS AUTORES
- 10 PABLO CAPANNA: Robert Sheckley:
cuando el humor da que pensar
- 16 TRILLO-ALTUNA: Las pueritas del Sr. López
- 20 FABREGAT-SANZ: Un invasor menos
- 22 J. G. BALLARD: El espectáculo de
televisión más grande de la tierra
- 28 GULS: Los picapiedras
- 30 JOHN SLADEK: El secreto del viejo flan
- 36 PEIROU-GRONDONA WHITE: La fiesta
- 40 CIURCA: Los inmortales
- 42 JAIME y LEA PONIACHIK: Cinco Tiempos
- 44 DAMON KNIGHT: Babel II
- 58 HARRY HARRISON: ¡No yo, no Amos Cabot!
- 70 ARRIOLA-LIMA: Baby H.P.
- 73 ELVIO E. GANDOLFO: En la barbería
- 76 MARIO LEVRERO: Ese líquido verde
- 78 EL PENDULO
- 80 Contratapa



Dirección: Andres Cascioli

Dirección literaria: Marcial Souto

Diseño: Sergio Pérez Fernández

Producción gráfica: Carlos Alberto Pérez Larrea

Redacción: Tomás Sanz - Aquiles Fabregat

Armado: Fabián di Matteo

Laboratorio: Gustavo Peralta - Alejandro Blanco

Corrección: Viviana Alvarez - Eduardo Mileo

Tráfico: Alejandro Aiello

Director Comercial: Ricardo Portal

Director de Ventas: Rubén Alpellani

Gerente Administrativo: Raúl Varela

Coordinación General: Nora Grinberg

JULIO 1979

Suplemento de HUM (R)
HUMOR REGISTRADO N° 4

Editado por Ediciones de la Urraca S. A. Avda. de Mayo 1324, 1° Piso, Of. 21
Buenos Aires, Argentina. Registro Nacional de la Propiedad Intelectual N°1425300

Prohibida su Reproducción total o parcial

Derechos Reservados. Distribuidores en Exterior e Interior: Cielosur Editora SACI.

Casilla de Correo 4504, en Capital Federal: Machi y Cia. SRL. Carlos Calvo

2426. Buenos Aires.

Dirección: Andrés Cascioli.

Correo Argentino
Central (B)

Franqueo Pagado
Concesión N° 4052

Tarifa Reducida
N° 3207

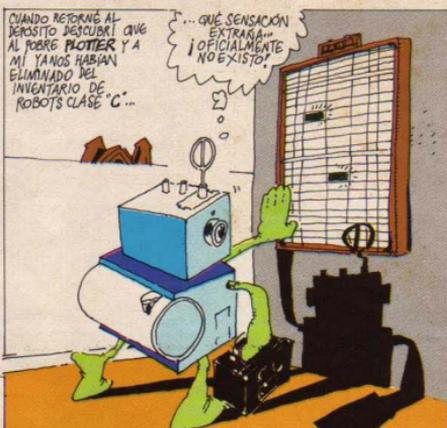
ANDRUS 79

ROB SCANNER, Es uno de los hijos predilectos del autor: un personaje conmovedor, a pesar de su corazón de computadora y su envoltura metálica. Como bien lo aclara Grondona White, "una persona".

Pero esta persona actúa en un medio remotamente futuro. El espécimen humano ya no existe y de sus obras quedan pocos rastros.

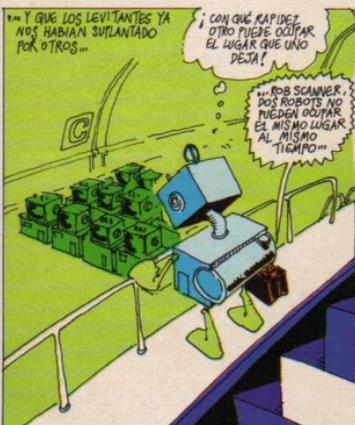
ROB SCANNER en "Monique L'Unique"

por Alfredo Grondona White



CUANDO RETORNE AL DEPOSITO DESCUBRI QUE AL Pobre PLOTTER Y A MI YANOS HABIAN ELIMINADO DEL INVENTARIO DE ROBOTS CLASE "C"...

...QUE SENSACION EXTRAORDINARIA... ¡OFICIALMENTE NO EXISTE!



"...Y QUE LOS LEVITANTES YA NOS HABIAN SULTANTADO POR OTROS..."

¡CON QUE RAPIDEZ OTRO PUEDE OCUPIAR EL LUGAR QUE UNO DEJA!

...ROB SCANNER LOS ROBOTS NO PUEDEN OCUPIAR EL MISMO LUGAR AL MISMO TIEMPO...

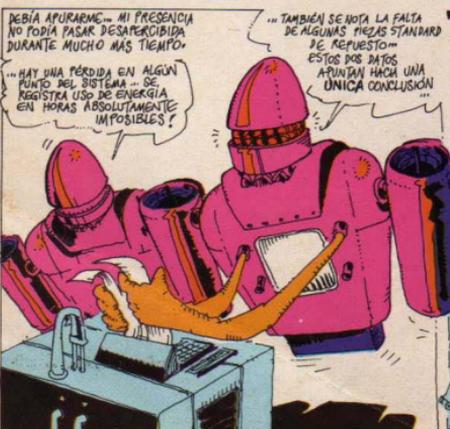


"...Y, PARA LOS LEVITANTES ERES UN PROBLEMA MUY GRAVE! NO SOLO ERES UN DOBLE MEMORIA, POR MERITO PROPIO, SINO QUE ADEMÁS POSEES MI MEMORIA PARALELA Y PODRIAS UTILIZARLA PARA SEMBRAR IDEAS RARAS EN LOS OTROS ROBOTS CLASE "C"..."



Y TENIA OTRO PROBLEMA PARA SOLUCIONAR... AL ESTAR ELIMINADO DEL INVENTARIO, NO TENIA PROGRAMADO NI EL MANTENIMIENTO PERIODICO NI LA REPOSICION DE LOS CIRCUITOS. ¡DEBIA CARGARME, EN ADELANTE, DE MI PROPIO SERVICE!

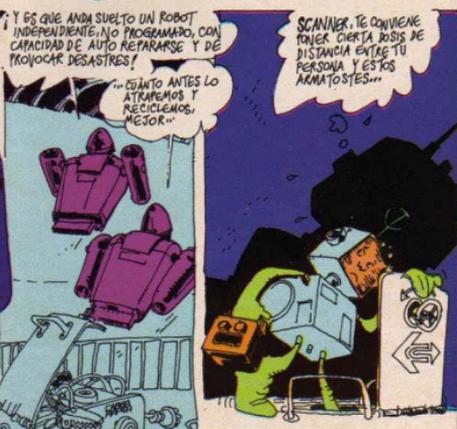
"...MEJOS MAL QUE LA MEMORIA DE PLOTTER ALMACENA LOS DIAGRAMAS BASICOS..."



DEBIA APURARME... MI PRESENCIA NO PODIA PASAR DESAPERCIBIDA DURANTE MUCHO MAS TIEMPO.

"...HAY UNA PERDIDA EN ALGUN PUNTO DEL SISTEMA... SE REGISTRA USO DE ENERGIA EN HORAS ABSOLUTAMENTE IMPOSIBLES!"

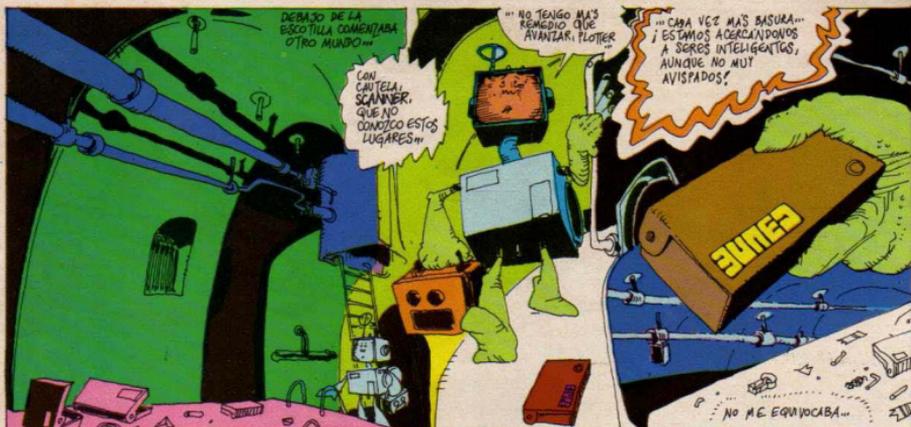
"...TAMBIEN SE NOTA LA FALTA DE ALGUNAS PIEZAS STANBARD DE REPUESTO... ESTOS DOS DATOS ARRUINAN HACIA UNA UNICA CONCLUSION..."



Y ES QUE ANDA SUELTO UN ROBOT INDEPENDIENTE, NO PROGRAMADO, CON CAPACIDAD DE AUTO REPARARSE Y DE PROVOCAR DESASTRES!

"...CUANTO ANTES LO ATRAPAMOS Y RECICLAMOS, MEJOR..."

SCANNER, TE CONVIENE PONER CERTA ROSIS DE DISTANCIA ENTRE TU PERSONA Y ESTOS ARMATOSTES..."



DEBAJO DE LA ESCOTILLA COMENTABA OTRO MUNDO...

CON CANTELA SCANNER, QUE NO COMO ESTOS LUGARES...

...NO TENGO MAS REMEDIO QUE AVANZAR, FLOTTER...

...CADA VEZ MAS BASURA... ¡ESTAMOS ACERCANDONOS A SERES INTELIGENTES, AUNQUE NO MUY AVISPADOS!

NO ME EQUIVOCABA...



BIENVENIDO A LOS TUNELES, ROBOT CLASE "C"... NO TEMAS, NO SOY UN MONSTRUO, SOY UNA IMAGEN AUTO-PROTEGIDA...

... SOY UN AUTOMATA COMO TU, PERO PROGRAMADA PARA OFRECER DIVERSAS APARIENCIAS...

SIN DUDA TE SENTIRAS MAS COMO UN VENTROMO COMO EN REALIDAD SOY, AUNQUE ME GUSTA MUCHO CONCENTRARME Y MANTENER SIEMPRE LA MISMA APARIENCIA...



ESTE PERSONAJE SE LLAMABA MONIQUE L'UNIQUE, Y SE PROCLAMABA UN "PROTOTIPO"...

¿POR QUÉ ALGUIEN DEBE CAMBIAR DE APARIENCIA, PROTEGIENDO OTRA PERSONALIDAD?

... PORQUE LOS QUE ME BUSCARON ASI LO QUISERON, SOLO CONSIGUIERON CONSTRUIR UN EJEMPLAR, YO, ANTES DE DESAPARECER PARA SIEMPRE, YA HACE MUCHO TIEMPO...

... ¡ERAN CRITICAS, MUY PARCICAS A ALGUNAS DE LAS IMAGENES MIAS QUE PROTEGO, SEGUN AVERIGUE AL OBSERVAR ANTIGUOS RETRATOS...





"MI TEORÍA ES QUE PENSABAN CONSTRUIR SEMEJANTES ARTIFICIALES PARA LUEGO HABERLOS ETERNAMENTE, PERO ALGO LES SALIÓ MAL..."

"¿CÓMO LLEGASTE A ESTA TEORÍA?"

"MI MEMORIA REGISTRA UNA GRAN CANTIDAD DE EXPERIMENTOS EXTRAÑOS A LOS QUE ME SOMETIERON... ESTOS EXPERIMENTOS APARENTEMENTE LES DABAN MUCHO PLAGER..."

"PERO EL PRINCIPAL EXPERIMENTO FALLÓ... FUE CUANDO QUISIERON HACER QUE EL PROTOTIPO SE AUTO REPRODUJERA SIN PERDIDA SIN PASAR POR LA LÍNEA DE MONTAJE... PARECE SER QUE ELLOS SE REMOVIERON DE ESA MANERA, PERO CON EL INCONVENIENTE QUE VIVIAN MUY POCOS CICLOS..."

ERAN SERES MUY EXTRAÑOS... POR UNA PARTE, FABRICABAN APARATOS QUE SÓLO SERVÍAN PARA DESTRUIR, COMO ESTE BASTONCILLO QUE PROYECTARON A UNA DE MIS IMÁGENES..."

¡OBSERVA!

PERO TAMBIÉN INVENTARON SECUENCIAS DE VIBRACIONES QUE ALMACENABAN EN CASSETTES Y QUE SERVÍAN PARA ALTEAR LOS CIRCUITOS DE UN MODO TOTALMENTE AGRAVABLE, AUNQUE INÚTIL..."

SI QUIERES EXPERIMENTAR, PREPARA TU ANTELA ¡ZQUIERA!

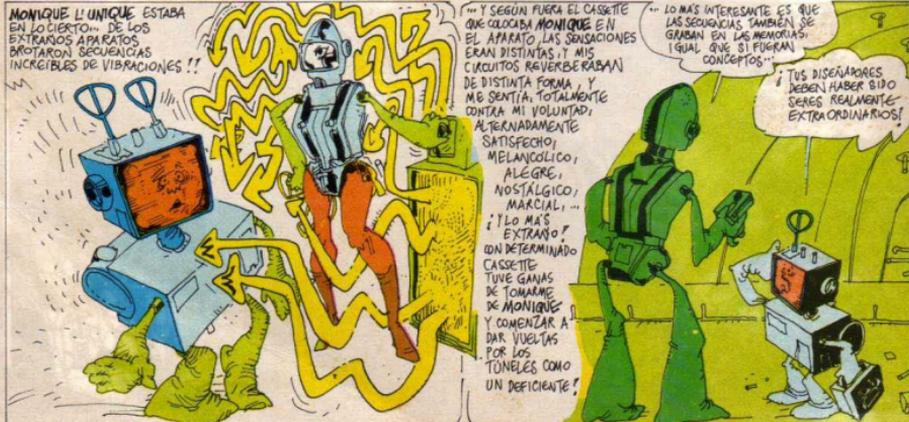


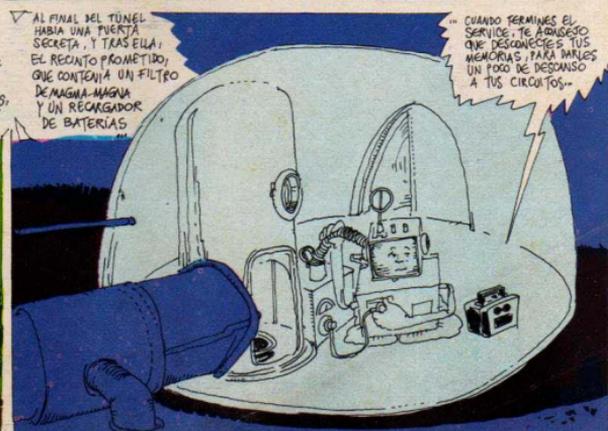
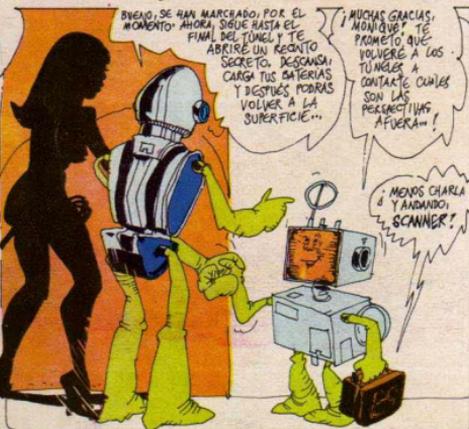
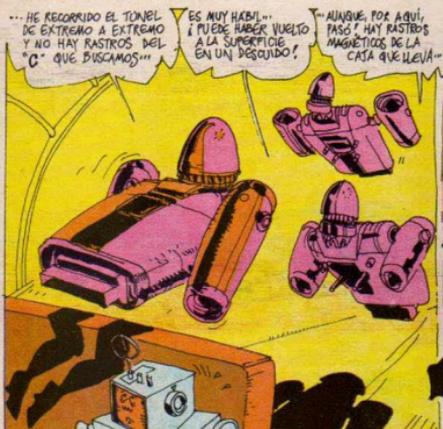
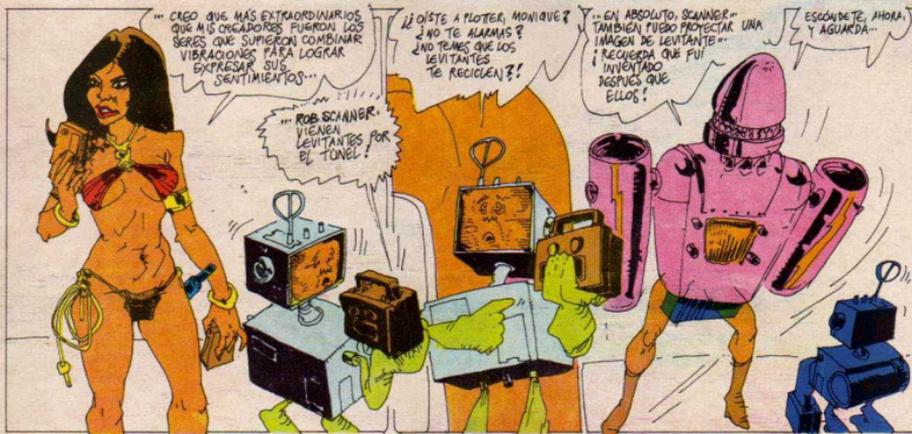
MONIQUE L'UNIQUE ESTABA EN LO CERTO... DE LOS EXTRAÑOS APARATOS BROTARON SECUENCIAS INCREDIBLES DE VIBRACIONES !!

"Y SEGÚN FUERA EL CASSETTE QUE COLOCABA MONIQUE EN EL APARATO, LAS SENSACIONES ERAN DISTINTAS Y MIS CIRCUITOS REVERDEABAN DE DISTINTA FORMA, Y ME SENTÍA, TOTALMENTE CONTRA MI VOLUNTAD, ALTERNADAMENTE SATISFECHO; MELANCOLICO; ALEGRE; NOSTÁLGICO; MARCIAL... ¡LO MÁS EXTRAÑO! UN DETERMINADO CASSETTE TUVE GANAS DE TOMARME DE MONIQUE Y COMENZAR A DAR VUELTAS POR LOS TÚNELES COMO UN DEFICIENTE!"

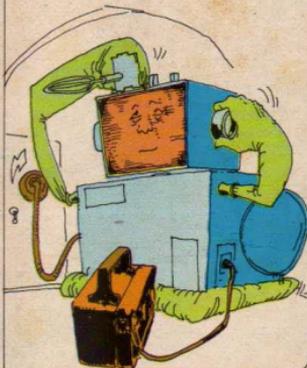
"LO MÁS INTERESANTE ES QUE LAS SECUENCIAS TAMBIÉN SE GUARDAN EN LAS MEMORIAS, IGUAL QUE SI FUERAN CONCEPTOS..."

¡TUS DISEÑADORES DEBERÍAN HABER SIDO SERES REALMENTE EXTRAORDINARIOS!

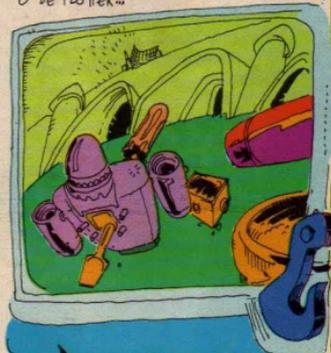




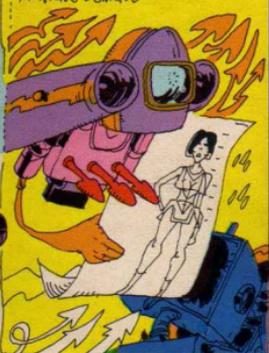
... DESCONECTÉ MIS MEMORIAS, TAL COMO LO HABÍA SUGERIDO PLOTTER, ¡ PERO ME OLVIDÉ DE DESACTIVARLAS !



... SE EMPEZARON A FORMAR IMÁGENES EXTRAÑÍSIMAS EN MI PANTALLA, TODAS SIN RELACION PERO CADA UNA DE ellas ERA PARTE DE CICLOS MÍOS O DE PLOTTER...



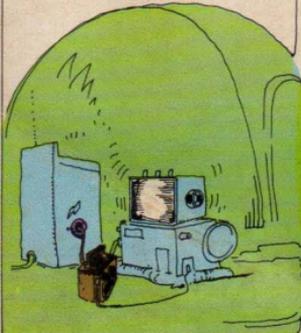
... ACOMPAÑADOS DE REMINISCENCIAS DE LOS RITMOS Y SECUENCIAS DE VIBRACIONES COMO LAS QUE ME HABÍA HECHO EXPERIMENTAR MONIQUE L'UNIQUE...



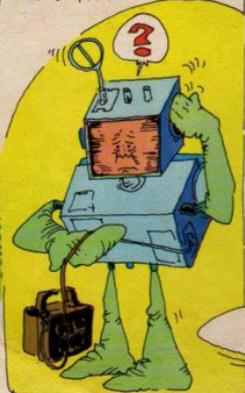
... Y UNA PARTE CONSIDERABLE DEL TIEMPO Y EL ESPACIO LO OCUPÓ MONIQUE CON SUS DIVERSAS PROYECCIONES DE IMÁGENES...



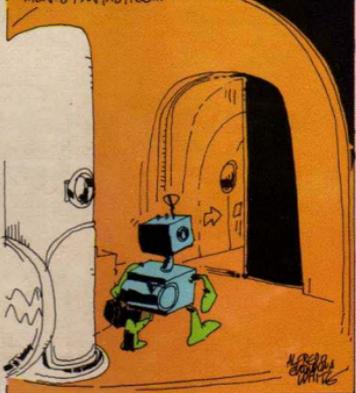
... Y ESTUVE MUY SOBRECITADO, PERO LAS MEMORIAS GRADUALMENTE SE CALMARON Y SE TERMINARON, POR ESA VEZ, LAS PESADILLAS...



... Y TODO VOLVIÓ A SER COMO ERA ANTES...

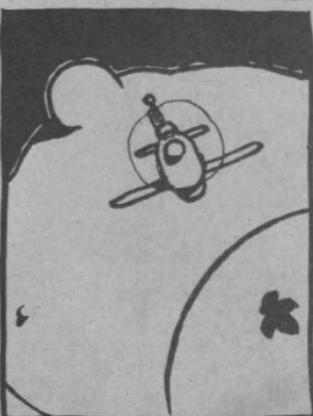
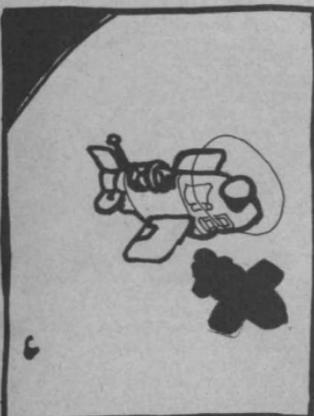
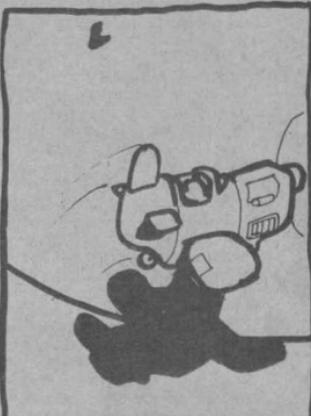
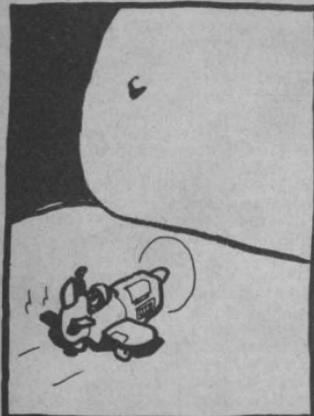
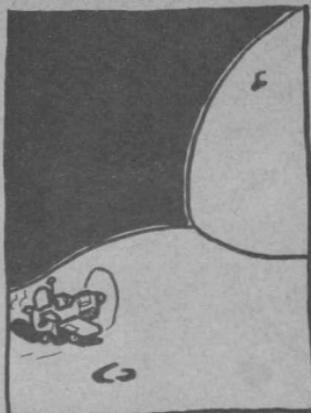


... AUNQUE BASTANTE MENOS FANTÁSTICO...



ALBERTO GARCÍA
MONTI

MECHAIN / SOBREVUELO



Mechain 78

POBLO CAPAINNA

ROBERT SHECKLEY: cuando el humor da que pensar

El Instituto de Arte Contemporáneo de Londres organizó en 1975 un ciclo de conferencias sobre ciencia ficción, en el cual participaban ensayistas tan cotizados como Edward De Bono y Alvin Töfler junto con escritores de la importancia de Ursula K. Le Guin, Thomas Disch o Harry Harrison.

La imprevista ausencia de Philip K. Dick hizo que se invitara a ocupar la cátedra a Robert Sheckley, reconocido como uno de los genuinos humoristas de la ciencia ficción.

Sheckley se presentó diciendo que sólo había hablado una vez en público, cuando tuvo que reemplazar a otro escritor ausente, con lo cual creía "estar iniciando una nueva y promisoriosa carrera como conferencista suplente". Pidiendo disculpas por su tartamudez ("me asusta hablar ante audiencias de una persona o más; hasta tartamudeo cuando hablo conmigo mismo") y considerando que en un país como Inglaterra, donde todos los oxfordianos tartamudean, eso puede llegar a ser un signo de inteligencia, Sheckley, que había sido invitado como humorista, dijo cosas muy serias sobre el puesto del hombre en el cosmos, el valor de la ciencia y el sentido del Misterio, que deben haber desconcertado a más de un oyente. "Estoy asombrado", dijo Sheckley, "con lo que le ocurrió a la ciencia ficción en los últimos años. Se ha convertido en un campo altamente académico, y los escritores que la cultivan son tratados con un respeto que yo, uno de sus pares, no puedo menos que ver con preocupación y desconfianza". La literatura fantástica popular que escribían Sheckley y sus colegas hace unas décadas es ahora diseccionada en las aulas universitarias y el mundo académico se asoma a ella buscando profundidades que quizás sus ingenuos autores jamás sospecharon.

Como humorista consecuente, Sheckley se reserva el derecho de hablar seriamente, pero se resiste a ser tomado en serio cuando no lo desea.

El nombre de Sheckley siempre acude a la memoria cuando se habla de humor en la ciencia ficción; sin embargo, Kingsley Amis lo llama "francotirador" y lo define como "un escritor serio, que incursiona en la comicidad".

Quizás pueda decirse que, como muchos escritores satíricos genuinos, es ante todo un moralista que emplea los recursos de lo maravilloso pseudocientífico, todo el arsenal de la c.f. para escribir apólogos y moralidades sobre su mundo actual, que es nuestro mundo; pero su sonrisa no es cínica, aunque tenga un regusto de amargura, a veces.

Damon Knight lo calificó como el poseedor de "un toque único para inventar civilizaciones absurdas, un estilo limpio y homogéneo, y una vena satírica que es aguda sin ser amarga".

Robert Sheckley tiene hoy cincuenta y un años, y escribe desde los veinticuatro. Nació en Nueva York y vivió en New Jersey hasta hacer su servicio militar en Corea, con las fuerzas de la UN (1946-48). Comenzó a escribir en 1951, no sin antes haber tenido los variados empleos que acostumbra tener los escritores norteamericanos. Escritor profesional y gran viajero, concluyó por radicarse en Ibiza (Islas Baleares), donde vive en una casa de dos siglos de antigüedad, sin televisión ni teléfono, con siete cuartos y tan sólo dos ventanas. Por eso es que puede decir que hoy le resulta difícil pensar en el futuro, puesto que está viviendo en un rincón del pasado:

"Por cuanto se refiere al futuro, Ibiza está fuera de él. Si la civilización occidental cayera, recién lo sabríamos tres días después, cuando llega la revista *Time*. . . Cuando yo vivía en

Nueva York, solía tener un montón de ideas sobre el futuro. Esencialmente, el futuro era un lugar sombrío, atestado, ruidoso, peligroso, inestable, ilógico, estimulante, y sujeto a cambios repentinos, tal como Nueva York. Pero ahora vivo en Ibiza, donde las cosas vienen ocurriendo casi con el mismo ritmo y estilo desde que desembarcaron los primeros turistas romanos."

En su refugio de las Baleares, Sheckley escribe y lee mucho, en especial filosofía, con lo cual alimenta un viejo hábito meditativo que se manifiesta aún en sus cuentos aparentemente más intrascendentes.

Se explica así la evolución de su temática que, dejando atrás la ingeniosidad científica, ha ido internándose cada vez más en el terreno de la especulación y la fantasía, a menudo delirante y sin límites.

Aquello que solía imaginar Sheckley "cuando vivía en New York" es bastante conocido para nosotros, pues a esa época pertenece la mayor parte de los textos que han sido traducidos (generalmente mal) al castellano. Sheckley ha escrito ocho novelas y otras tantas recopilaciones de cuentos, aunque su fuerte está en el cuento corto, el cual por otra parte es uno de los bastiones de la ciencia ficción tradicional.

Muchos de los cuentos de esa época ya eran conocidos por el público argentino a través de la recordada revista *Más Allá*, que los publicaba casi simultáneamente con *Galaxy*; los volvemos a encontrar hoy en *La séptima víctima (Untouched by human hands, 1954)*, *Ciudadano del espacio (Citizen in space, 1955)*, *Peregrinación a la Tierra (Pilgrimage to Earth, 1957)*, *Paraíso II (Notions: unlimited, 1960)*. La obra más reciente de Sheckley traducida a nuestro idioma es *Dimensión de milagros (Dimension of miracles, 1968)*, a la

cual, hasta la fecha, han seguido cuatro libros más. Fuera del campo de la c.f. (donde además se le conocen dos seudónimos: Finn O'Donovan y Phillips Barbee) Sheckley se las ha ingeniado para cultivar otros géneros, como la novela de espionaje. En las colecciones hasta ahora traducidas al castellano, también se pueden encontrar algunos cuentos de terror no exentos de originalidad, como *Miedo en la noche, Cómo criar un grifo* o *El altar*.

Sin duda, el mundo futuro que imaginaba Sheckley en la década del '50, concebido como una farsa en torno a los temas del consumismo o la superpoblación, al cabo de veinticinco años parece haber sido alcanzado por la realidad, más acelerada de lo que los "fantasistas" —como quiere definirse Sheckley— pueden imaginar. Si hace veinticinco años resultaba divertido leer *El costo de la vida*, donde un consumidor empeña el sueldo de toda su vida y aun el de su hijo para comprar el último artefacto del hogar, la computadora familiar, esos son hoy los valores de cualquier sociedad de consumo avanzada, imperturbable pese a las crisis energéticas, de modo que el cuento suena hoy como una pálida ironía, casi un tema de actualidad.

Gracias a Dios, no hemos llegado aún a las situaciones de *La trampa humana*, una Nueva York en decadencia y en poder de los delincuentes, donde se dispara a mansalva por una simple sospecha; allí se organiza anualmente una carrera de obstáculos a través de los barrios cuyo premio mayor es un acre de tierra polvorienta y escarpada en un sitio remoto, envidiada por cuantos aspiran a tener una casa propia.

Pero ya resulta algo ingenuo el mundo de la novela *The Status Civilization* (1960): Sheckley imagina una sociedad de criminales, que rinde culto al Mal, y para pintarla con colores fuertes

habla de aborto legalizado y pornografía libre: en esta materia, las sociedades "avanzadas" ya han ido bastante más lejos... En su conferencia de Londres, Sheckley sostiene que: "ya no tenemos misterio. Nuestro magro sustituto es la religión del Hombre aquí sobre la Tierra. Entendemos muy bien nuestros deberes éticos, creemos en ellos y tratamos de seguirlos. Pero siempre nos queda una tristeza secreta, saber que hemos nacido para la búsqueda, que nuestra esencia es incognoscible, que somos planta y fantasma, criaturas de dimensiones desconocidas".

Delante al misterio de la existencia que nos rodea y que nos empeñamos en no ver, suelen darse dos actitudes opuestas: la *magia*, que consiste en encerrar el misterio en ciertos objetos, negando todo lo demás y haciéndose la ilusión de poseerlo, y la *ciencia*, que se abstiene de considerarlo, alegando que no es operativo ni práctico. Sheckley no hace ninguna concesión a la magia, lo cual quizás no le asegure demasiada popularidad en el mundo de adivinación y ocultismo en que vivimos. Por el contrario, toma los temas tradicionales de la brujería y la magia para neutralizar su solemnidad mezclándolos con las realidades más pedestres: en *Los deseos del rey*, hay un demonio que

es funcionario público y graduado de la Tecnológica.

Sin duda, lo más logrado está en una joyita que lleva por título *El contador*; trata de una familia de honrados hechiceros y vampiros, que aspiran a que su hijo siga una profesión "tradicional", mientras el joven discípulo se empeña en ser contador público. En el golpe de efecto final, cuando mediante la exhibición de planillas de réditos y Libros Mayores logra conjurar a un poderoso demonio, la familia entera se convence de que "siendo contador podrá tener un poder maléfico sobre los hombres mayor que el que dan todas las artes ocultas..."

¿Y qué pensar de la ciencia?

En un párrafo de su clásico libro de crítica de ciencia ficción, *In search of wonder*, Damon Knight reprochaba a Sheckley (tanto como a Bradbury y Matheson) ser poco cuidadoso respecto de la ciencia e incurrir en situaciones poco convincentes desde el punto de vista de la lógica y la física; el libro de Knight es de 1956, y por ese entonces muchos habríamos estado de acuerdo con él. Después, el género siguió creciendo, se fueron borrando sus límites escolásticos y lentamente comenzó a sumergirse en lo que se llama "literatura" a secas. Hoy, este tipo de reproches estarían fuera de lugar, y mucho más tratándose de un humorista.

Por su parte, Sheckley tiene su propia opinión de la ciencia: "Yo definiría al científico como un animal productor de descubrimientos, que se desprende de sus productos con la misma naturalidad y despreocupación con que la gallina produce huevos. Al igual que la gallina, el científico es indiferente al uso que se le da a sus productos. Por lo general, los científicos no están a favor de las bombas atómicas, y es de presumir que a las gallinas les disgusten las tortillas; pero ambos son realistas y se manejan con las condiciones que encuentran."



Del mismo modo que ridiculiza a la magia, Sheckley se empeña en mostrar el fracaso de la tecnología, tanto cuando ésta intenta resolver problemas humanos como cuando produce consecuencias no deseadas.

Casi siempre se trata de máquinas hechas para relevar al hombre de sus responsabilidades y que terminan metiéndolo en dificultades mayores. Un bote salvavidas automática que somete a sus tripulantes a sus propias fantasías programadas, y para protegerlos los pone en peligro (*El motín del bote salvavidas*); una escafandra perfecta, que termina sirviendo tan sólo para alimentar una fogata (*Tierra, aire, agua y fuego*); un escudo de invulnerabilidad que se convierte en trampa mortal (*Primer modelo*); una "máquina de satisfacer deseos" que desarrolla criterios estéticos propios; un aparato utilísimo, pero imposible de parar una vez puesto en marcha (*La llave laxiana*).

Aquí no se trata tan sólo del clásico "complejo de Frankenstein" que solía enturbiar las relaciones entre las máquinas y los escritores; es algo más profundo, como una reivindicación de la libertad y la decisión humanas frente al paternalismo técnico, que pretende evitar el mal quitándole al hombre la posibilidad de elección. A veces, la actitud es más pesimista. ¿Cómo habrán de leer los ecologistas un cuento como *La montaña sin nombre*, escrito hace veintitrés años, que sostiene lisa y llanamente que la Naturaleza se ha cansado del hombre, ese molesto insecto presuntuoso que pretende vejarse y someterla cubriéndola de autopistas, moteles y estacionamientos, y se lo sacude de encima mediante unos pocos sismos...?

Entre los escritores norteamericanos, esta preocupación por la libertad se enlaza con el mito de la Frontera y sus valores de individualismo, vida simple y entereza. Los héroes de Sheckley huyen al espacio como sus antepasados iban hacia el Oeste, en busca de un lugar donde sea posible vivir libremente, sin que el Estado se inmiscuya en sus asuntos.

El más célebre de estos Eldorados es el planeta Trani, con su absurda sociedad anarquista, que nadie quiere gobernar, donde las máquinas sirven para canalizar la agresividad y existe una aparente

sumisión lemnina que es en realidad una matriarcado (*Un pasaje a Trani*). Kingsley Amis ha querido ver aquí una utopía, aunque no creo que el autor comparta su criterio, pues su protagonista la abandona precipitadamente.

En el cuento *Ciudadano del espacio*, el héroe logra al fin liberarse del opresivo control del Estado yéndose a un planeta virgen y convenciendo a los espías e inspectores que se queden con él. En *Problemas con los nativos*, no tiene más remedio que hacerse pasar por extraterrestre para que los colonizadores lo dejen en paz. En *La mañana siguiente*, hay todo un plan secreto para acudir la pereza de una sociedad estancada y reclutar pioneros potenciales, poniéndolos a prueba en situaciones de peligro. La pacífica colonia de pioneros de *Autorización para delinquir* se siente obligada a reimplantar el crimen en cuanto vuelve a entrar en contacto con la Tierra, pero nadie se siente dispuesto a ser criminal.

Sheckley también ha imaginado la situación inversa: una raza de extraterrestres dotados de cuerpos proteicos, que pueden adoptar cualquier forma posible pero están obligados a mantenerse dentro de pautas estrictas, y al llegar a la Tierra descubren la libertad de ser pájaro o nube (*Forma*).

Algunas de las parábolas de Sheckley giran en torno del envilecimiento del amor por la técnica. En dos oportunidades, imagina empresas comerciales que ofrecen ya no sexo, que siempre fue objeto de compraventa, sino amor y romance. En *Peregrinación a la Tierra*, de nuevo tenemos un pionero venido de la frontera primitiva que llega a la Tierra e ingenuamente cae presa de una compañía que vende amor genuino, inducido electrónicamente. En *La armadura de paño gris*, la empresa Amor y Cía. vende auténticos romances pasionales teleguiados, con un apuntador a transistores que sugiere encuentros "casuales" y apasionados diálogos. La moraleja puede encontrarse en *El idioma del amor* donde un filósofo, preocupado por el desgaste y el adocenamiento del lenguaje sentimental, viaja hasta un remoto planeta para estudiar un complejo lenguaje amoroso; cuando regresa, sólo atina a emplear las frases más banales, que según ha descubierto son las más precisas.

Pareciera que para Sheckley la violencia y el mal fueran parte de la condición humana, y toda tentativa de controlarlas mediante alguna receta técnica terminara en el fracaso. Este pesimismo ya motivó las objeciones de Knight al final de *Peregrinación a la Tierra*, cuyo protagonista se desahoga en un barracón de feria donde practica puntería sobre mujeres de carne y hueso.

El tema está en *El pájaro vigía*, un robot concebido para evitar el crimen, que termina por impedir la vida orgánica, pues ésta se basa en cadenas alimenticias, una forma de violencia. Reparece más desarrollado en la novela *Dimensión de milagros*, donde se dice que cada especie tiene su Devorador, símbolo de la muerte.

Pero es en *La séptima víctima*, quizás la obra más conocida de Sheckley, donde más claramente subrayada aparece esta inevitabilidad de la violencia: consiste en la paradójica institucionalización del crimen, concebida para acabar con las guerras, que conduce a una sociedad de víctimas y perseguidores, ya insinuada en la novela *The Status Civilization*.

Este cuento dio lugar a una versión cinematográfica dirigida por Elio Petri, bastante más *pop* que el sobrio original ya desde el título, que elevaba a diez el número de víctimas (*La decima vittima*, 1965).

Sheckley, luego de vender los derechos para la película, se desinteresó por ella, hasta que un día entró a un cine donde la exhibían y la descubrió. Recién entonces escribió la novela del mismo título (*The Tenth Victim*, 1966) sobre la base del guión.

Pese a todo, este pesimismo de la violencia no tiene equivalente en toda una serie de cuentos de Sheckley que tienen por tema los contactos con extraterrestres. No hay ninguna "superioridad del Hombre" sobre las especies extrañas, que a menudo se presentan como primitivos indígenas dedicados a la caza o la agricultura.

Como suele ocurrir en toda la c.f. de tradición humanista, hay reconocimiento de las distancias y las diferencias, y explicación plausible de las conductas aparentemente "salvajes" e irracionales. Aquí, por suerte, no juegan los valores de la Frontera, y Custer cede el paso a Malinowski.

En *Todas las cosas que sois*, el lector se convence de que los terráqueos pueden ser definitivamente desagradables, sucios y torpes y llegar a ser tolerados sólo a duras penas. En *Los monstruos* y en *Ritual*, las conductas más aberrantes de los nativos frente a los exploradores tienen una explicación aceptable, o apenas resultan análogas a la estupidez humana. Los monstruos del espacio de *Caza difícil* se revelan al cabo como nada más que una pandilla de boy scouts extraterrestres...

Los cuentos *No tocar* y *Alimentos y venenos* fueron un género aparte, que Amis califica de "enigma cósmico"; ambos muestran la dificultad de comprender una situación aparentemente obvia pero totalmente incomprensible cuando están involucradas formas de vida y pensamiento enteramente diferentes.

En *¿Podemos charlar un rato?* la tentativa de los terrestres de apoderarse por medios fraudulentos de un planeta "atrasado" fracasa ante la imposibilidad de entender un lenguaje que va cambiando constantemente de gramática y vocabulario.

Otro tema antropológico, el prejuicio racial, recibe un tratamiento sorprendente en el cuento *Resistencia*. Todo gira en torno a las actitudes de cierto Jimmy Forbes, procedente de las montañas de Georgia, una tierra que produce "maníes, cerdos y hombres terços como mulas": cualquier similitud con otros productores de maníes de Georgia es pura ciencia ficción, pues el cuento tiene ya más de veinte años.

El relato acumula ironía tras ironía, pues los sureños de Georgia son una rareza antropológica en el futuro, que ha sido estudiada a fondo por antropólogos de Fiji y Samoa, retribuyendo favores a las ciencias sociales norteamericanas. El prejuicio racial es demolido aquí usando las poderosas armas del humor, pues los sureños (que siguen odiando a los "yanquis liberales") han desarrollado sentimientos de culpa luego que una bomba atómica acabó con todos los negros de su estado, y aman instintivamente a cualquier raza o especie distinta de ellos. Así, les encanta convivir con negros, chinos y marcianos, pero no soportan a sus propios paisanos. El conflicto se resuelve cuando uno de los georgianos en cuestión

demuestra tener algunas gotas de sangre cherokee, lo cual le permite ser aceptado por el otro.

Indudablemente, podemos coincidir con Knight cuando dice que Sheckley no es un escritor "científico" sino un fabulador; es por eso mismo que no vacila en usar temas y situaciones tradicionales en los cuentos folklóricos. Basta reparar en que *Algo por nada* no es más que una versión del viejo cuento de los Tres Deseos, mientras que *Viaje de placer* (*Milk run*) reedita el problema básico del campesino que debe cruzar en un mismo bote al lobo, la cabra y las coles.

Hay, en fin, una innegable dimensión filosófica en Sheckley, que asoma tras el humor y a veces se manifiesta abiertamente.

Sheckley posee una cierta inclinación hacia el solipsismo, que lo vincula con ese gran idealista de la ciencia ficción que es Philip K. Dick. El solipsismo parte de la sospecha de que el mundo exterior no es más que una ilusión, y sólo existe la mente pensante; es una tendencia que, antes y después del obispo Berkeley, tentó a muchos poetas, desde los chinos hasta Tennyson y Borges.

En el cuento de Sheckley *La voz*, la realidad se va desvaneciendo progresivamente hasta que el personaje se queda sólo en la Nada y descubre que la voz que le susurraba pensamientos escépticos era la suya propia. En *Mundo sueño*, esta sospecha se acentúa y hace que el protagonista desmoque en la locura; concluye saliendo del manicomio, "curado" pero no convencido.

Otra constante en los cuentos de Sheckley es cierta visión de la realidad subyacente, la idea de un Caos primordial frente al cual la vida y la inteligencia sólo consiguen mantenerse precariamente, que aparece en *Inmunidad diplomática* y en *El hombre afectado*.

Recortándose sobre este Caos, el mundo aparece como una obra de ingeniería defectuosa, creada por ciertos demiurgos o semidioses imperfectos. Un cuento escrito a mediados de la década del '50, *El hombre afectado*, se basa en la supuesta correspondencia del contrastista que ha construido la Galaxia y sus "clientes", respecto de las fallas de la obra, y las vicisitudes de un hombre implicado en una de éstas pasan a segundo plano. También en *El*

movimiento se demuestra andando, se trata del último hombre sobre la Tierra, quien adquiere el poder de modelar la materia según sus deseos y, convertido así en demiurgo, se crea una compañera.

Pero es en la novela *Dimensión de Milagro*, escrita diez años más tarde que *El hombre afectado*, donde esta idea se despliega en una barroca sucesión de humoradas. La novela es de 1968, y en cierta medida se anticipa a los hermanos Strugatski y a lo más reciente de Lem. Ya no hay ninguna pretensión de ser científicamente plausible. Los constructores de la Tierra y de las galaxias fabrican átomos y arrancan las estrellas defectuosas del cielo subiéndose a una escalera, como solía hacerlo Mary Poppins, y se disculpan de las imperfecciones de nuestro mundo atribuyéndolas a su bajo presupuesto.

Siendo Sheckley sobre todo un cuentista, la novela se disgrega un poco en capítulos estancos, cada uno de los cuales, sin embargo, es una joyita de humor: la sociedad de dinosaurios que se queja del hacinamiento y los problemas de tránsito, la ciudad sobreprotectora que pretende cuidar al máximo el bienestar de sus habitantes y provoca su éxodo, un mundo donde sólo se habla con slogans de propaganda y otro donde reviven los astros de Hollywood.

Las cuestiones metafísicas más abstractas, como el origen del mundo o el sentido del orden cósmico aparecen aquí en un contexto grotesco. El protagonista viaja al centro de la Galaxia para recibir un premio de lotería y se encuentra condenado a un destino errático, sin poder volver a su mundo. Las fronteras precarias entre ciencia ficción y fantasía han sido definitivamente rebasadas y ya no se pide al lector credulidad alguna, sino simplemente un humor inteligente.

Me reservo para el final un texto que habría que recomendar a las cátedras de filosofía, y donde el humorista Sheckley se pone muy serio, casi solemne. Es el cuento *Preguntas ingenuas*, donde una Esfinge cósmica está preparada para contestar las preguntas vitales de todas las razas del universo, pero nadie recibe respuesta porque "para poder formular la pregunta hay que saber la mayor parte de la respuesta". Esto, sin duda, es algo que da qué pensar.

Pablo Capanna

El fragmento que sigue pertenece a Dimensión de milagros, una novela de Sheckley que Sudamericana publicará próximamente en su colección Nebulae. En esa novela Thomas Carmody, un oscuro oficinista, es visitado en su casa por un mensajero que lo lleva al centro de la galaxia para entregarle un premio que ha ganado en una especie de lotería cósmica. En el Centro Galáctico reciben a Carmody de esta manera:



—Y así, una vez más —dijo el oscuro individuo—, el criminal ha escapado hacia su propia condena. ¡Míreme usted, Carmody! Soy su verdugo. Ahora deberá pagar tanto por sus crímenes contra la humanidad como contra usted mismo. Pero déjeme aclararle que esta ejecución es provisoria y no lleva implícita el valor de un juicio.

El verdugo dejó deslizar una navaja fuera de su manga. Carmody tragó saliva, apenas podía articular palabra.

—¡Espere un momento! —gritó—. No he venido aquí para ser ejecutado.

—Lo sé, lo sé —dijo el verdugo tratando de aplacarlo, mientras miraba el filo de la navaja contra la vena yugular de Carmody—. ¿Qué otra cosa podría usted decir?

—¡Pero es cierto! —chilló Carmody—. He venido aquí a retirar un Premio.

—¿Qué cosa? —preguntó el verdugo.

—Un Premio, maldito sea, un Premio. ¡Me dijeron que había ganado un premio! Puede preguntarle al Mensajero, él me trajo hasta aquí para recibir el premio.

El verdugo lo observó y desvió la mirada tímidamente. Oprimió un botón en un conmutador que estaba cerca. De inmediato, las cintas de acero que apretaban a Carmody se convirtieron en gallardetes de papel; la vestimenta negra del verdugo se transformó en blanca. La navaja se transmutó en estilográfica. Una verruga apareció en el lugar de la cicatriz.

—Está bien —dijo sin dar muestras de arrepentimiento—. Les advertí que no combinaran el Departamento de Crímenes Menores con la Oficina de la Lotería; pero no, no me escucharon. Bien merecido tendrían que lo hubiera matado, Bonito lío habría sido, ¿eh?

—Habría sido un lío

para mí —dijo Carmody, tembloroso.

—Bien, de qué vale llorar ahora sobre sangre no derramada —dijo el empleado de premios—. Si tomáramos en consideración todas las posibilidades, muy pronto nos quedaríamos sin posibilidades por considerar. . . ¿Qué dije? Ah, no importa. La sintaxis es correcta aunque las palabras sean equivocadas. Por aquí debo tener su premio.

Apretó un botón del conmutador. De inmediato, un enorme escritorio desordenado se hizo visible en la habitación; estaba suspendido a unos cuarenta centímetros del suelo, pero luego cayó con un ruido ensordecedor. El empleado abrió los cajones, de los que empezó a arrojar papeles, bocadillos, cintas de carbón, tarjetas de archivo y restos de lápices.

—Bueno, tiene que estar aquí, por alguna parte —dijo en un tono de incipiente desesperación. Oprimió otro botón del conmutador y el escritorio desapareció junto con el conmutador.

—¡Maldito sea! Estoy hecho un manojo de nervios —dijo el empleado.

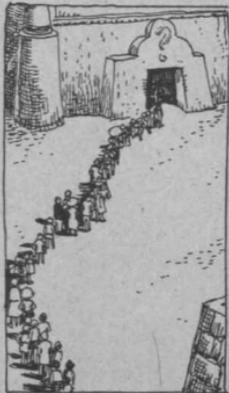
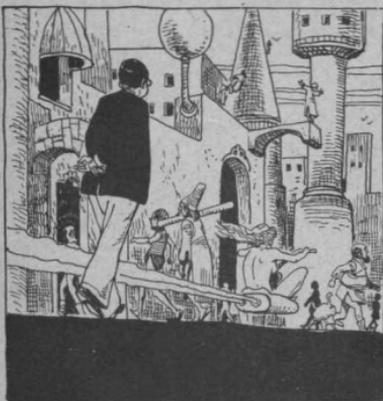
Levantó una mano en el aire y estrujó algo. Al parecer, se trataba de un botón que no correspondía porque inmediatamente el empleado desapareció con un grito agonizante. Carmody quedó solo en el cuarto. . .

LAS PUERTITAS DEL SEÑOR LOPEZ

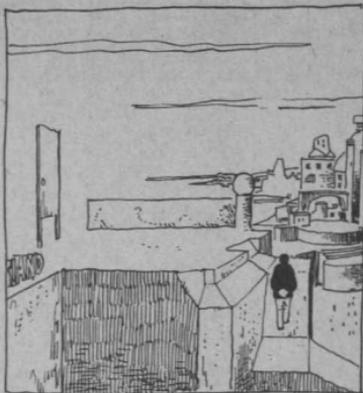
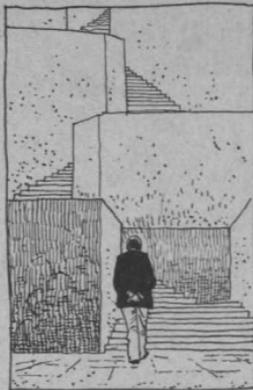
CARLOS TRULLO
HORACIO FIGUEROA
©











ADQUILES FABREGAT

UN INVASOR MENOS

Ilustró: SANZ

Lo descubrí de pura casualidad.

Tal vez me senté a su lado porque era el único parroquiano. Tal vez fue porque había dos taburetes solitarios, frente al mostrador del barcito. O tal vez alguno de mis sentidos ocultos me avisó que ése era el hombre.

Nos miramos. Me pareció que estaba atontado por el alcohol. Supuse que él iba a hablar primero. Y acerté.

—No se ve un alma, en esa podrida calle —gruñó.

—También con esta noche. . . —aprobé, apelando a toda mi originalidad.

Su brazo se estiró para depositar el vaso. Divisé claramente el signo maldito, grabado en el gemelo de oro: la hache con tres patitas curvas. El isotipo de Ummo.

Entonces, todo era cierto. Los ummitas habían llegado. Los visitantes de Wolf-424 estaban entre nosotros, bajo apariencia humana. Uno se escondía en nuestro mismo pueblo. Tenían razón los diarios y las revistas, con sus denuncias sobre hechos incomprensibles en toda la zona.

Junto a mí, tomaba un whisky el invasor que había acabado con las investigaciones de Erika. Y también con su vida joven. El era quien había cambiado los frascos de lugar provocando el accidente. Mi amiga sabía mucho sobre Ummo. Y yo también. Ahora, sabía más que nunca.

La ocasión de vengar a Erika, se presentaba magnífica. Un boliche vacío, un barman bastante adormilado, poca luz.

Le hice una seña al hombre de detrás del mostrador, pidiendo un café. Me acerqué

más al ummita, haciendo girar mi taburete.

—¿Usted es de acá? —le pregunté.

—No. Vine hace unos meses, a trabajar.

—Ah.

A trabajar. Como si yo no supiera a qué le llamaba trabajar. Apoderarse de las voluntades terrestres, eliminar a todo aquel que se metiera a investigar. Preparar el planeta para la invasión total. Ese era el trabajito. El barman dejó el café y desapareció tras las estanterías llenas de botellas. Decidí dar por terminada la tarea del invasor en este mundo. Cambié mi paraguas para el costado derecho y apreté disimuladamente el botón para la activación del veneno. Apoyé la punta entre sus costillas y disparé, sin darle tiempo a la menor reacción.

El ummita me miró, con todas las sorpresas del universo agolpadas en sus ojos de pescado. Se desplomó antes de comprender.

—Me parece que es un infarto —le dije al barman que se acercaba, alertado por el golpe del cuerpo al caer—. Voy a buscar un médico.

Salí del café, con una gratificante sensación de deber cumplido que me hinchaba los pulmones.

Un invasor menos. Una amiga vengada.

Los de Wolf-424 no se la van a llevar de arriba. Pretender la Tierra para ellos, es algo tan absurdo como intolerable. No lo permitiremos. El tercer planeta es nuestro. Nos pertenece. A mí y a todos los emisarios de Grokkk-XVIII. No vamos a dejar que se nos escape el fruto de tres millones de años de trabajo.





EL ESPECTACULO DE TELEVISION MAS GRANDE DE LA TIERRA

Ilustró: ANDRIUS



El descubrimiento en el año 2001 de un eficaz sistema para viajar en el tiempo tuvo una serie de importantes repercusiones, pero en nada tan notorias como en el campo de la televisión. El último cuarto del siglo veinte había sido testigo del espectacular crecimiento de la televisión a través de todos los continentes del globo, y cada una de las enormes cadenas —la Americana, la Europea y la Afroasiática— sostenía que sus programas contaban con un billón de espectadores. Pero a pesar de sus inmensos recursos financieros, las compañías de televisión enfrentaban una crónica escasez de noticias y de entretenimientos.

Vietnam, la primera Guerra de la TV, había llevado a los televidentes toda la excitación de las transmisiones en vivo desde el campo de batalla, pero las guerras en general, o cualquier actividad digna de ser noticia habían ido desapareciendo a medida que la población del mundo se dedicaba casi exclusivamente a mirar TV.

El descubrimiento de los viajes a través del tiempo hizo entonces su afortunada aparición.

Liquidada la primera tormenta de pleitos por derechos de invención (un emprendedor japonés casi consiguió registrar la historia; entonces el tiempo fue declarado territorio "abierto") resultó claro que

el mayor obstáculo para realizar viajes en el tiempo no eran las leyes del universo físico sino las abultadas sumas de dinero necesarias para construir y dotar de energía a las instalaciones. Esos safaris al pasado costaban aproximadamente un millón de dólares el minuto. Luego de unos pocos y breves viajes para verificar la Crucifixión, la firma de la Carta Magna y el descubrimiento de las Américas por Colón, el Einstein Memorial Time Center, en Princeton, se vio obligado a suspender las operaciones.

Evidentemente sólo existía otro grupo en condiciones de financiar más exploraciones al pasado: las corporaciones mundiales de televisión. Sus vehementes afirmaciones de que no habría excesos de sensacionalismo convencieron a los jefes de gobierno de que los beneficios educativos de esas excursiones en el tiempo pesaban más que cualquier falta de buen gusto.

Las compañías de televisión, por su parte, vieron en el pasado una fuente inagotable y gratuita de noticias y de entretenimientos. Se pusieron de inmediato a trabajar, invirtiendo billones de dólares, rupias, rublos y yens en la duplicación del enorme cronotróon del Centro Temporal de Princeton. Contingentes de físicos y matemáticos fueron alistados



para asistir a los productores. Equipos de camarógrafos fueron enviados a los sitios estratégicos —Londres, Washington y Pekín— y poco después llegaron a un mundo expectante los primeros programas pilotos.

Esas borrosas escenas, que hacían pensar en descoloridos noticieros, de la coronación de la Reina Isabel II, del juramento de Franklin Delano Roosevelt y del funeral de Mao Tse-tung demostraron, triunfalmente, la factibilidad de Tiempo Visión. Luego de este solemne acto de presentación —un gesto dirigido a los comités de fiscalización gubernamental— las compañías de televisión comenzaron a preparar en serio sus programas. Entre los espectáculos que en el invierno del año 2002 se ofrecieron a los televidentes estaban el asesinato del presidente Kennedy ("en vivo", como lo anunció la compañía norteamericana, con notable falta de tacto), los desembarcos del Día D y la Batalla de Stalingrado. A los espectadores asiáticos se les ofreció Pearl Harbour y la caída de Corregidor.

Esté énfasis en la muerte y la destrucción fue un aviso de lo que vendría después. El éxito de los programas superó los sueños más descabellados de los productores. Esas fugaces imágenes de humeantes campos de batalla, con los calcinados tanques y barcasas, habían abierto un enorme apetito. Fueron preparados más equipos de camarógrafos, y desplegados ejércitos de historiadores militares para establecer el momento exacto en que fue socorrida la ciudad de Bastogne y las banderas de victoria enarboladas sobre el Monte Suribachi y el Reichstag.

En el plazo de un año doce programas semanales llevaban a tres billones de televidentes los momentos más importantes de la Segunda Guerra Mundial y de las décadas siguientes, transmitidos exactamente como habían ocurrido. Noche tras noche, en algún lugar del mundo, John F. Kennedy era asesinado en la Plaza Daley, bombas atómicas explotaban sobre Hiroshima y Nagasaki, Adolf Hitler se suicidaba en las ruinas de su bunker de Berlín.

Luego de este éxito las compañías de televisión fueron un poco más atrás, a la Guerra de 1914-1918, con la intención de cosechar todavía mejores *ratings* de audiencia con los campos de batalla de Passchendaele y de Verdún. Pero, para sorpresa de los productores, las imágenes de ese universo cubren de barro y de cápsulas fueron un triste fracaso comparadas con las grandes batallas tecnológicas de la Segunda Guerra Mundial que en ese mismo momento transmitían los canales de la competencia desde las cubiertas de protaaviones en el Mar de las Filipinas y desde los miles de bombarderos que incursionaban sobre Essen y Düsseldorf.

Una sola escena de la Primera Guerra excitó los saciados paladares de los espectadores: una carga de caballería por los planes del Ejército Imperial Alemán. Saltando por encima de los alambres de púas en sus espléndidas monturas, con penachos blancos que volaban sobre el barro, esos jinetes, armados con lanzas, llevaron a un billón de pantallas de televisión cansadas de guerra la magia de los trajes y de la pompa. En un momento en el que podría haberse tambaleado,

Tiempo Visión fue salvado por las charreteras y las corazas.

En seguida comenzaron a viajar equipos de camarógrafos al siglo diecinueve. La Primera y la Segunda guerras habían desaparecido de la pantalla. En unos pocos meses los espectadores vieron la coronación de la Reina Victoria, el asesinato de Lincoln y el sitio de El Alamo.

Como culminación de esa temporada de historia instantánea, las grandes corporaciones de Tiempo Visión de Europa y Norteamérica colaboraron en el proyecto más espectacular hasta ese momento: la transmisión en vivo de la derrota de Napoleón Bonaparte en la Batalla de Waterloo.

Mientras hacían sus preparativos, las dos compañías descubrieron algo que habría de influir notablemente en la historia de Tiempo Visión. Durante las visitas a la batalla (aislados de los disparos y la furia por las invisibles paredes de sus cápsulas temporales) los productores notaron que había en realidad menos combatientes que los descriptos por los historiadores de la época. Por muy grandes que hubiesen sido las consecuencias de la derrota de la Francia napoleónica, la batalla en sí producía verdadera desilusión.. pues no había allí más que unos pocos millares de soldados fatigados por largas marchas, entregados a esporádicos duelos de rifle y de artillería.

En una reunión de emergencia los jefes de programación discutieron el asunto: Waterloo no estaba a la altura de su reputación. Los productores volvieron a visitar el campo de batalla, y se metieron con sus cápsulas

camufladas entre la exhausta tropa. La perspectiva de los *ratings* más bajos de la historia de Tiempo Visión parecía cada vez más inminente.

En ese punto de la crisis un anónimo ayudante de producción apareció con una notable idea. Antes que permanecer impotentes detrás de las cámaras, las compañías de Tiempo Visión deberían participar, surgiría, aportando toda su habilidad y recursos para realzar el drama de la batalla. Podrían volcar más extras —es decir, mercenarios reclutados en las comunidades agrícolas del lugar— en la refriega, y distribuir pólvora y munición para las armas descargadas, y reorganizar toda la coreografía de la batalla según las indicaciones de los asesores militares del departamento editorial. "La Historia", concluía, "es sólo el primer borrador de un libreto para televisión."

La sugerencia de rehacer la historia para aumentar el atractivo de los programas fue aceptada. Petrechados con un pródigo caudal de monedas de oro, los agentes de las compañías de televisión recorrieron las llanuras de Bélgica y del norte de Alemania, contratando a miles de mercenarios (a la suma fija para extras de Tiempo Visión de cincuenta dólares diarios, sin distinción de rango, setenta y cinco dólares por una parte hablada). La columna de relevo del general prusiano Blücher, compuesta según los historiadores por muchos miles de hombres y responsable de haber volcado decisivamente la batalla contra Napoleón, resultó ser una reducida tropa que no pasaba de las dimensiones de brigada. En unos pocos días miles de ansiosos reclutas engrosaron



el ejército, antibióticos secretamente administrados a las contaminadas reservas de agua curaron un escuadrón de caballería que sufría de carbunco, y una brigada de artillería completa, amenazada por el tifus, fue puesta en pie con una dosis masiva de cloromicetina.

La Batalla de Waterloo, cuando finalmente llegó a una audiencia de más de un billón de televidentes, fue un brillante espectáculo que superó incluso la publicidad anticipada de los dos siglos anteriores. Los miles de mercenarios luchaban con furia salvaje, el fuego de artillería desgarraba el aire sin pausa, olas de caballería atacaban y volvían a atacar. El propio Napoleón estaba azorado por el curso que habían tomado los acontecimientos, y pasó los últimos años en desconcertado exilio.

Luego del éxito de Waterloo las compañías de Tiempo Visión comprobaron las ventajas que ofrecía la preparación del terreno. Desde entonces casi todos los hechos históricos importantes fueron readaptados por los departamentos editoriales. Se descubrió que el ejército de Aníbal que atravesó los Alpes disponía nada más que de seis elefantes, y le fueron agregados doscientos más para pisotear a los asombrados romanos. Los asesinos de César eran dos, y fueron contratados otros cinco conspiradores. Los discursos históricos famosos, como el de Gettysburg, fueron recordados y armados de nuevo para excitar más a la audiencia. Waterloo, mientras tanto, no fue olvidado. Para recuperar la inversión original la batalla fue subalquilada a empresarios de TV menores,

algunos de los cuales la inflaron hasta darle proporciones de Apocalipsis. Sin embargo, esos espectáculos a la manera de De Mille, en los cuales compañías rivales aparecían en el mismo campo de batalla arrojando extras, armas y animales, eran despreciados por los espectadores más sofisticados.

Para disgusto de las compañías de televisión, el tema más fascinante de toda la historia les estaba vedado. Ante la severa insistencia de las iglesias cristianas ninguno de los hechos que rodeaban la vida de Cristo era llevado a la pantalla. Por muy grandes que fuesen los beneficios espirituales de una transmisión en vivo del Sermón de la Montaña, existía el riesgo de que la sublime experiencia fuese opacada por los cortes publicitarios.

Ante este obstáculo, los programadores fueron más atrás en el tiempo. Para celebrar el quinto aniversario de Tiempo Visión, iniciaron los preparativos para una estupenda aventura conjunta: la huida de los israelitas de Egipto y la travesía del Mar Rojo. Cien equipos de camarógrafos y varios millares de productores y técnicos se apostaron en la Península del Sinaí. Dos meses antes de la transmisión resultó evidente que ahora habría más de dos bandos en esta clásica confrontación entre los ejércitos de Egipto y los hijos del Señor. No sólo había más camarógrafos que fuerzas de ambos bandos sino que la cantidad de extras egipcios contratados, el equipo adicional para producir olas y la represa prefabricada construida para sostener las cámaras bien podían impedir del todo la travesía de los

israelitas. Sin duda, las fuerzas del Todopoderoso sufrirían una severa prueba en esa primera confrontación importante con los ratings.

Algunos malos presentimientos de los clérigos más anticuados aparecieron en los periódicos bajo titulares irónicos como "¿Guerra Contra el Cielo?", o "Gremio de Productores de TV Rechaza Tregua del Sinaí". A través de toda Europa las apuestas pronosticaban una creciente ventaja contra los israelitas. El día de la transmisión, el 1º de enero de 2006, los ratings de audiencia indicaban que el 98% de los telespectadores adultos del mundo occidental estaban ante sus televisores.

Aparecieron las primeras imágenes en las pantallas. Allí estaban los israelitas, moviéndose bajo un cielo vacilante, avanzando hacia las cámaras invisibles montadas sobre el agua. Originalmente trescientos, los israelitas formaban ahora una vasta multitud que con su equipaje se extendía kilómetros y kilómetros por el desierto. Desorientados por la enorme cantidad de gente que acompañaba a los soldados egipcios, los jefes israelitas se detuvieron en la orilla, sin saber muy bien cómo atravesar esa cambiante masa de agua inestable. En el horizonte, los carruajes del ejército del Faraón, con sus cortantes ruedas, se acercaban a gran velocidad.

Los espectadores miraban fascinados, muchos de ellos pensando si esta vez las compañías de televisión no habrían ido demasiado lejos. Entonces, sin ninguna explicación, mil millones de pantallas quedaron en blanco.

Hubo una gran confusión. En todas partes se

atoraron los conmutadores de teléfono. Llamadas prioritarias en el nivel intergubernamental atoraron los relés de los satélites de comunicaciones, los estudios de Tiempo Visión en Europa y en América fueron asediados.

No llegaba ninguna imagen. Todos los contactos con los camarógrafos destinados en el lugar de transmisión se habían cortado. Por fin, dos horas más tarde, apareció una breve escena, de aguas torrenciales que engullían los restos de las cámaras de televisión y de las instalaciones. En la orilla más cercana, las fuerzas egipcias habían emprendido el regreso. Del otro lado de las aguas, la pequeña banda de israelitas avanzaba hacia la seguridad del Sinaí.

Lo que más sorprendió a los televidentes fue la extraña luz que iluminaba la escena; era como si usaran, para la transmisión, alguna arcaica pero extraordinaria forma de energía.

Desde entonces, todos los esfuerzos por retomar contacto fracasaron. Casi todo el equipo de Tiempo Visión había sido destruido, y los principales productores y técnicos habían desaparecido para siempre; tal vez anduviesen entre los duros peñascos del Sinaí como una segunda tribu perdida. Poco después de este desastre, los safaris al pasado fueron eliminados de la programación mundial de TV. Como señaló a su purificada audiencia un sacerdote aficionado al humor irónico: "El gran canal que hay allí arriba, en el cielo, también tiene sus ratings."

Título original: "The Greatest: Television Show on Earth"
Del libro *Low-flying Aircraft*
© J. G. Ballard 1976
Traducción de Marcial Souto

EL PICAPIEDRA

SI, ES VERDAD HERMANOS
MÍOS... YO TAMBIÉN ESTOY
CONVENCIDO DE QUE SOY
DEMASIADO ESTÚPIDO...



...PARA PRETENDER QUE
USTEDES DEJEN POR UN MOMENTO
SUS IMPORTANTES TAREAS...



PERO... TRATEN DE SER
BONDADOSOS... SE LOS PIDO DE RODILLAS
EN NOMBRE DE ESE OTRO
MISERABLE QUE FUE MI PADRE...



...PIENSEN QUE ESE DESPRECIABLE
HOMBRE EN LOS ÚLTIMOS MOMENTOS
DE SU DESPRECIABLE VIDA QUISO QUE YO,
SU HIJO, TAMBIÉN DESPRECIABLE,
GUARDARA SU SECRETO...



"LA TIERRA ES REDONDA COMO
UNA NARANJA... ESTA VERDAD DEBES
GRABARLA EN LAS PAREDES DE TU
CAVERNA JUNTO A LOS BISONTES DE
COLORES"... DIJO...



... DESPUÉS SUSPIRÓ Y LE SALIÓ
OTRO POCO DE SANGRE POR LOS
OÍDOS... ENTONCES ME QUEDÉ
MIRANDO FIJO A LOS OJOS Y DIJO:



"RECUERDA SIEMPRE QUE QUIENES
ME HAN DESTROZADO LA CABEZA
CON ESTAS PIEDRAS SON LOS
HONRABLES SABIOS DE ESTE MUNDO
PLANO EN EL QUE VIVIMOS..."



"... PERO, NO DESESPERES MI HIJO
MISERABLE... ELLOS TENDRAN RAZÓN
SÓLO MIENTRAS TENGAN PIEDRAS
QUE ARROJAR... Y EDAD SUFICIENTE
PARA LEVANTARLAS DEL SUELO"..."



DESPUÉS SUSPIRÓ... ADIOS, DIJO...
Y VOMITÓ SU ASQUEROSA VIDA
POR LA BOCA...



ESO ERA TODO... HERMANOS MÍOS...



DOY GRACIAS A LOS BISONTES
DEL CIELO...



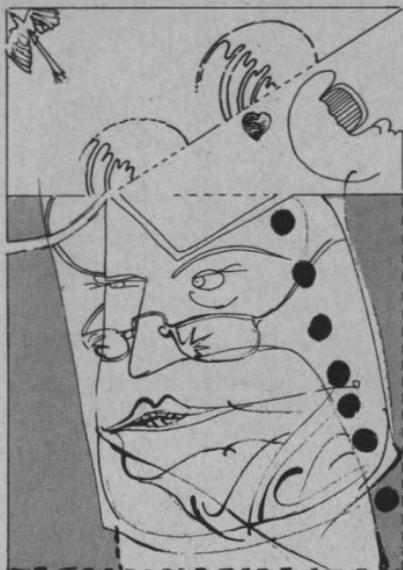
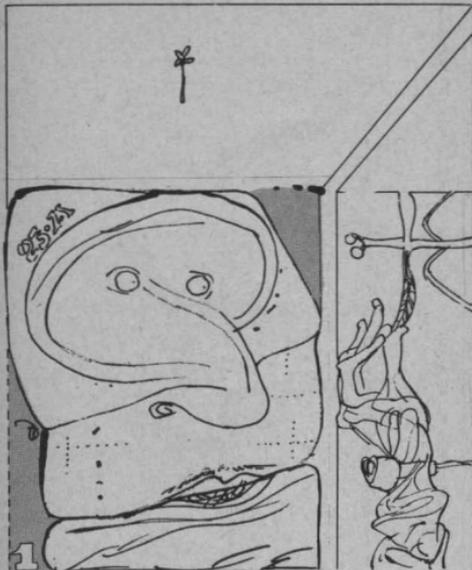
POR LA PACIENCIA QUE
HAN TENIDO PARA
ESCUCHARME...



JOHN SLADEK

EL SECRETO DEL VIEJO FLAN

Ilustró: LIMURA



Agnes había deseado todo el día un bebé, así que no se sorprendió cuando miró por la puerta de vidrio del horno y encontró uno. Envuelto en una franela limpia, el bebé durmió sobre el soporte de alambre mientras ella fregaba botellas sucias, preparaba recetas y sacaba la cuna del desván. Cuando Glen regresó del trabajo, ya ella le estaba dando el primer biberón.

—¡Mira! —exclamó Agnes—. ¡Un bebé!

—Dios mío, ¿de dónde lo sacaste? —dijo Glen; el rostro rosado y saludable se le había puesto blanco—. Sabes que es ilegal tener bebés.

—Lo encontré. ¿Ilegal por qué?

—Todo es ilegal —susurró Glen, apartando con cautela las cortinas para espiar hacia afuera—. Muy cerca. —En la cara de Glen, sobre el enorme y rosado cubo de la cabeza, se notaba cierto cansancio.

—¿Qué pasa?

—Ah, nada —dijo él, de mal humor—. Va a estallar una guerra de la gasolina, eso es todo

Glen era una figura patética tratando de no proyectar sombra sobre las cortinas. Su brillante traje de plástico, ajustado como un guante, distaba mucho de ajustarle como un guante, y hasta la capa le quedaba floja.

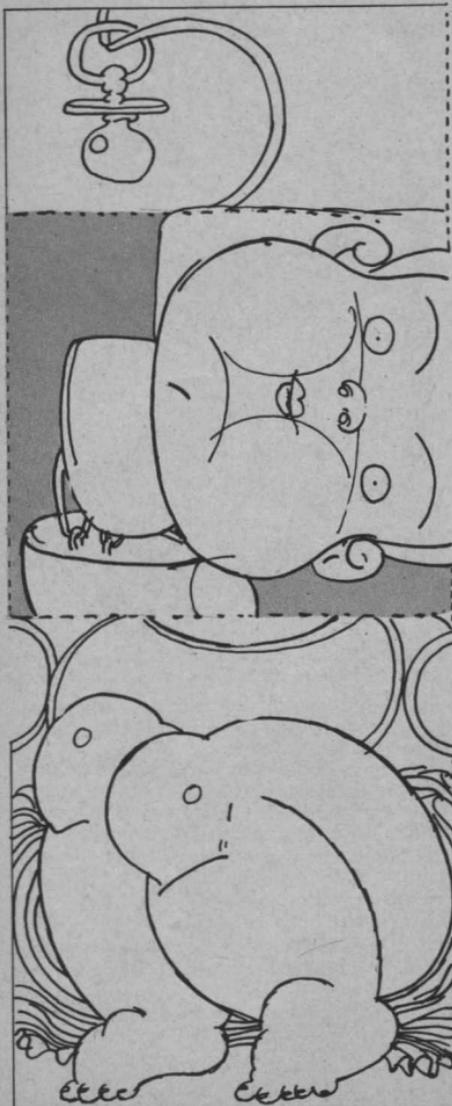
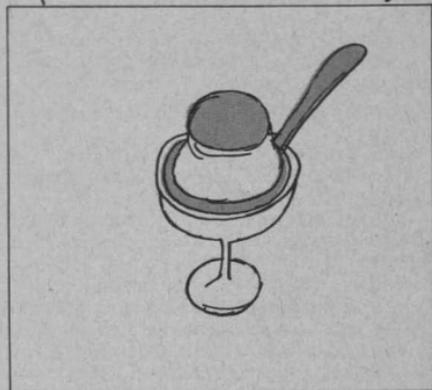
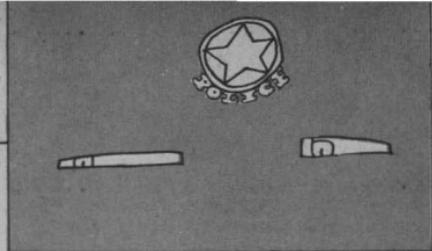
—¿Ah, sí? ¿Eso es todo?

—No. Oye, ¿no te parece que ese vecino hace mucho que barre hojas?

—Contéstame. ¿Qué sucede? ¿Algo en la oficina?

—Todo. El papel carbónico y las estampilas y los sujetapapeles han empezado a desaparecer. Tengo miedo de que me echen la culpa. El jefe va a comprar una computadora para seguir la pista de lo que falta. Alguien me robó la libreta de racionamiento en el tren, y descubrí que tenía el diario de la semana pasada. Las acciones de I.B.M. están bajando, tímidamente. Estoy resfriado, o algo por el estilo. Y... y van a suprimir el Sistema Decimal Dewey.

—Estás sobreexcitado. ¿Por qué no te sientas y hamacas al nuevo bebé en la rodilla mientras yo saco algo para cenar?



- ¡Robando alimentos! ¡Es indecente!
—Todo el mundo lo hace, querido. ¿Sabías que encontré al bebé en el horno?
—¡No!
—Sí, es raro. Deseé toda la tarde un bebé, y allí estaba.
—¿Cómo andan los otros artefactos?
—El lavarropas automático trató de devorarme. El lavaplatos está desapareciendo; no habremos pagado alguna cuota.
—Sí, y la cuenta está en descubierto —dijo Glen, con un suspiro.
—El balde de la basura está cosquilloso.
—¿Cosquilloso?
—Allí.

Glen no miró hacia donde ella señalaba. Continuó espionando por la ventana hacia donde estaba cambiando el tiempo. Por la calle bajaba lentamente un vehículo de recepción. No podía leer el cartel, pero reconoció la coraza blindada y los hocicos azules de las ametralladoras.

—Sí, allí está en el fregadero, cosquilloso,

y no quiere comer. Aunque a la garantía se la comió.

El vecino, un tal "señor Green", dejó de barrer hojas un instante para anotar el número de matrícula del vehículo de recepción.

—No está cosquilloso, querida. Está *quisquilloso* —dijo Glen.

—Tienes un vocabulario tan grande. Y ni siquiera lees "Cómo Formar Grandes Palabras".

—Leo el *Resumen Existencial* cuando tengo tiempo —confesó Glen—. Pero la semana pasada respondí al cuestionario y supe que no estoy suficientemente alienado. Por eso me siento tan orgulloso de nuestros chicos.

—¿Jenny y Peter?

—Esos.

Agnes lanzó un suspiro.

—Me gustaría leer algún día un ejemplar del *Irish Times*. Entre paréntesis, las papas tenían otra vez veneno. En cada agujero.

Fue al dormitorio y puso al bebé en la cuna.

—Voy a bajar, para darle vueltas a algo en el torno —anunció Glen—. Algo que valga la pena.

—Antes quítate la capa. Recuerda las leyes de seguridad que nos enseñaron en la A.P.M.

—Santo Dios, ¿cómo me podría olvidar? Apagar todas las velas. No ponerse nunca de pie en una canoa o en una bañera. Sólo nombre, categoría y número de serie. Aceptar cheques sólo si son endosados en presencia de uno. No permitir que las ratas mastiquen fósforos, si es que así lo desean.

Glen desapareció, y al mismo tiempo llegaron de la escuela Jenny y Peter, exigiendo un "bocado". Agnes les dio goulash húngaro, pan y manteca, café y torta de manzana.

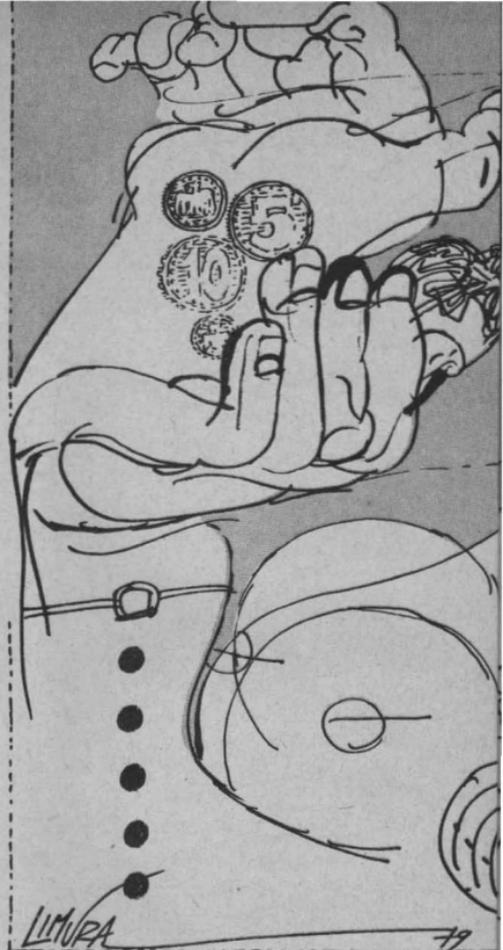
Le pagaron 95 centavos cada uno y le dieron 15 de propina. Eran niños ceñudos y huranños que hablaban poco mientras comían.

Agnes les tenía un poco de miedo. Después del bocado se sujetaron pistolas a la cintura y salieron a cazar otros niños antes de que oscureciera demasiado.

Agnes lanzó un suspiro y se sentó frente a su transmisor secreto.

"ESPERAMOS A TIA ROSA EN EL TREN DEL MEDIODIA", transmitió. "HICE LOS ARREGLOS PARA CONSEGUIRLE LOS GLADIOLOS. TRATEN DE QUE ESE DULCE DE CHOCOLATE SALGA EN EL VUELO 0400 A PARIS CON VELAS. EL JARDINERO NECESITA UNA PALA CON URGENCIA."

Después de un momento llegó la respuesta. "LO DE LA PALA SOLUCIONADO. EL DULCE DE CHOCOLATE NO TIENE REPITO NO



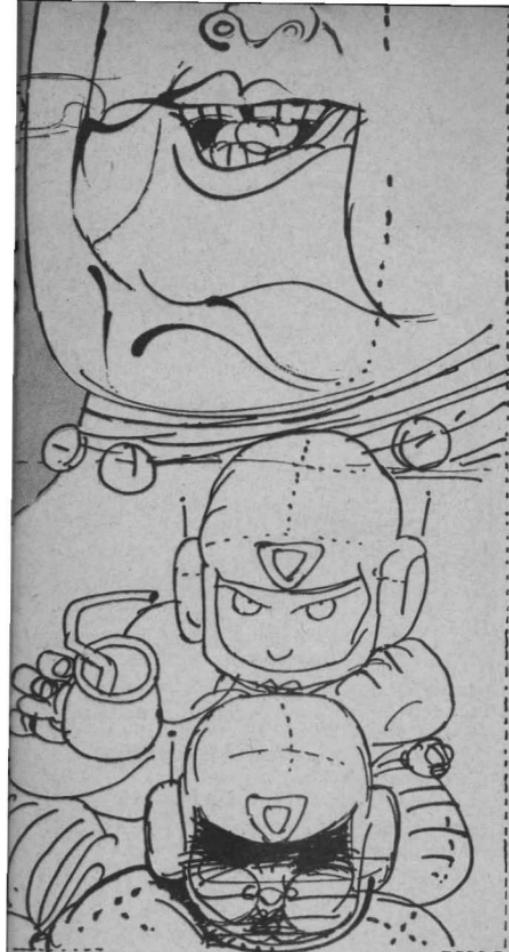
TIENE VELAS. USAREMOS DDT. NO DEJES SALIR A ROSA HASTA QUE HAYA NOTICIAS DE VIOLETA."

Siempre los mismos mensajes aburridos e incomprensibles. Agnes escondió el transmisor en el tarro de los bizcochos mientras Glen subía por la escalera. Estaba segura de que Glen tenía su propio transmisor en el sótano. Todo parecía indicar que era precisamente con él con quien se comunicaba todas las noches.

—¡Mira esto! —dijo, orgulloso, mostrando el poste superior de la baranda de la escalera.

Afuera un avión arrojaba papeles. El vecino corría de un lado a otro barriéndolos y quemándolos.

—Todas las noches la misma maldición —dijo Glen, haciendo rechinar los dien-



tes—. Todas las noches nos tiran papeles pi-diéndonos que nos rindamos, y todas las noches ese imbécil los quema. A este paso nunca sabremos quiénes son "ellos".

—¿De veras es tan importante? —pregun-tó Agnes. Glen no respondió—. Vamos, no seas cosquilloso. Te diré qué es lo que quiero hacer. Quiero viajar en un vagón de Ferrocarril.

—Ferrocarril —la corrigió Glen—. Es im-possible, el Ministerio de Salud Pública dice que moverse a más de cuarenta kilómetros por hora contribuye notablemente a la apa-rición de cáncer.

—¡Te importa tanto lo que me sucede!

Glen inclinó el gran cubo de la cabeza con resignación sobre el televisor.

—Ya verás —dijo— que parece un ino-cente partido entre el Ejército y la Marina. Y

tal vez lo sea. Quizá la pelota no estalle cuando la patee. Quizá esa serie de juegos no sea más que una coincidencia.

—El número veintisiete desaparece atrás para pasar —murmuró Agnes—. ¿Qué signifi-cará eso?

Glen sintió que la mano de ella buscaba la suya en la penumbra de la sala. La tomó des-pués de asegurarse de que no usaba el anillo envenenado.

—El resfrío común —murmuró Glen—. Lo llaman el "resfrío común". A propósito, ¿te dije que nuestra cuenta está en descu-bierto?

—Sí. Es ese maldito auto. Tendrías que pedir todos esos detalles especiales.

—¿La bazuca en el baúl? ¿El radiogonió-metro? ¿La torre para ametralladoras? Hace años que los tienen todos, Agnes. ¿Qué se su-pone que debo hacer si la policía me empieza a perseguir? ¿Tratar de correr más que ellos, bajo el peso de toda esa coraza blindada?

—De veras no sé de qué vamos a vivir —dijo Agnes.

—Podemos comer estampillas verdes has-ta que...

—No, las confiscaron esta mañana. Me olvidé de decírtelo.

Los chicos entraron en tropel, envueltos en olor a barro y a explosivos. Jenny se ha-bía rasguñado una rodilla en una barrera de alambre de púas. Agnes le puso una curita, y les dio café y buñuelos, 15 centavos. Luego los mandó arriba a lavarse los dientes.

—Y por Dios no usen el agua de la canilla —les gritó Glen—. Tiene algo. —Fue al cuarto donde dormía el bebé y volvió en un minuto, meneando la cabeza.— Juraría que hace tictac.

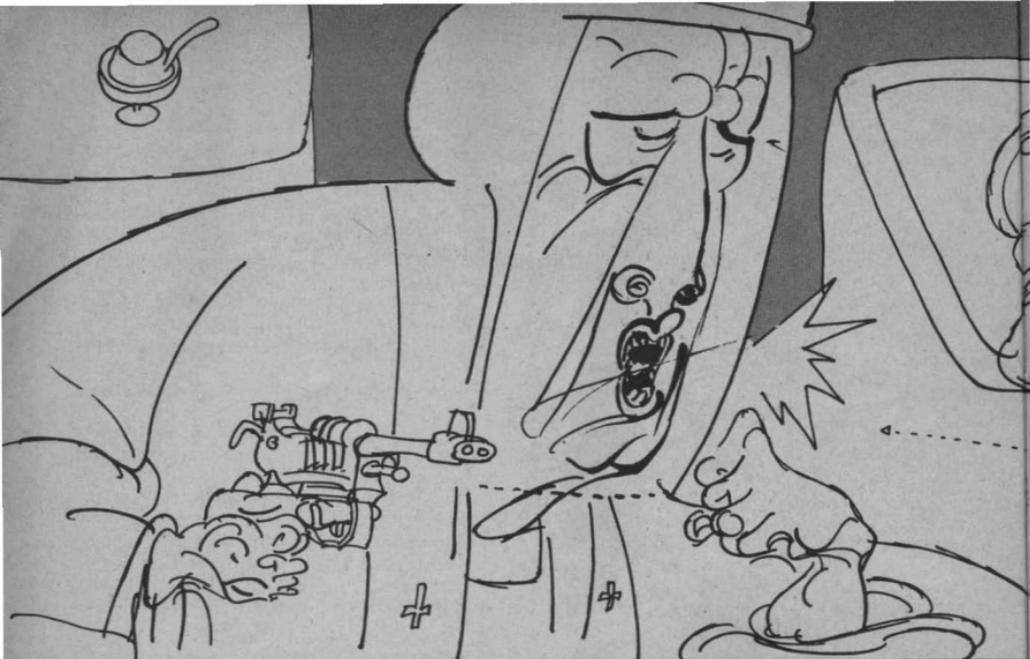
—Ay, Glen, salgamos de aquí unos días. Vayamos al campo.

—Sí, claro. Viajar treinta kilómetros por caminos minados para mirar un par de bostas. Tú no te atreverías a bajar del coche por miedo a las víboras mortales. Y han sembrado todo con hiedras venenosas y virus gigan-tes.

—¡No me importaría! Sólo una bocana-da de aire fresco...

—Claro. Gas paralizante. Gas vomitivo. Gas lacrimógeno. Polen. Aunque sobrevivie-ramos nos arrestarían. Nadie va al campo, fuera de los traficantes de drogas que buscan tabaco silvestre.

Agnes se echó a llorar. Todos eran otros. Nadie era el que era. El basurero le examina-ba los mensajes al lechero. En el parque, to-das las palomas llevaban cápsulas metálicas sujetas a las patas. En el campo había bostas pero no vacas. Hasta en el supermercado ha-



hía que cuidarse. Si uno elegía cosas que pareciesen tener algo de forma. . .

—¿Quedan copos de algodón? —preguntó Glen.

—No. En la heladera no queda nada más que un poco de flan viejo. No lo puedes comer, tiene encima un mapa. Glen, ¿qué vamos a comer?

—No sé. ¿Qué te parece. . . el bebé? ¡Bueno, no me mires así! Lo encontraste en el horno, ¿no es cierto? ¿Qué habría pasado si encendieras el horno sin mirar adentro?

—¡No! ¡No voy a dar el bebé para un. . . un guiso!

—¡Está bien, está bien! Era sólo una sugerencia.

Había oscurecido en toda la casa de paredes de plomo menos en la cocina. Del otro lado del ventanal de cuarzo caía el crepúsculo en el jardín, sobre el cuerpo sin vida del "señor Green". En la televisión un panel de médicos eminentes discutía si el hecho de comer era una de las causas principales de la locura.

Agnes fue a ver quien llamaba en la puerta principal, mientras Glen se metía en la cocina.

—Discúlpeme —le dijo el sacerdote a Agnes—. Voy a visitar a un enfermo. Alguien tuvo la bondad de prestarme este camión del Servicio de Pañales, pero me parece que se ha descompuesto. ¿Podría usar su teléfono?

—Claro que sí, padre. Está intervenido, por supuesto.

—Por supuesto.

Agnes se apartó para dejar pasar al sacerdote, y en ese momento Glen gritó:

—¡El bebé! ¡Se está comiendo el flan!

Agnes y el sacerdote corrieron a ver. En la cocina limpia y bien iluminada, Glen miraba hacia el refrigerador con la boca abierta. De algún modo el bebé había conseguido abrirlo, pues ahora Agnes le veía los pañales y los rosados dedos de los pies que asomaban del estante inferior.

—Tiene hambre —dijo.

—Mira otra vez —chilló Glen.

Al acercarse más Agnes vio que el niño había quitado el mapa del flan. Le sacaba fotos con una cámara diminuta, tamaño bebé.

—¡Microfilm! —jadeó Agnes.

—¿Quién es usted? —le preguntó Glen al sacerdote.

—Soy. . .

—Un minuto. No me parece un hombre del clero.

Agnes vio que eso era cierto. La brisa hizo susurrar la sotana de papel carbónico, y descubrió que estaba sujeta con clips. La estola, al mirar con más atención, resultaba ser una tira de estampillas purpúreas.

—Si usted es un sacerdote —prosiguió

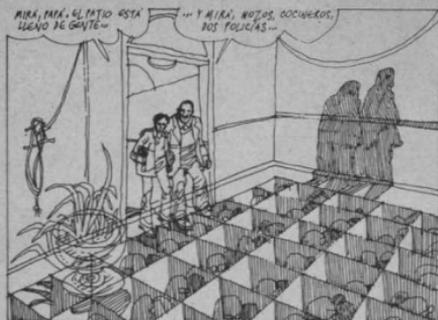
¿SÍ? ESTARÁ HACIENDO EL VIEJO ZAP...
COMIENDO CON ESTA GENTE EN EL HALL...
ESTA BIEN QUE ES EL
PROLETARIO, PERO...

LA FIESTA

Cuento de Manuel Peyrou
Adaptación Libre
de Alfredo Grondona White

... SON LOS HIJOS, CACHA...
FINICRON A VISITARIO Y EL
NO TIENE USAR EN EL SOTANITO...
ABI QUE LES PESTE EL HALLCITO...





MIRA, PARA EL PATO ESTA LLENO DE GENTE...

... Y MIRA, NOZOS, COCHEROS, NOS POLICIAS...



NOS MANDAN ENCARGARLE DICE MILANEGAS, SUS TINTOS DE TRES CUARTOS, SUS BOTELLAS DE VIKAMUT, UN FRANKO, PIMIENTONES...

¡BWA, BWA!, PERO MANDAN A UNO DE CIVIL A BUSCAR EL BAGA Y YO NO LO QUERO LÍOS...



¡ESTA INVASIÓN NO PUEDE SER! ¡VOT A LLAMAR AL ESTORIBANO DON EL QUE FIRMAMOS EL CONTRATO DE LOCACIÓN!



... CACHA, EL ESTORIBANO VIAJO PARA ROSARIO Y DICE EL CONTRATO ES LA OJA FUERTE - YO IGUAL, ME VOY PARA LA REGIONAL A HACER LA BALANZA.



SI EL PROPIETARIO DEL INMUEBLE PUEGA INVITAR GENTE PARA UNA FIESTA, NO EXISTE INTRUSIÓN... SIEMPRE Y CUANDO EL CONTRATO DE LOCACIÓN (QUE USTED NO PARENTA) NO ESPECIFIQUE TAXATIVAMENTE LO CONTRARIO...



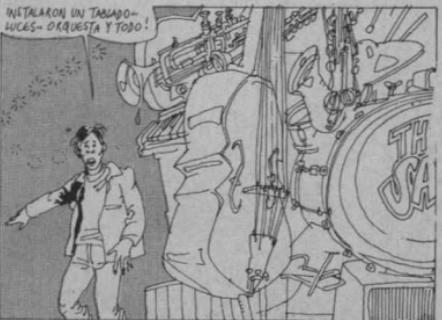
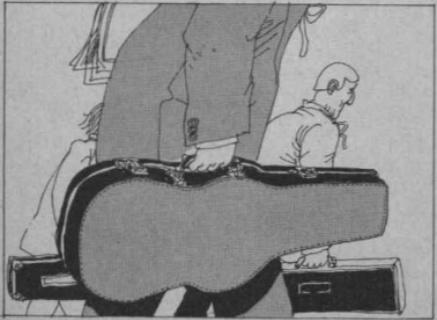
... BUNA'S, AQUI LLEGAN LAS MILANEGAS, DISCULPEME, SEÑOR, PERO NOSOTROS TAMBIEN TENEMOS QUE COMER...

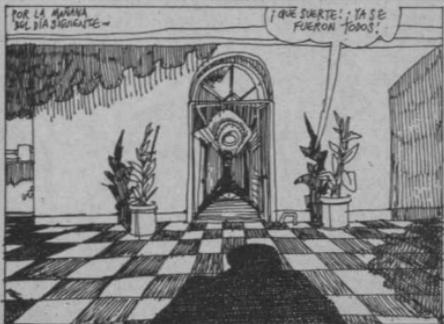
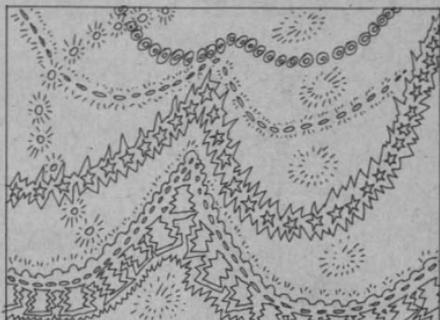


NO INSISTIREMOS, NIJO. VOY A LLAMAR A LOS TESTIGOS DEL CONTRATO... A MIOS GARANTES... HACER UNA DENUNCIA CON ELLOS.



NO... JULIAN NO ESTA... TUVO QUE SALIR URGENTE PARA SUPLANTAR A UN COMPAÑERO... SI, CUANDO REGRESE LE DIRE QUE USTED LLAMO...





CONTAMINACION

EXACTAMENTE...
COMO PRESIDENTE...



...DEL COLEGIO MUNDIAL
DE CIENTÍFICOS ATÓMICOS S.R.L.



...TENGO EL DEBER Y EL
INDISCUTIBLE DERECHO...



...DE RECHAZAR TODA LA
SERIE DE INSINUACIONES...



...CALUMNIAS... ABERRACIONES
'Y ALARMISTAS INTERPRETACIONES
QUE BUSCAN CREAR...



...UN ESTADO DE PÁNICO
MUNDIAL CON UNA
SUPUESTA CONTAMINACIÓN
RADIOACTIVA DE LAS AGUAS...



...LOS ANIMALES, LAS FLORES,
LOS INSECTOS, LOS NIÑOS,
LOS PERROS, LAS MOSCAS,
LAS MUJERES, LOS ALIMENTOS...



...APROVECHANDO EL
PEQUEÑO DESPERFECTO
SUFRIDO POR UNO DE LOS...



MÁS SEGUROS Y RESPONSABLES
CENTROS ATÓMICOS MUNDIALES...
VERDADERO EJEMPLO DE LA
SABIDURIA DEL SIGLO VEINTE...



...ES MI DEBER REPITO ENTONCES
AFIRMAR QUE SÓLO SE...



...TRATA DE UN SIMPLE
INCONVENIENTE ATÓMICO
TOTALMENTE DOMINADO...

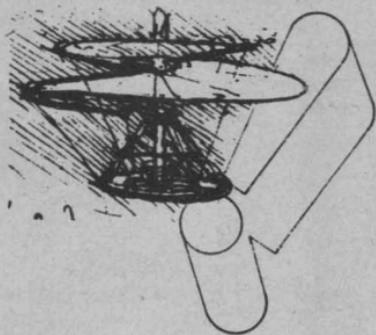


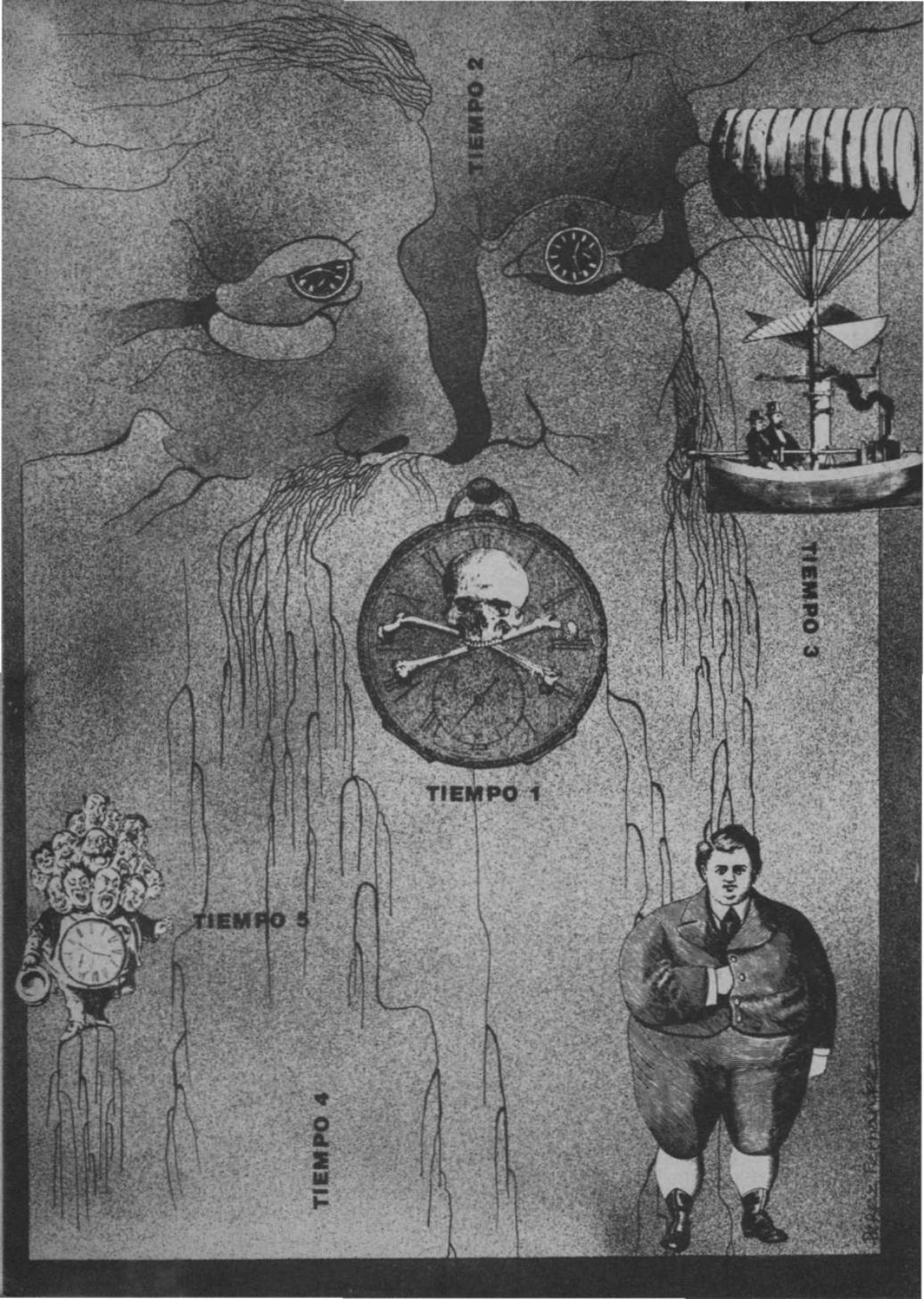
LOS QUE OPINEN LO CONTRARIO
SON SIMPLES IGNORANTES...



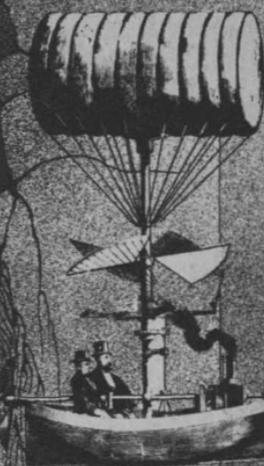
micolás gals

De arriba.... De arriba, don Juani....
Vienen de otros mundos, nos analizan,
nos estudian para ver
lo inteligentes que somos... Entendio?

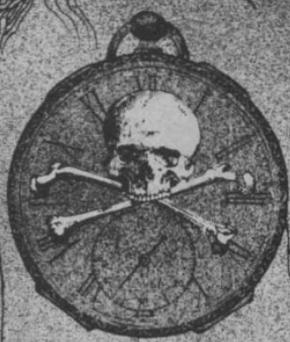




TIEMPO 2



TIEMPO 3



TIEMPO 1



BRUCE FOSTER



TIEMPO 5

TIEMPO 4

Jaime & Lea Poniachik

CINCO TIEMPOS

Ilustró: PEREZ FERNANDEZ

"¿Qué es el tiempo? Si nadie me lo pregunta, lo sé; si debo explicarlo a alguien que me lo pregunta, no lo sé."

Confesiones, SAN AGUSTIN

TIEMPO 1

El tiempo es un fluido, como el aire, que si es respirado o si penetra en un cuerpo provoca una enfermedad incurable, que tarde o temprano lleva a la muerte. Con el agravante de que, por su naturaleza, es una enfermedad hereditaria. Hoy día es el mal que provoca la mayor cantidad de muertes, superando en tal sentido al cáncer y a los aviones.

TIEMPO 2

Un ciego de nacimiento que nunca hubiese oído hablar del sentido de la vista ignoraría la posibilidad de ver; ver casas, árboles, el fuego y las mujeres. (Podemos suponer que parientes y conocidos eludieron hablarle de esta posibilidad para no decepcionarlo de su condición.) En forma similar, quien carece del sentido del tiempo y no es informado al respecto, ignora que todo es duración, que hay nacimiento, crecimiento y muerte. El tiempo es una manera de percibir el mundo, un sentido como el olfato y la vista. Mirado por un "ciego del tiempo", el mundo no transcurre. Y se basta él solo para convertirnos a todos en inmortales.

TIEMPO 3

La gente imagina que el tiempo se desliza incesantemente, como una corriente de agua, cuando en verdad el tiempo avanza a saltos. Entre instante e instante de tiempo hay un abismo que no dura ni pasa: una zanja intemporal. Vivir es ir brincando sobre las zanjas. Morir es caer en una.

TIEMPO 4

Una verdad evidente: Hace mucho, mucho, el tiempo no existía.

TIEMPO 5

Donde hay mucha gente el tiempo pasa más rápido. Por empezar, en el espacio vacío el tiempo no pasa, se queda quieto. Si introducimos allí una partícula de materia (una hormiga, un electrón, un alfiler), el tiempo empezará a moverse. Porque cada trozo de materia, por pequeño que sea, actúa como un "acelerador" de tiempo. Al agregar más partículas (otra hormiga, un puñado de alfileres, etc.) el tiempo correrá más rápido. Si en nuestro espacio introducimos un sistema complejo, formado por muchas partículas, como puede serlo una pareja de humanoides, un aljibe, dos o tres macetas con flores, el tiempo adquirirá una velocidad considerable. Y así llegamos al caso de las grandes urbes, donde se han introducido millones de criaturas, automóviles, edificios, semáforos, etc. El tiempo pasa aquí a tal velocidad que prácticamente ya no se puede vivir.

Damon Knight

BABEL II

Ilustró: GRONDONA WHITE



I

De frente se parecía un poco al Rufián Feliz,* si la memoria de ustedes llega tan atrás. De costado, donde era posible ver mejor aquella cresta blanco-plateada, se parecía más a una cruz entre George Arliss y una cacatúa.

Medía menos de un metro veinte de alto, incluyendo la enorme cabeza, la cresta y todo. Tenía piel arrugada, de un color gris-violeta, curiosas orejas en forma de S, y una abultada panza; llevaba una chaqueta eléctrica y unos calzones cortos de un material ondulado que centelleaba cuando se movía, botas

* El Rufián Feliz (Happy Hooligan) era un personaje en una historieta del mismo nombre publicada en los EE.UU. alrededor de 1915. (N. del T.)



grandes en las piernas cortas y gordas, y un disco metálico blanco de un cuarto de su estatura colgado de un flaco hombro por un tahalí.

Lloyd Cavanaugh vio la aparición por primera vez a las once de la mañana de un miércoles del mes de mayo, en la sala de su estudio-apartamento en el lado este de la Calle Cincuenta, Manhattan. La aparición brotó aparentemente de atrás de la mesa de dibujar, en el fondo de la sala.

Un verdadero absurdo. La mesa de dibujar, con la tabla horizontal y los platos del desayuno todavía encima, estaba arrinconada contra las corridas cortinas del ventanal. A la derecha, entre la mesa y el mueble del tocadiscos, había un espacio de unos quince centímetros; a la izquierda, entre la mesa y el barrilito donde guardaba la tinta y los pinceles, menos todavía.

Cavanaugh, un joven de mal genio con una cara larga y hosca casualmente unida a un cuerpo nudoso y desgarrado, arrugó el ceño desde el brillante charco de luz que caía sobre la mesa de trabajo y dijo:

—¿Qué diablos... ?

Apagó los focos de la mesa y encendió las luces del cuarto.

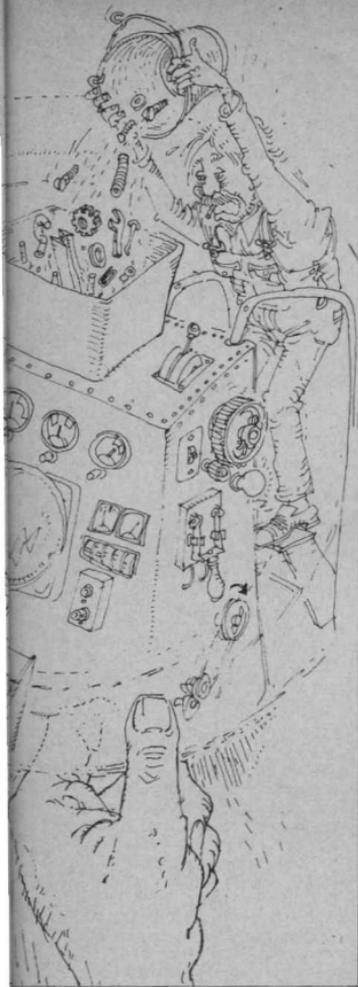
Illuminado de pronto, el Rufián se encendió como el adorno de un árbol de Navidad. Los ojos le parpadearon rápidamente; luego el la-

bio superior se le encrespó hacia arriba en una asombrosa sonrisa de cuarto creciente, mostrando unos dientes salidos. Hizo un ruido parecido a "Jajptui!", y asintió varias veces con la cabeza.

El primer pensamiento que tuvo Cavanaugh fue para la Hasselblad. La levantó con trípode y todo, la llevó caminando de lado a un sitio seguro, detrás del sillón, y luego atravesó el cuarto y sacó un atizador del soporte de la chimenea. Empuñando esa arma, avanzó hacia el Rufián.

La cosa se le acercó, sonriendo y asintiendo. Cuando estuvieron a dos pasos de distancia se detuvo, hizo una breve reverencia, y alzó el disco blanco que le colgaba del ta-





halí, volviendo uno de los lados chatos hacia Cavanaugh.

En el disco apareció una figura.

En estéreo y a todo color, mostraba a un Cavanaugh de quince centímetros de alto inclinado sobre algo montado en un trípode. Las manos se movían con rapidez, ajustando piezas; de pronto la figura dio un paso atrás y miró con evidente aprobación una caja oblonga colocada encima del trípode, de la que salía un cilindro cromado. La Hasselblad.

Cavanaugh bajó el atizador. Con la mandíbula caída, miró fijamente al disco, en el que ahora no había nada, y luego miró la cara violeta del Rufián, y la cresta pla-

teada que no era pelo ni plumas ni algo intermedio. . .

—¿Cómo hiciste eso? —preguntó.

—¡Te eso —dijo el Rufián, vivamente. Movi6 el disco hacia Cavanaugh, se señaló la cabeza, luego señaló el disco, después la cabeza de Cavanaugh, y otra vez el disco. Luego extendió el brazo y sostuvo la cosa delante de Cavanaugh torciendo la cabeza hacia un lado.

Cavanaugh tomó el disco con cautela. Sintió que se le formaba piel de gallina en los brazos.

—¿Quieres saber si yo hice la cámara? —preguntó, tentativamente—. ¿Es eso?

—Seso —dijo el Rufián. Hizo otra reverencia, asintió dos veces, y abrió bien grandes los ojos.

Cavanaugh se puso a pensar. Mirando el disco, imaginó una máquina enorme con muchos engranajes y partes móviles que giraban furiosamente. Allí estaba, un poco borrosa, pero aceptable. Le apoyó una escalera en un lado, hizo que un hombre subiese por ella y volcase adentro un cubo de fierros viejos, y luego mostró un chorro de cámaras saliendo por el otro lado.

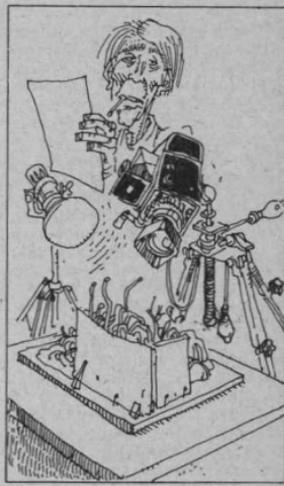
El Rufián, que había estado mirando atentamente el otro lado del disco, enderezó la cabeza y recogió el disco con una nueva reverencia. Luego giró rápidamente tres veces, apretándose la nariz con una mano y haciendo violentos ademanes con la otra.

Cavanaugh dio un paso atrás, sosteniendo con más firmeza el atizador.

El Rufián pasó a su lado como una exhalación, moviendo las piernas con la rapidez de un parpadeo, se detuvo con la barbilla en el borde de la mesa de trabajo y se puso a mirar lo que había en-ima.

—¡Eh! —dijo Cavanaugh, enfurecido, y echó a andar hacia allí. El Rufián se volvió y mostró otra vez el disco. Apareció una nueva imagen: Cavanaugh inclinado ahora sobre la mesa, armando pequeñas figuras y acomodándolas ante un fondo pintado.

...Que era, en realidad, lo que había sucedido. Cavanaugh era, por profesión, dibujante de historietas. Sentía indiferencia hacia el trabajo mismo; era un trabajo automático, bien pagado, pero que lo



había arruinado como creador. Ya no podía pintar, ni dibujar, ni hacer grabados por diversión. Entonces se había dedicado a la fotografía, especialmente a la macrofotografía.

Construía modelos con arcilla y cartón piedra y alambres y abalorios y pedazos de madera y mil otras cosas; los pintaba o los teñía, los armaba, los iluminaba y luego, con la Hasselblad y una lente especial de aproximación, muy cara, los fotografiaba. El resultado, después del primer año, empezaba a ser sorprendente.

Lo que estaba preparado ahora sobre la mesa era muy simple. El fondo y el segundo plano eran una maraña de abeto y laurel. en escala



de treinta a uno. En primer plano había tres figuras agrupadas alrededor de los restos de una fogata. No eran seres humanos; eran criaturas delgadas, grises, lampiñas, de ojos grandes y mansos, vestidas con extrañas ropas

Dos, con la espalda apoyada en un bloque de mampostería medio enterrado en el suelo, se inclinaban sobre una hoja de papel desenrollada de un cilindro. La tercera estaba sentada en una piedra, más cerca de la cámara, comiendo la pierna de algún animal. La forma de los huesos a medio roer era perturbadoramente familiar; y cuando uno miraba con más atención comenzaba a preguntarse si esas cosas que salían de la punta no podrían ser dedo., semiocultos por la mano del que comía. En realidad eran dedos, pero por mucho tiempo que uno mirarse la fotografía no lo sabría nunca con seguridad.

El Rufián le estaba ofreciendo otra vez el disco, sonriendo y balanceándose sobre los talones. Cavanaugh, conteniendo su fastidio en favor de la curiosidad, lo aceptó, y vio allí, otra vez, la misma serie de imágenes que ya le había mostrado el Rufián.

—Es cierto —dijo—. Lo hice yo. ¿Y qué?

—¡Iké! —El Rufián hizo un movimiento con la mano, demasiado rápido para ser seguido con la vista, y de pronto brotó en ella algo parecido a una fruta grande, una especie de pera con verrugas. Al ver la expresión de desconcierto en Cavanaugh, volvió a poner la cosa en el sitio de donde la había sacado y exhibió un puñado de hilos rosados y translúcidos. Cavanaugh, exacerbado, arrugó el ceño.

—Oye... —empezó a decir.

El Rufián volvió a probar. Esta vez sacó una piedra blanca, brillan-



te, con facetas, del tamaño de una cereza.

Cavanaugh sintió que se le iban los ojos. Si eso era un diamante...

—Joi-ptú! —dijo el Rufián, enfáticamente. Señaló la piedra y señaló a Cavanaugh, luego se señaló a sí mismo y al modelo armado sobre la mesa. El significado era claro: quería negociar.

Era un diamante; por lo menos rayaba nitidamente el vidrio de una botella de cerveza vacía. Además era brillante, de un blanco puro y, hasta donde podía ver Cavanaugh, sin ningún defecto. Lo puso en el platillo de la balanza que tenía para pesar correspondencia; pesaba poco menos de una onza. Digamos veinte gramos, y un kilate





eran doscientos miligramos... Sumaba cien absurdos kilates, poco menos que el diamante de Hope.

Cavanaugh miró la cosa con desconfianza. Tenía que haber una trampa, pero con la mejor voluntad del mundo no pudo encontrarla. Los modelos eran un medio para lograr un fin; una vez usados sólo servían para ocupar lugar. ¿Qué podía perder, entonces?

El Rufián lo miraba con ojos de lechuga. Cavanaugh tomó el disco y le respondió: una serie de imágenes que mostraban a Cavanaugh fotografiando los modelos, procesando la película, y luego aceptando ceremoniosamente el diamante y entregando los modelos.

El Rufián se inclinó varias veces, hizo cabriolas, se sostuvo brevemente sobre las manos, y palmeó a Cavanaugh en la manga, sonriendo. Tomando eso como un asentimiento, Cavanaugh volvió a poner la

Hasselblad en su sitio, encendió los focos, y empezó a trabajar donde se había detenido la última vez. Sacó media docena de fotografías en color, luego cargó la cámara con una película de blanco y negro y sacó otra media docena.

El Rufián lo observaba todo con trémula atención. Acompañó a Cavanaugh al cuarto oscuro y lo miró con ojos muy abiertos mientras aquél revelaba el negativo de blanco y negro, lo fijaba, lo lavaba y lo secaba, lo cortaba y sacaba copias.

Cuando estuvo lista la primera fotografía, el Rufián hizo unos urgentes ademanes y ofreció otro diamante de la mitad del tamaño del primero. ¡También quería las copias!

Sudando, Cavanaugh buscó en su archivo y sacó fotos y diapositivas en color de sus otros trabajos: la serie de Hansel y Gretel, Cavor y la Gran Lunar, *Walpurgisnacht*, Gulliver apagando el fuego del palacio en Lilliput. El Rufián las compró todas. Al cerrar cada trato, recogía lo que había comprado y lo metía en el sitio de donde sacaba los diamantes. Cavanaugh miraba atentamente, pero no entendía a dónde iba a parar todo aquello.

Y pensando en eso mismo, ¿de dónde había salido el Rufián?

Convencido de que Cavanaugh no tenía más fotos, el Rufián corría ahora de un lado a otro de la habitación, mirando en los rincones, inclinándose para ver qué había en los estantes, irguiéndose de puntillas para mirar sobre la repisa. Señaló una figurilla de unos diez centímetros de alto, que representaba a un hombre enjuto en cuclillas, los brazos cruzados, los codos apoyados en las rodillas: una talla ifugao que Cavanaugh había traído de las Filipinas. En el disco apareció por



un instante la máquina que Cavanaugh había usado para explicar el origen de las cámaras. El Rufián lo miró, torciendo la cabeza.

—No —dijo Cavanaugh—. Hecho a mano.

Tomó el disco, y le dio al Rufián la imagen de un hombre de piel morena sacando astillas de un trozo de caoba. Luego, por diversión, hizo que el hombre se redujese a un punto sobre una isla en un globo que giró lentamente: Asia y Australia desaparecieron por un lado, y por el otro surgieron las Américas. Marcó Nueva York con un punto rojo y se señaló a sí mismo.

—Jrrrrt —dijo el Rufián, pensativo. Se apartó de la estatuilla y señaló un brillante tapiz, con figuras de diamantes, que colgaba sobre el sofá—. ¿Choamano?

Cavanaugh, que acababa de decidirse a cambiar la estatuilla por otro diamante, quedó estupefacto.

—Un momento —dijo, e hizo otra imagen en el disco: él mismo entregando la estatuilla por el precio consabido.

El Rufián dio un salto atrás: le temblaban las orejas y le vibraba la cresta. Reponiéndose de algún modo, volvió a adelantarse y le mostró a Cavanaugh una versión corregida: el Rufián recibiendo una estatuilla de madera tallada de, y entregando un diamante a, el hombre de piel morena que Cavanaugh había mostrado como su creador.

—¿Choamano? —volvió a decir, señalando el tapiz.

Con un poco de rabia, Cavanaugh le mostró que el tapiz había sido tejido por un mejicano de sombrero de paja. Con más rabia todavía, contestó al "¿Dónde?":



pictográfico con un mapa de México; y aun con más rabia identificó y dijo dónde estaban los artistas que habían creado un jarro de plata sueco, un kris malayo, un caldero de bronce indio y un par de sandalias hechas a mano en Greenwich Village.

Apuradamente, el Rufián sólo compraba en el sitio de origen.

En todo caso, si no iba a recibir más diamantes, podría obtener alguna información. Cavanaugh tomó el disco y proyectó una imagen del Rufián apareciendo de pronto y avanzando por la habitación. Luego invirtió esa acción y miró inquisitivamente al Rufián.

Por respuesta recibió una imagen de un espacio crepuscular, sin fondo, donde unas pequeñas criaturas con crestas como el Rufián caminaban entre unas plantas fungosas que parecían hileras de roscas en una vara. ¿Otro planeta? Cavanaugh tocó el disco e inclinó el punto de enfoque hacia arriba; el Rufián, cortésmente, agregó un poco más de aquella neblina violeta. Ni sol, ni luna, ni estrellas.

Cavanaugh volvió a probar: una imagen de sí mismo de pie sobre el globo terráqueo, mirando el cielo nocturno. De pronto apareció una diminuta representación del Rufián, incómodamente encaramado en una estrella.

El Rufián lo contradujo con una imagen que dejó a Cavanaugh más confundido que antes. Había dos globos que giraban en el vacío. Uno parecía sólido, y sobre él estaba, de pie, una diminuta figura humana; el otro globo era una neblina violeta, y dentro estaba la figura rechoncha, con cresta, de un Rufián. Las dos esferas giraron muy lentamente una alrededor de la otra, acercándose a cada vuelta, mientras el globo sólido parpadeaba claro oscuro, claro oscuro. Finalmente se tocaron, se adhirieron, y la figura del Rufián saltó fuera de su globo. El globo sólido parpadeó una vez más, el Rufián volvió a meterse en el de la neblina, y las esferas se separaron, alejándose muy lentamente, girando.

Cavanaugh se dio por vencido.

El Rufián, después de esperar un instante para asegurarse de que Cavanaugh no tenía más preguntas, hizo la mayor reverencia hasta ese momento y en su mano apareció un último diamante: una belleza, casi del tamaño del diamante más grande que le había dado antes a Cavanaugh.

Imagen de Cavanaugh aceptando el diamante y entregando algo borroso: ¿Por qué?

Imagen del Rufián rechazando la cosa borrosa: Por nada. Imagen

del Rufián palmeándole la manga a Cavanaugh: Por amistad.

Avergonzado, Cavanaugh sacó una botella de vino y dos vasos de un estante de la biblioteca. Con la ayuda del disco le explicó al Rufián qué era lo que le estaba ofreciendo y, a grandes rasgos, cuál era el efecto que, se suponía, debía producir. Fue un error.

El Rufián, lanzando intensas miradas de alegría entre trago y trago, bebió el vino con evidentes muestras de placer. Luego, con impresionante aparatividad, puso sobre la mesa un pequeño artefacto verde y blanco. El artefacto tenía una base cristalina, de cuyo centro brotaba una delgada columna metálica que terminaba en una perilla. Eso era todo.

Sintiéndose anormalmente receptivo y expectante, Cavanaugh estudió la explicación pictográfica del Rufián. Aquel artefacto era, al parecer, el equivalente de las bebidas alcohólicas para la raza del Rufián. (Imagen de Cavanaugh y del Rufián, con enormes sonrisas en las caras, mientras unas luces de colores se encendían y apagaban dentro de sus transparentes cráneos.) El hombrecito lo miró, pidiéndole permiso, y Cavanaugh asintió. Con un robusto dedo, el Rufián apretó cuidadosamente la perilla del artefacto. La perilla y la columna empezaron a vibrar.

Cavanaugh tuvo la extraña sensación de que alguien le hacía cosquillas en el cerebro. Era una sensación vigorizante, deliciosa.

—¡Ja! —dijo.

—¡Jo! —dijo el Rufián, con una sonrisa de felicidad. Recogió el artefacto, lo guardó —Cavanaugh casi vio donde lo ponía— y se levantó. Cavanaugh lo acompañó hasta la puerta. El hombrecito le palmeó la manga; Cavanaugh le apretó la mano. Luego, saltando alegremente tres escalones por vez, el Rufián desapareció escaleras abajo.

Unos minutos más tarde, desde la ventana, Cavanaugh lo vio pasar por la Segunda Avenida... encima de un autobús.

II

La sensación de euforia disminuyó tras unos pocos minutos, dejando a Cavanaugh en un estado mental de relajación y aturdimiento al mismo tiempo. Para tranquilizarse vació los abultados bolsillos del pantalón sobre la mesa. Diamantes: sólidos, fríos, afilados, resplandecientes y hermosos. Los contó: había veintisiete, desde más de cien kilates hasta treinta; que valían, en conjunto, ¿cuánto? Calma, se dijo. Todavía puede



haber una trampa. Lo mejor que podía hacer, para estar seguro, era ir al centro y ver a un tasador. Sabía dónde había uno: en el Edificio Francés, frente a Comics Patrióticos. Escogió dos de las piedras, una grande y una pequeña, y las guardó en el compartimiento interior de la cartera. Un poco nervioso, echó el resto en una bolsa de papel y la escondió debajo del sumidero de la cocina.

Un taxi amarillo pasaba por la avenida. Cavanaugh lo llamó y subió.

—A la Cuarenta y cinco y la Quinta —dijo.

—¿Buu? —preguntó el chófer, volviendo la cabeza.

Cavanaugh lo miró, frunciendo el ceño.

—Calle Cuarenta y cinco —dijo, pronunciando las palabras bien claramente— esquina con la Quinta Avenida. Vamos.

—Zoos —dijo el chófer, echándose la gorra hacia atrás—, ouug





kelg treis uooj'l, fook. ¿Bnog nuud ig ye nolik?

Cavanaugh bajó del coche.

—¡Pokuz choug'u! —gritó el chófer, y arrancó con un rugido de engranajes.

Cavanaugh se quedó mirando con la mandíbula caída. Sintió que se le encendían las orejas.

—¡Por qué no anoté el número de la placa? —dijo en voz alta—. ¿Por qué no me quedé arriba, en mi casa? ¿Por qué vivo en esta maldita e idiota ciudad?

Volvió a subir a la acera.

—¿Loully, badny? —le dijo una voz en la oreja.

Cavanaugh giró rápidamente.

Era un niño con un periódico en la mano y un montón bajo el brazo.

—¿Me haces el favor de no meterte en lo que no te importa? —dijo Cavanaugh. Dio media vuelta, caminó dos pasos hacia la esquina, se detuvo, giró, y volvió a donde había estado.

Era lo que había pensado: el ti-



tular del diario que tenía el niño en la mano decía: QUEZRIZRI QIFI I LE IVZOIVI QIQI.

El nombre del diario, que en todo lo demás se parecía al *Daily News*, era *Pionu Vajl*.

El vendedor de periódicos retrocedió cautelosamente.

—Espera —dijo Cavanaugh de pronto. Buscó cambio en el bolsillo, no encontró nada, y sacó un billete de la cartera con dedos temblorosos. Se lo metió al niño en la mano—. Quiero un ejemplar.

El niño tomó el billete, lo miró, lo tiró en el pavimento, y echó a correr como si lo llevara el diablo.

Cavanaugh recogió el billete. En cada esquina tenía un número 4 grande. Sobre el grabado familiar de George Washington se leían las palabras FRA EVOFAP LFIFAL YK IQATOZI. Debajo del grabado la leyenda decía YVA PYNNTI.

Se llevó una mano al cuello de la camisa, que lo estaba ahogando. Aquel aparato vibratorio... Pero no podía ser eso; era el mundo el que estaba embrollado, no Cavanaugh. Y eso era imposible, porque...

Un hombrecito sucio, con un sombrero hongo, se le abalanzó, asiendo por las solapas.

—Poz'k —farfulló—. ¿fend gihekn, fend gihekn? ¿Fwuz eeb l'mwukd sahtz'kn?

Cavanaugh lo apartó de un empujón y retrocedió un paso.

El hombrecito se echó a llorar.

—¡Fwuh! —gimió—. ¿Fwuh vekk r'nahp shaoo?

Cavanaugh dejó de pensar. Con el raballo del ojo vio que un autobús acababa de detenerse al final de la manzana. Echó a correr hacia él.

El chófer, con el rostro encendido, casi fuera de su asiento, le vociferaba algo ininteligible a una mujer gorda que le contestaba en el mismo tono, blandiendo una peligrosa sombrilla. Detrás de ellos, el estrecho pasillo estaba atestado de caras perplejas, caras molestas, caras que gritaban. El aire estaba erizado de consonantes dislocadas.

Más atrás, alguien lanzó un chillido y aporreó la puerta trasera. Maldiciendo, el chófer se volvió y la abrió. La gorda aprovechó la oportunidad para golpearlo en la cabeza, y cuando la confusión resultante disminuyó un poco Cavanaugh se encontró en el centro del autobús, apretujado y sin haber pagado el pasaje.

El autobús arrancó. En cada parada bajaban algunos pasajeros histéricos, pero el estado de los que seguían adentro amontonados no era mejor. Aturdido, Cavanaugh se dio cuenta de que nadie entendía a

nadie, nadie podía leer lo que estaba escrito.

El estrépito aumentaba; Cavanaugh notó que los bramidos del chófer eran cada vez más roncós y más débiles. Allí delante las bocinas sonaban furiosamente. Concentrándose con gran dificultad, consiguió pensar: ¿Hasta dónde? Ese era el asunto crucial; ¿esa cosa, fuese lo que fuese... había ocurrido simultáneamente en todo Nueva York... o en todo el mundo? ¿O —y ese era un horrible pensamiento— se trataba de una infección que él llevaba consigo?

Tenía que descubrirlo.

El tráfico se volvió más denso. Al llegar a la Sexta Avenida el autobús, que se había estado moviendo centímetro a centímetro, se detuvo completamente, y las puertas se abrieron de golpe. Cavanaugh estiró el pescuezo y vio que el chófer bajaba, tiraba la gorra al suelo y desaparecía entre la gente.

Cavanaugh bajó del autobús y echó a andar en dirección oeste, entrando en el bullicio. Sonaban las bocinas de los coches, chillaban las sirenas; cada cinco metros había una pelea, y cada diez peleas un policía. Luego de un rato fue obvio que no llegaría nunca a Broadway; volvió a la Sexta, abriéndose paso a empujones, y dobló hacia el sur.

El altavoz de una tienda de discos atronaba con una canción que Cavanaugh conocía y detestaba; pero en vez de las palabras ya demasiado conocidas, la voz ronca de mujer cantaba:

“Kee—ee tho—iv iif zegmlit Podn mawgeth oooogua-atc...”

Sonaba igual.

Allá adelante había un letrero que decía: 13FR. LF. Hasta los números estaban distorsionados.

Cavanaugh sintió que le dolía la cabeza. Entró en un bar.

Había muchos parroquianos. No se veía a nadie con chaqueta blanca, pero aproximadamente un tercio de los clientes estaban detrás del mostrador, sirviendo al resto; una botella cada vez.

Cavanaugh se abrió paso a codazos hasta la primera fila y vaciló entre dos botellas etiquetadas respectivamente CIF OS Y ZITFIOTL. Ninguna parecía demasiado tentadora, pero el líquido ambarino que había en las dos era aparentemente lo que necesitaba. Se decidió por el Zitfiotl. Después del segundo trago, un poco más animado, buscó en la parte trasera del bar y encontró una radio.

Cuando se acercó descubrió que ya estaba conectada, pero lo único que salía de ella era un potente zumbido. Movió los diales. A la



derecha del dial —que estaba numerado excéntricamente del 77 al 408— sintonizó una orquesta que tocaba *Cuadros de una exposición*; era lo único que había.

Eso aclaraba las cosas. WQXR, con un programa exclusivamente de música, estaba en el aire; las otras emisoras no. Lo cual significaba que había el mismo problema con las palabras no sólo en las emisiones de Nueva York y Nueva Jersey, sino también en los programas en cadena de la Costa Oeste. Incluso, ¿no podría ocurrir que lo que decía un locutor en correcto inglés en Hollywood fuese escuchado como un disparate por un ingeniero en Manhattan?

Eso llevó a Cavanaugh, poco a poco, hacia el problema siguiente. Sin dejar la botella de Zitfiot, escogió una mesa desocupada en el fondo del bar, se sentó con circunspección y depositó encima de la mesa estos importantes artículos:

Un sobre parcialmente usado.

Una pluma estilográfica.

Un billete de un dólar.

La tarjeta del Seguro Social.

Un diario que había conseguido rescatar.

Ahora la cuestión era si quedaba algún orden en las pautas del lenguaje humano, o si todo se había reducido al caos total. El método científico, alentado por el Zitfiot, descubriría la respuesta.

Como gambito preliminar escribió las letras del alfabeto, en una columna severamente vertical, en el lado sin usar del sobre.

Luego, tras un momento de reflexión, copió el texto del billete de un dólar. Así:

FRA EVOFAP LFIAL YK IQATOZI
YVA PYNNT

Debajo de cada línea, letra por letra, agregó el texto que debería estar en el billete. *The United States of America. One Dollar.*

Eso le dio quince letras, que es-

cribió en el sitio correspondiente, al lado de las letras ya establecidas del alfabeto. Un idéntico procedimiento con el *Pionu Vajl*, o *Daily News*, y con su propia firma, que aparecía en la tarjeta como *Nnyup Ziciviemr*, le dio cuatro letras más, con este resultado:

AE	H	OI	VN
B	IA	PD	X
CV	JW	QM	W
D	KF	RH	YO
EU	LS	S	ZC
FT	MG	TR	
G	NL	UY	

Ahora venía la prueba suprema. Copió el enigmático titular del *Vajl* y lo transliteró conforme a sus descubrimientos:

QEZRIZRI QIFI
MUCHACHA MATA
I LE IVZOIVI QIQI
A SU ANCIANA MAMA

Un éxito triunfal. Ahora podía comunicarse.

El asunto, se dijo lúcidamente, es que cuando pienso que estoy diciendo "Escúcheme", en realidad digo "Alzevraqa", y es por eso que nadie entiende a nadie. Y por lo tanto, si yo pensara que digo "Alzevraqa", estaría en realidad diciendo "Escúcheme".

Pero eso no dio resultado.

Algún tiempo más tarde se encontró en una aula de clase en desuso, frente a un indómito alumnado compuesto por tres hombres con anteojos y barba y una mujer con pelo en los ojos; intentaba enseñarles, por intermedio de ejercicios en un pizarrón, un nuevo alfabeto que empezaba así: E, espacio, V, espacio, U, T, espacio. Los espacios, explicaba, eran lo más importante.

En otra ocasión, más adelante, estaba de pie en el primer descanso de la escalera de entrada de la sucursal de la Calle Cuarenta y dos de la Biblioteca Pública de Nueva

York, gritando a una variada multitud, una y otra vez:

—¡Qinpopyl poppyfil! ¡Qinpopyl poppyfil!

Y en otro momento, más adelante aún, despertó, muy sobrio; estaba apoyado en una mesa con tapa de imitación mármol en un bar parcialmente destruido. El sol entraba oblicuo por la ventana y daba en la pared que tenía a la izquierda; debían de ser las últimas horas de la tarde o las primeras de la mañana.

Cavanaugh lanzó un gemido. Había ido a ese bar, recordó, porque le dolía la cabeza; era más o menos lo mismo que si hubiera tomado un purgante para la náusea.

Y el resto, antes y después... ¿cuánto era imaginación suya?

Alzó la cabeza y miró esperanzadamente los carteles en las ventanas. Aun sin pensarlo, estuvo seguro de que aquello no era inglés. La primera letra era una Z.

Lanzó otro gemido y apoyó la barbilla en las manos ahuecadas, cuidadosamente. Trató de quedarse así, sin moverse, sin mirar, sin ver, pero un pensamiento insistente lo obligó a levantar otra vez la cabeza.

¿Hasta cuándo?

¿Hasta cuándo iba a durar todo eso? ¿Cuánto podía durar antes de que el mundo se fuese al mismísimo diablo? No mucho.

Sin un lenguaje, ¿cómo podía uno comprar algo, vender algo, pedir algo? Y si uno pudiese, ¿qué moneda usaría? ¿Billetes de cuatro dólares, con la inscripción YVA PYNNT?

...O, se corrigió amargamente, algo igualmente extraño. Porque ese era el detalle que había pasado por alto hacía unas horas, durante la borrachera: que cada uno tenía un alfabeto diferente. Para Cavanaugh era YVA PYNNT. Para algún otro era AGU MATTEK O ENY ZEBBAL, o...

Veintiséis letras en el alfabeto inglés. Combinaciones posibles: 26 x 25 x 24 x 23 x 22 y así sucesivamente hasta el 1... aproximadamente un cero por cada operación...

Algo así como *cuatrillones*... No tantas combinaciones si las vocales eran sustituidas por vocales y las consonantes por consonantes, como parecía ser su caso, pero muchas de todos modos. Más que el número de personas vivas en el mundo.

Eso en cuanto a la palabra escrita. Para el habla —Cavanaugh se dio cuenta de pronto— el problema sería unos veinticinco lugares decimales más grave. Ya no se tra-

taba de letras sino de fonemas: cuarenta en el inglés hablado común.

Una vara que le revolvía a uno el cerebro, mezclando los reflejos, conectando la recepción de la K con la emisión de la H, o la D, o cualquier otra letra...

Cavanaugh dibujó una letra con el dedo índice en la mesa, arrugando el ceño. ¿No había hecho siempre la A de ese modo... una raya vertical y tres horizontales?

Pero ahí estaba el detalle siniestro de todo el asunto: que la memoria no significaba nada, porque todas las memorias seguían existiendo, pero estaban distorsionadas. Como si uno arrancara todas



las conexiones de la mesa de un operador telefónico y las volviera a poner todas cambiadas.

Naturalmente, *esa* tenía que ser la explicación: nadie podía haber andado cambiando todos los letras, reimprimiendo todos los diarios o falsificando la firma de Cavanaugh en la tarjeta del Seguro Social. La primera letra de su nombre, ese semicírculo, aunque parecía una Z, seguía siendo una C.

¿O no? Si un árbol cae pero no hay nadie allí para oír la caída, ¿produce un ruido? Y si la belleza está en el ojo del observador... Reprimiendo una tendencia a caer en la histeria, Cavanaugh pensó: ¿cómo podemos salir de esto?

Empecemos por el principio.

El Rufián.

Había llegado de un sitio que no era exactamente un sitio, atravesando una distancia que no era exactamente una distancia. Pero debía de ser un viaje difícil, porque no había señales de otras apariciones de pequeños coleccionistas de arte con crestas como cacatúas...

Compraba objetos de artesanía locales con piedras que en este planeta no tenían precio y que tal vez en el sitio de donde él venía eran tan comunes como la tierra. Bonitos abalorios para los nativos. Cortésmente, uno le ofrecía un trago. Y él, devolviendo esa cortesía, le revolvía a uno la cabeza con una vara.

Aguardiente. Un suave estimulante para el Rufián, pero un infierno sobre ruedas para los aborígenes. En vez de confundir un poco a un par de personas ponía patas arriba a todo un planeta... y como el Rufián se comunicaba por intermedio de figuras quizá *aún* no sabía todo el daño que había provocado. Terminaría su excursión y regresaría contento a su casa con los premios y luego, quizá mil años más tarde, cuando la humanidad se hubiese vuelto a recompo-



ner en naciones de media hectárea e imperios de dos por un centavo, aparecería otro Rufián...

Cavanaugh voló la silla.

Se le estaban formando carámbanos en la columna vertebral.

No era esta la primera vez. Ya había ocurrido por lo menos en otra ocasión, hacía unos pocos miles de años, en el valle del Eufrates. Babel.

III

El sol descendía hacia el oeste, dorando la desierta Calle Cuarenta y dos con la desgarradora y falsa promesa de la primavera en Nueva York. Mareado, apoyado en el marco de la puerta, Cavanaugh vio escaparates rotos e interiores oscuros. Se oía un confuso estruendo allá lejos, en la ciudad, pero las pocas personas que pasaban por delante de él iban calladas, perplejas.

Había un tremendo choque en la esquina de la Séptima Avenida, y otro en la Octava; comprendió con alivio que eso explicaba la falta de tráfico en su manzana. Sosteniéndose la tapa de la cabeza con una mano, atravesó corriendo la calle y se metió en las oscuras fauces del subterráneo.

El vestíbulo y la propia estación estaban vacías; sólo se oían ecos. No había nadie en los quioscos, nadie jugando con las máquinas tragamonedas. Cavanaugh tragó saliva y entró por la puerta abierta y bajó estruendosamente por las escaleras hasta la plataforma.

Había un tren detenido con las puertas abiertas, las luces encendidas y el motor ronroneando calladamente. Cavanaugh entró en el

coche delantero y fue hasta la cabina del conductor.

Faltaba la palanca de control. Lanzando un juramento, Cavanaugh volvió a subir a la calle. Tenía de encontrar al Rufián; había una posibilidad en un millón de que eso sucediese, y un minuto desperdiciado ahora podía ser un minuto importante.

En ese momento el hombrecito podía estar ya en cualquier parte del planeta. Pero se había interesado en el apartamento y que eran de procedencia diversa: las Filipinas, México, Malaca, Suecia, la India... y Greenwich Village. Si todavía no hubiese llegado al Village, cosa bastante improbable, quizá lo podría encontrar aún; era su única esperanza.

En la Octava Avenida, al sur de la Cuarenta y uno, encontró un taxi amarillo detenido junto a la acera. El chófer estaba apoyado contra la pared, bajo un letrero de Zyzi-Zyni, hablando solo y gesticulando.

Cavanaugh lo agarró de la manga y le dio señas urgentes hacia el sur. El chófer lo miró vagamente, se aclaró la garganta, se apartó dos pasos, siempre pegado a la pared, y prosiguió con su interrumpido discurso.

Cavanaugh vaciló un instante, echando humo, luego buscó en los bolsillos pluma y papel. Encontró el sobre con su alfabeto salvador del mundo, lo abrió para tener un espacio en blanco, y dibujó rápidamente:



El chófer miró el dibujo con cara de aburrimiento, luego con un débil brillo de inteligencia. Cavanaugh señaló la primera figura y miró al hombre interrogativamente.

—¿Oweh? —dijo el chófer.

—Eso es —dijo Cavanaugh, asintiendo violentamente—. Ahora la siguiente...

El chófer vaciló.

—¿Mtshell?

No podía ser con una consonante al final. Cavanaugh sacudió la mano y señaló el cirulo negro.

—Mah.

—¡Exacto! —exclamó Cavanaugh—. Oweh mah...

Señaló la tercera figura.

Esa era la difícil; el chófer no conseguía entenderla.

—¿Vnakjaw? —aventuró.

Eran pocas sílabas. Cavanaugh negó con la cabeza y pasó a la cuarta figura.

—Vbzetch.

Cavanaugh asintió, y volvieron a repetir toda la serie.

—Oweh... mah... vbzetch.

—Una expresión de esclarecimiento se extendió por toda la cara del chófer—. ¡Jickag! ¡Jickag! ¡Vbzetch!

—¡Eso es! —dijo Cavanaugh—. Sheridan Square.* ¡Jickag! Vbzetch!

Cuando estaba llegando al taxi el chófer se detuvo de pronto, como si acabara de recordar algo, y tendió una mano insinuante.

—Ngup-joke —dijo, con tristeza, y se volvió hacia la pared.

Veinte minutos más tarde Cavanaugh se había empobrecido en un diamante de treinta kilates, y el chófer del taxi, con una sonrisa en su cara honrada, le abría la puerta en la esquina oeste de la plaza She-



ridan (que no es cuadrada sino triangular), a pocos metros de la estatua color plomo del general.

Cavanaugh le indicó con una seña que lo esperase, recibió una sonrisa contenta y un asentimiento, y echó a correr manzana abajo.

Pasó una vez por delante de la tienda de Janigian sin reconocerla, por una excelente razón: no había un solo zapato o zapatilla a la vista en el enorme y vacío taller y salón de ventas.

La puerta estaba abierta. Cavanaugh entró, mirando suspicazmente los estantes vacíos y luego la puerta del cuarto trasero, asegurada por una barra de hierro y el candado más grande que había visto en su vida. Eso era extraño: (a) porque Janigian no creía en las

* Square: Plaza, y también cuadrado. (N. de T.)

puestas cerradas, y esa misma nunca había tenido siquiera picaporte, y (b) porque Janigian nunca salía a ninguna parte: unos años antes lo había asustado para siempre el comentario de E. B. White acerca de la manera en que el pavimento sube al encuentro del pie cuando uno lo levanta.

Cavanaugh se acercó, metió las uñas en la rendija entre la puerta y el marco, y tiró.

La barra de hierro, que estaba sujeta al marco sólo por las cabezas aserradas de dos tornillos, se soltó; la puerta giró, abriéndose.

Adentro estaba Janigian.

Sentado con las piernas cruzadas sobre un pequeño baúl de madera, moderadamente desorbitado, tenía sobre los muslos una herrumbrosa escopeta, y dos cuchillos de carnicero, de veinticinco centímetros de largo, tirados en el suelo, delante suyo.



Al ver a Cavanaugh levantó la escopeta, luego la bajó un poco.

—¡Odeh! —dijo. Cavanaugh lo tradujo como "¡Ajá!", el saludo habitual de Janigian.

—Odeh serás tú —le respondió. Sacó la cartera, tomó el otro diamante —el grande— y se lo mostró.

Janigian asintió solemnemente. Se puso de pie, sosteniendo cuidadosamente la escopeta debajo de un brazo, y con el otro, sin bajar la vista, levantó la tapa del baúl. Apartó media docena de camisas sucias, buscó más abajo, y sacó un puñado de algo.

Se lo mostró a Cavanaugh.

Diamantes.

Los dejó caer uno por uno en el baúl y luego echó adentro las camisas, bajó la tapa y se volvió a sentar encima.

—¡Odeh! —dijo.

Esa vez significaba "adiós". Cavanaugh salió de la tienda.

El dolor de cabeza, que lo había abandonado imperceptiblemente en algún sitio de la Calle Cuarenta y dos, volvía a hacerse sentir. Lanzando una poco inspirada maldición, Cavanaugh regresó a la esquina.

¿Y ahora? ¿Se suponía que tenía que perseguir al Rufián a las Filipinas, o a Suecia, o a México?

Y bueno, ¿por qué no? Si no lo encuentro, se dijo Cavanaugh, dentro de un año estaré viviendo en una cueva. Seré un pésimo cavernícola. Cenar otra vez gusanos...

El chófer del taxi estaba todavía esperando en la esquina. Cavanaugh le gruñó y entró en la cigarrería que había al otro lado de la calle. Del montón de corbatas, libros y caramelos, que le llegaba a la rodilla, sacó un mapa. Con él en la mano volvió a la calle, y caminó hasta el taxi.

cerró con fuerza los ojos, y contó hasta veinte. Cuando pensó que podía confiar en sostener en la mano un objeto de punta afilada, tomó la pluma, buscó la sección de Manhattan en el mapa, e hizo una marca en la Cincuenta y la Segunda Avenida. Dibujó otro diamante, y una flecha señalando el punto.

El chófer lo estudió. Se incluyó un poco más sobre el asiento y puso un dedo gordo sobre el punto.

—¡Fa mack alaha gur'l hi? —preguntó, suspirando.

—Tu padre procede de una larga familia de orangutanes con repugnantes enfermedades —dijo Cavanaugh, poniéndose una mano sobre el corazón.

Tranquilizado por los polisílabos, el chófer hizo arrancar la máquina.

En el apartamento, mientras el chófer espiaba descaradamente en la sala, Cavanaugh buscó el diamante más pequeño para pagar el viaje, y otros doce, de tamaño mediano a grande, para futuras emergencias. También metió en una bolsa de papel dos latas de picadillo, una lata de judías, un abrelatas, una cuchara, y una botella de jugo de tomate; en ese instante la idea de comer le repugnaba, pero en algún momento tendría que hacerlo. Y eso era mejor que gusanos, de todos modos...

Cavanaugh descubrió que todas las arterias principales de Nueva York estaban cerradas; aparentemente, todos los que vivían en la isla trataban de salir, y viceversa. Nadie prestaba mucha atención a las señales de tráfico, y los demolidores resultados se veían en casi todas las esquinas.

Tardaron dos horas en llegar a La Guardia.



El chofer lo miró con expectativa.

—Tu madre tiene orejas peludas —le dijo Cavanaugh.

—¿Zee kwa? —preguntó el chófer.

—Tres —agregó Cavanaugh. Abrió el mapa por la zona de Queens Long Island, logró encontrar Flushing Bay, y dibujó una X (que, después de pensarlo mejor, transformó en un punto) donde tendría que estar el aeropuerto La Guardia.

El chófer miró, asintió... y tendió una mano carnosas.

Cavanaugh contuvo un impulso de escupir. Indignado, hizo un dibujo del diamante que ya le había dado al hombre, lo señaló, luego señaló al chófer, luego el mapa.

El chófer se encogió de hombros y señaló hacia afuera con el pulgar.

Cavanaugh apretó los dientes,

Había alguna clase de lío alrededor de un coche detenido delante del edificio terminal. Al acercarse el taxi de Cavanaugh la multitud se apartó del coche y echó a correr hacia ellos; Cavanaugh apenas tuvo tiempo de abrir la puerta y saltar afuera. Después de pisarle un pie a alguien y golpear a alguien más en el estómago, recuperó el equilibrio y vio como el taxi giraba sobre dos ruedas, con una puerta trasera abierta, y se alejaba rápidamente, llevando una carga de pasajeros que abultaba como un enjambre de abejas. Las luces traseras del taxi se perdieron en el camino, seguidas por unos pocos rezagados frenéticos.

Cavanaugh caminó con cautela alrededor del disminuido gentío, concentrado todavía en el coche restante, y entró en el edificio. Atravesó esforzadamente la sala de



espera, perdiendo la bolsa de papel, varios botones de la camisa y el noventa por ciento de la calma, y encontró una puerta abierta que daba a la pista.

La enorme área, iluminada por reflectores, era una inextricable confusión de gente, perros y aeroplanos: más aviones de los que Cavanaugh había visto jamás en un sitio; bosques de aviones: de pasajeros, de carga, aeroplanos particulares, de toda forma y tamaño.

La presencia de los perros era más difícil de explicar. A su alrededor había docenas, todos grandes y vocingleros. Un dalmata especialmente inquieto, del tamaño de un puma, dio vueltas alrededor de Cavanaugh y luego alzó las tremendas patas delanteras y se las puso en el pecho. Cavanaugh cayó

como un árbol. Hombre y perro se miraron a los ojos durante un moraz instantáneo; luego la bestia giró golpeando a Cavanaugh en las costillas, y desapareció.

Furioso, Cavanaugh se levantó y echó a andar, apresuradamente, hacia la pista. Alguien lo asió de la manga y le gritó en la oreja; Cavanaugh se volvió y chocó contra otra persona, que lo golpeó con un bolso. Un rato más tarde, con la mente confusa y el cuerpo magullado, llegó junto a un pequeño monoplano, de aspecto frágil, sobre una de cuyas alas estaba sentado un hombre de cara inexpresiva vestido con una chaqueta de cuero.

Jadeando, Cavanaugh trepó junto a él. El otro lo miró pensativamente y alzó la mano izquierda, que hasta ese momento había ocultado detrás del cuerpo. En la mano tenía una llave inglesa.

Cavanaugh suspiró. Con la mano le hizo una seña para que prestase atención, abrió la cartera y sacó de adentro una de las gemas más grandes.

El otro hombre bajó un poco la llave.

Cavanaugh se palpó el bolsillo, buscando la pluma estilográfica; había desaparecido. Entonces mojó un dedo en la sangre que le gotaba de la nariz y dibujó un tosco contorno del mapa de los Estados Unidos en la superficie del ala.

El otro dio un ligero respingo, pero miró con interés.

Cavanaugh trazó la frontera Estados Unidos-México, y al sur marcó un punto —o gota— grande. Señaló el aeroplano, el punto, y alzó el diamante.

El hombre meneó la cabeza.

Cavanaugh agregó otro diamante.

El hombre volvió a menear la cabeza. Señaló el aeroplano, hizo el movimiento de ponerse auriculares en la cabeza, se concentró en actitud de escucha, y negó otra vez. *No tenía radio.*

Con una mano achatada imitó el despegue de un avión, y con la otra dibujó una rápida línea en la garganta. *Suicidio.*

Luego ensayó un saludo poco militar. *Gracias de todos modos.*

Cavanaugh bajó del ala. El siguiente piloto que encontró le dio la misma respuesta; y el siguiente. No hubo un quinto piloto porque al querer acortar camino pasando por debajo de un ala tropezó con dos caballeros que forcejeaban silenciosamente y que en seguida le transfirieron la disputa. Cuando se recuperó de una momentánea distracción los hombres habían desaparecido, lo mismo que su cartera con los diamantes.

Cavanaugh volvió a Manhattan caminando.

Contando el tiempo que pasó durmiendo debajo de un puente en Queens, tardó doce horas en llegar a su casa. Hasta un nativo de Oregon consigue orientarse en Manhattan, pero la gente de Manhattan se pierde en seguida fuera de su isla. Cavanaugh no acertó con el puente de Queensborough, erró hacia el sur entrando en Brooklyn sin darse cuenta (antes preferiría haberse muerto), y fue a dar a unas sesenta manzanas de su ruta, en el puente de Williamsburg; por la calle Delancey llegó a la zona sureste de Manhattan, lo que no era un gran progreso.

Siguiendo la línea de menor resistencia, anhelando ver civilización (por ejemplo el centro de Nueva York), Cavanaugh avanzó hacia



el noroeste por el antiguo sendero de vacas conocido por diversos nombres: Bowery, Cuarta Avenida y Broadway. Deteniéndose sólo en un puesto de bebidas de Union Square para tratar de encontrar alguna salchicha fría, llegó a la Calle Cuarenta y dos a las diez y media, veintitrés horas y media después de haber conocido al Rufián.

Times Square, un espectáculo poco inspirador por la mañana, estaba muy extraña y triste. El tráfico, escaso, se movía espasmódicamente. Todos los coches llevaban las ventanas cerradas, y Cavanaugh vio a más de un pasajero con un rifle. La gente que deambulaba por las aceras cubiertas de basura no daba la impresión de dirigirse a algún sitio, ni de pensar si-



quiera en esa posibilidad. Se amontonaba, nada más.

Las librerías estaban vacías, y los libros desparramados en el pavimento; tiendas de novedades, cafeterías, bares... lo más asombroso de todo era que aún existía algún tipo de comercio, acá y allá. El dinero todavía compraba una botella de licor, o un paquete de cigarrillos, o una lata de conservas: los artículos de primera necesidad. El problema principal era cómo fijar el precio, lo que había sido resuelto de una manera muy directa: sobre el mostrador se exhibían los artículos de la tienda, y cada artículo tenía adherido un billete o dos. Cigarrillos: George Washington. Una botella de whisky: Alexander Hamilton y Abraham Lincoln. Una lata de carne: Andrew Jackson.

Había incluso un cine abierto. Mostraba un festival de Charlie Chaplin.

Cavanaugh se sentía muy atollado y es insubstancial. Babilonia, ¡la gran ciudad!, pensó; y en algún sitio, aparentemente, en la brecha entre antediluvio y anadominante, el copista debía haber escapado con el pergamino...

La raza humana acababa de recibir el castigo. Nueva York ya no era una ciudad; era simplemente la materia prima de un rompecabezas para arqueólogos: un montón de basura. Y pensando otra vez en *Finnegans*, recordó: ¡Qué hermoso revoltijo es todo!

Miró las caras que tenía alrededor, inexpresivas, mostrando un nuevo dolor, el dolor del silencio. Eso es lo que más le hace sufrir, pensó. No poder hablar. No les importa no poder leer; esa es una molestia menor. Pero quieren hablar.

Sin embargo, la humanidad habría podido sobrevivir si sólo estuviese embrollada el habla, no la escritura. No habría resultado difícil inventar símbolos sonoros universales para las pocas situaciones donde el habla era realmente vital. Nada podía sustituir los libros de texto, los archivos, las bibliotecas, las cartas comerciales.

En ese instante, pensó Cavanaugh, el Rufián debía de estar cambiando vestidos de hierba por abalorios brillantes en Honolulu o colmillos de morsa tallados en Alaska, o...

¿O no? De pronto descubrió que había estado imaginando que las apariciones del Rufián en todo el mundo eran como la de su apartamento, saliendo de la nada, y que al final de su excursión el hombrecito de la cresta desaparecería del sitio donde se encontrase de la misma manera, volviendo a su mundo de origen.

Pero si podía viajar de ese modo, ¿por qué se había ido del apartamento de Cavanaugh en un autobús en la Segunda Avenida?

Cavanaugh buscó frenéticamente en su memoria. Se le aflojaron las rodillas.

El Rufián le había mostrado en el disco que los dos —llamémoslos universos— rara vez se cruzaban, y que cuando eso sucedía se tocaban sólo en un punto. La vez anterior el punto de contacto había sido la llanura de Shinar. Esta vez el apartamento de Cavanaugh.

Y aquel parpadeo, luz-oscuridad-luz, antes que el Rufián de la figura volviese a su propia esfera...

Venticuatro horas. Cavanaugh miró el reloj. Era las 10:37.

Echó a correr. Con pies de plomo, casi muerto, y maldiciéndose a sí mismo, al Rufián, a la raza humana, al Dios Creador y a todo el cosmos imaginable con el último aliento de su cuerpo, Cavanaugh llegó a la esquina de la Cuarenta y nueve y la Segunda Avenida a tiempo para ver al Rufián pedaleando rápidamente por la Avenida en una bicicleta.

Le gritó, o trató de hacerlo; no le salió más que un resuello.

Con un silbido agónico, tambaleándose, dobló la esquina y corrió para no caerse de cabeza. Casi alcanzó al Rufián en la entrada del edificio, pero le faltó aliento para hacer algún ruido. El Rufián entró como una flecha y se lanzó escaleras arriba; Cavanaugh lo siguió.

No puede abrir la puerta, pensó, en la mitad del camino. Pero cuan-



do llegó al descanso del tercer piso vio que la puerta estaba abierta.

Cavanaugh hizo un último esfuerzo, saltó como un salmón, tropezó con el umbral, y cayó desparramado en medio del piso.

El Rufián, a un paso de la mesa de dibujo, se volvió con un sorprendente "¡Chaya dnh!"

Al ver a Cavanaugh, se acercó mirándolo con unos ojos saltos y preocupados. Cavanaugh no podía moverse.

Murmurando entre dientes, excitado, el Rufián sacó de algún lugar el artefacto verde y blanco —una acción muy parecida, presumiblemente, a la de un ser humano buscando el medicinal brandy— y lo puso en el suelo, cerca de la cabeza de Cavanaugh.

—¡Urrgh! —dijo Cavanaugh.

Agarró con una mano el disco del Rufián.

Las figuras se formaron sin un esquema consciente: el artefacto, las luces que se encendían y apagaban en el cráneo—docenas, cientos de cráneos— luego edificios que se derrumbaban, trenes que chocaban, volcanes que entraban en erupción...

Los ojos del Rufián casi saltaron de sus órbitas.

—¡Hakdaz! —dijo, llevándose las manos a las orejas. Tomó el disco y proyectó imágenes conciliatorias: el artefacto y un vaso de vino, fundiéndose en una sola cosa.

—Ya lo sé —dijo Cavanaugh con voz ronca, tratando de apoyarse en un codo—. Pero ¿puedes encontrar una solución?

Hizo una imagen del Rufián señalando las luces centelleantes, que pronto se apagaron.

—Deech, deech —aseguró el Rufián, asintiendo violentamente. Tomó el artefacto y desarmó de algún modo la base verde en docenas de pequeños cubos que empezó a rearmar, aparentemente en un orden diferente, con mucho cuidado.

Cavanaugh se arrastró hasta una silla y se dejó caer en ella, flácido como un guante. Observó al Rufián, diciéndose con modorra que, si no tenía cuidado, en un momento estaría dormido. Había algo raro en la habitación, algo extraordinariamente sedante... Un instante más tarde comprendió qué era.

El silencio.

Las dos mujeres que festeban el piso de abajo no se estaban gritando insultos a través del patio. Nadie escuchaba música para idiotas en radios sintonizadas a un volumen seis veces más alto de lo necesario para un oído normal.

La casera no le gritaba desde el último piso instrucciones al portero en el sótano.

Silencio. Paz.

Por algún motivo, la mente de Cavanaugh volvió al tema de las películas mudas: Chaplin, los policías Keystone, Douglas Fairbanks, Garbo... tendrían que volver a sacarlos de las latas, pensó, para todo el mundo, no sólo para los clientes de la Filмотeca del Museo de Arte Moderno...

El Congreso tendría que equiparse con algún sistema de teleautógrafo, tal vez con una pantalla sobre la mesa del orador.

La televisión. La televisión, pensó Cavanaugh, como en un sueño, tendría que callarse.

No habría más oratoria de propaganda.

No habría más discursos de banquetes.



No habría más anuncios comerciales cantados.

Cavanaugh se levantó.

—Escucha —le dijo al Rufián, tenso—. ¿Podrías arreglar sólo la escritura... no el habla?

El Rufián lo miró desorbitado y le ofreció el disco.

Cavanaugh lo agarró y, lentamente, comenzó a traducir la idea a cuidadosas imágenes...

El Rufián se había ido. Zambulléndose de cabeza por encima de la mesa de dibujo de Cavanaugh, había desaparecido como una pompa de jabón al estallar.

Cavanaugh se quedó donde estaba, escuchando. Desde afuera, luego de un rato, llegó un confuso ruido, debilitado por la distancia.

En toda la ciudad —en todo el mundo, supuso Cavanaugh— la gente estaba descubriendo que podía leer de nuevo; que los letreros querían decir lo que decían; que la sùbita isla de cada hombre se había vuelto a unir al continente de los demás.

Eso duró veinte minutos, y luego se apagó poco a poco. Con el ojo de la mente, Cavanaugh vio la orgía de escritura que debía de estar empezando. Se sentó, y escuchó el bendito silencio.



En seguida comenzó a sentir la presencia de una punzada creciente, como un olvidado dolor de muelas. Cavanaugh tardó un momento en identificarla como la conciencia. ¿Quién eres tú, le decía la conciencia, para quitar el don del habla... lo único que en una época distinguió al hombre del mono?

Cavanaugh, respetuosamente, trató de sentir arrepentimiento, pero no lo consiguió. ¿Quién dijo que era un don? le preguntó a la conciencia. ¿Para qué lo usamos?

Te voy a decir para qué. En la cigartería: Eh, ¿qué te parecieron los Yankees? Si, estuvieron bien, ¿verdad? ¡Claro que sí! Te digo que...

En casa: ¿Qué tal te fue hoy? Ah. El manicomio de siempre. Y a ti, ¿cómo te fue? Muy bien. Yo no puedo quejarme. ¿Los niños bien? Sí. Ajá. ¿Qué hay para la cena?

En una fiesta: ¡Hola, Harry! ¿Qué cuentas, muchacho! ¿Cómo estás? Me alegro. ¿Cómo están los...? Y entonces le dije, tú no puedes meterte en lo que yo... Me gusta, pero no me sienta bien. Es mi estómago; el médico dice... Organé, con pequeños botones dorados... ¡Ah, sí! ¿Quieres que te rompa la nariz?

En las esquinas de las calles: Lebensraum... Nordische Blut...

Yo, dijo Cavanaugh, ya presenté mis pruebas.

La conciencia no respondió.

En el silencio, Cavanaugh atravesó la habitación hasta el estante de los discos, y sacó un álbum. Leyó el título en el lomo: MAHLER. La canción de la Tierra.

Escogió uno de los discos y lo puso en el aparato: "La Canción del Borracho", en el quinto movimiento.

Cavanaugh sonrió beatíficamente, escuchando. Era un remedio arcaico, pensó; desde el punto de vista del Rufián, la raza humana había quedado para siempre un poco achisado. ¿Y qué?

Las palabras que cantaba el tenor eran incomprensibles para Cavanaugh... pero siempre lo habían sido; Cavanaugh no hablaba alemán. Aunque conocía el significado:

Was geht mich denn der Frühling an!?

Lass mich betrunken sein!

"¿Qué me importa la primavera?

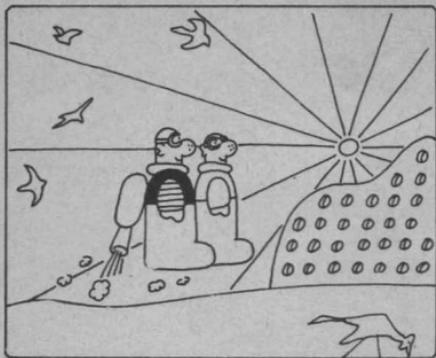
... ¡Déjenme estar borracho!"

Título original: "Babel II"

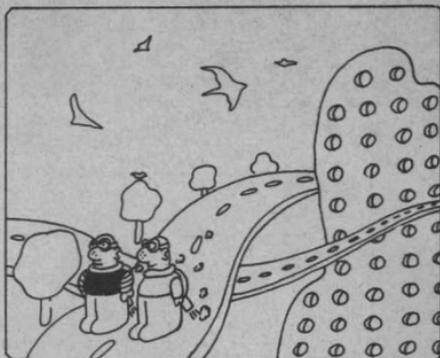
© 1953 by Galaxy Publishing Corporation

Traducción de Marcial Souto

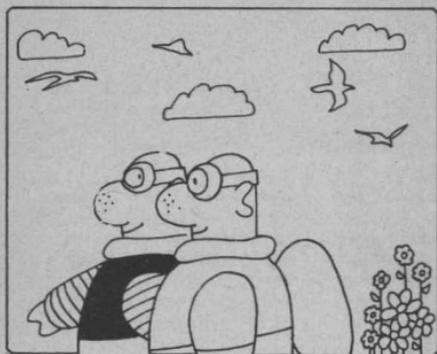
LOS INMORTALES



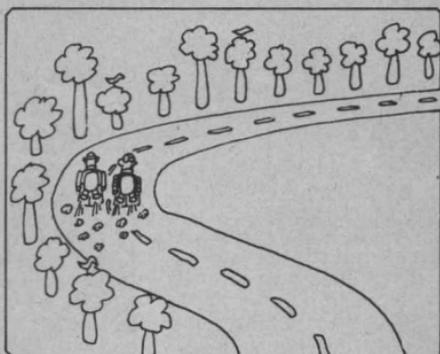
—¡Pensar, Pedro, que no moriremos nunca más!!!



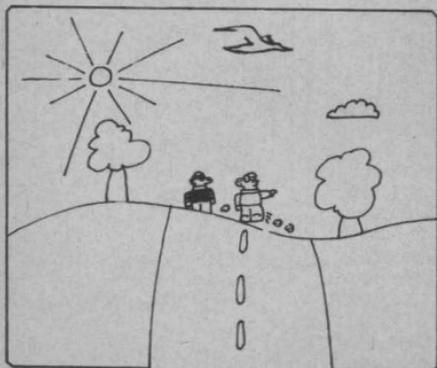
—La última tanda de entierros fue allá por el 1992.



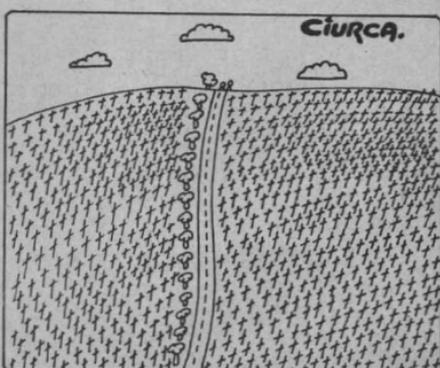
—Esta será una vida muy distinta.
aquí no hay odio, vicios, contaminación. . .



—¡Lástima que no todos lo pudieron disfrutar! . .



—¿Tú qué haras, Pedro?
—Pondré una pizzeria en la ciudad. . .



—¿Y cómo se llamará?
—LOS MORTALES

¡NO YO! ¡NO AMOS CABOT!

de HARRY HARRISON

Ilustró: FATI

El correo de la mañana había llegado mientras Amos Cabot estaba afuera haciendo las compras, y lo habían dejado sobre la desvencijada mesa de la sala de entrada. Le echó una ojeada, pese a que sabía que no habría nada para él; aquél no era su día. El trece recibía el cheque de Bienestar Social y el



veinticuatro el cheque del sindicato y nunca había otra cosa, fuera de un número siempre decreciente de tarjetas cada Navidad. Nada, lo sabía. Recostado contra el espejo descubrió un sobre azul de gran tamaño, pero Amos no alcanzaba a distinguir el nombre: la maldita tacañería de la señora Peavy con sus lámparas de dos vatios. Se inclinó para mirarlo de cerca,

parpadeó... y volvió a parpadear. ¡Dios mío, era para él, sin posible error! Al tacto daba la impresión de ser una revista o un catálogo voluminoso: se preguntó qué podría ser, y a



quién se le habría ocurrido mandárselo. Apretándolo contra el pecho con una mano sarmentosa y salpicada de manchas hepáticas, inició el largo y penoso ascenso de los tres tramos de escaleras hasta la habitación. Dejó caer sobre



el escurridero la bolsa de cuerda con las dos latas de alubias y la hogaza de pan del día anterior y se sentó cansadamente en la silla, junto a la ventana. Al abrir el sobre vio que lo que contenía era una revista, una revista voluminosa de negras tapas satinadas. La deslizó sobre el regazo y la contempló con ojos horrorizados.

El Más Allá, rezaba el título, en retorcidas letras góticas negras sobre un campo gris verdoso, y un poco más abajo había un subtítulo: *La Revista de la*



Preparación. El resto de la tapa era negro, tan negro como una noche cerrada, salvo una foto en forma de piedra sepulcral: un reconfortante paisaje de un cementerio cuajado de flores, hileras de lápidas y mausoleos melancólicos. ¿Qué demonios era éso? ¿Una broma pesada, tal vez? No fue precisamente esa la sensación que tuvo Amos mientras hojeaba con dedos trémulos las páginas que le mostraban imágenes fugaces de ataúdes, féretros, predios en cementerios y urnas para cenizas



mortuorias. Con un gruñido de fastidio arrojó la revista sobre la mesa, y en ese momento una carta se deslizó dé entre las páginas y cayó al suelo. Estaba dirigida a él, en papel membretado de la revista; no había error posible.



Mi estimadísimo señor: Bienvenido a la resignada familia de los felices lectores de El Más Allá: La Revista de la Preparación. ¡A usted, que está próximo a morir, le damos nuestra bienvenida! Deja usted atrás una vida larga y venturosa y se





inmediatamente bajó la voz al oír que su vecino Antonelli le golpeaba la pared—. ¿Por qué le mandan a una persona semejante inmundicia? ¿Qué es eso?

¿Qué era eso? Levantó las dos mitades de la revista y las alisó sobre la mesa. Un producto demasiado lujoso, demasiado costoso para que fuese una broma: aquellos avisos eran auténticos. Luego de buscar un rato encontró el índice, y llegó penosamente, a través de la menuda letra impresa que apenas podía leer, al nombre del editor: Saxon-Morris Publishers, Inc., que debía de tener dinero porque estaba en el Edificio Saxon-Morris; Amos lo conocía: una de las nuevas torres de granito de Park Avenue.

¡No se iban a salir con la

encamina hacia las Puertas de la Eternidad que se abren de par en par para recibirlo, para devolverlo al seno de sus seres queridos ya pasados a mejor vida. Ahora, en esta postrera hora de amistad, nos ponemos a su entera disposición para facilitarle el camino. ¿Ha redactado usted su testamento? Apuesto a que ha estado remiso, pero eso ahora no es problema. Busque la página 109 y lea el alentador artículo "Donde Hay un Testamento", y entérese de todo cuanto hay que saber. Y más adelante, en la página 114, encontrará un formulario de testamento desplegable que le será fácil recortar por las perforaciones. Cubra simplemente los pocos espacios en blanco, firmelo con su nombre y haga auténticar su firma por el notario local (¡suele estar en la papelería!). ¡No pierda tiempo! ¿Ha pensado usted en la cremación? Hay un mensaje maravillosamente

inspirador del doctor Phillip Musgrove de la Pequeña Iglesia situada a la vuelta del Crematorio en la página. . .

Amos tomó la revista con manos trémulas y la arrojó al otro lado del cuarto, sintiendo un cierto alivio al ver que se partía en dos.

—¿Qué es eso de que me voy a morir? ¿Para qué me lo dice? —gritó, e





suya! Una chispa de indignación centelleó valientemente en el flaco pecho de Amos Cabot. Había conseguido que la Empresa de Transporte de Pasajeros Quinta Avenida le enviase una carta de disculpas por la forma en que el conductor lo había tratado el día de San Patricio, y que la Compañía Triborough de Bebidas Automáticas le reembolsara cincuenta centavos en sellos



de correo por las monedas que sus máquinas habían consumido sin entregarle refrescos a cambio. ¡Ahora Saxon-Morris se iba a enterar de que tampoco ellos podían salirse con la suya!

Afuera había hecho calor, pero marzo era un mes cambiante, así que se puso la abrigada bufanda de lana. Un par de dólares tendrían que sobrarle para cubrir los gastos de la excursión, pasajes de ómnibus, y una taza de té en el Automat, así que sacó dos arrugados billetes de atrás del tarro del azúcar. Ya verás, Saxon-Morris, ya

verás la que te espera.

Era muy difícil ver a nadie en Saxon-Morris si uno no tenía una cita. La joven pelirroja de peinado alto y capas de maquillaje esmaltado ni siquiera estaba segura de que tuvieran una revista llamada *El Más Allá*. Había una lista de todas las publicaciones de Saxon-Morris en la pared, detrás del rojo escritorio, pero las letras doradas sobre el mármol verde oscuro eran difíciles de leer en la penumbra. Como Amos siguiera insistiendo, la recepcionista buscó en una libreta de nombres y números telefónicos y por último admitió, a regañadientes, que *El Más Allá* era una de las revistas que publicaban.

—Quiero ver al director.

—¿A qué director desea ver?



—A cualquiera, me importa un carajo.

La actitud fría de la muchacha se tornó más fría aún cuando la rozó la palabrota.

—¿Puedo preguntarle por qué asunto?

—Eso es asunto mío. Quiero ver al director.

Pasó más de una hora antes de que la chica encontrase una persona a quien Amos pudiese ver, o quizá se cansó de verlo sentado allí, mirándola con cara de pocos amigos. Al cabo de una serie de conversaciones

solapadas, la chica colgó el receptor.

—Si pasa por esa puerta y toma por el primer corredor a la derecha y sube al entresuelo, cuarta puerta a la izquierda, el señor Mercer lo atenderá en la oficina siete ochenta y dos.

Amos se extravió instantáneamente en el laberinto de pasadizos y puertas grises, pero la segunda vez que fue a dar a una sala de correspondencia, uno de los aburridos jovencuelos lo acompañó a la 782. Entró sin llamar.

—¿Usted es Mercer, el director de *El Más Allá*?

—Sí, soy Mercer. —Era un hombrecito gordinflón de cara redonda y anteojos más redondos todavía, apretujado detrás de un escritorio que llenaba el

fondo de la diminuta oficina sin ventana—. Pero esto es la sección de circulación, no la editorial. La chica de la recepción dijo que usted tenía un problema de circulación.

—Sí, tengo un problema. ¿Por qué demonios me mandan esa condenada revista que no me interesa?

—Bueno. . . quizá en eso pueda ayudarle. ¿A qué publicación se refiere. . . ?

—Me refiero a *El Más Allá*.

—Sí, es una de las de mi grupo. —Mercer abrió dos archivos antes de encontrar la carpeta apropiada, buscó en ella con atención durante un rato y sacó una hoja de papel. — Me temo que no pueda hacer absolutamente nada por usted, señor Cabot. Usted debe de estar en nuestra lista de suscripciones sin cargo, y esas no las podemos cancelar. Lo lamento.

—¿Lo lamenta! ¿Qué me dice? ¡No quiero seguir recibiendo esa basura, y les aconsejo que dejen de mandármela!



Mercer trataba de mostrarse afable, y logró conjurar una sonrisa artificial.

—Seamos razonables, señor Cabot; es una revista de gran jerarquía y usted la está recibiendo por nada. ¡Una suscripción cuesta diez dólares por año! Si usted ha tenido la suerte de ser elegido para una suscripción gratuita, no



debería quejarse...

—¿Quién me eligió para una suscripción gratuita? Yo no pedí nada.

—No, ni era necesario que lo hiciese. Su nombre figuraba probablemente en una de las listas que nosotros compramos a las compañías de seguros, hospitales para veteranos y otras instituciones por el estilo. *El Más Allá* es una de nuestras revistas-obsequio; no quiero decir, por supuesto, que la obsequiamos a cualquiera, todo lo contrario: se envía a un grupo muy selecto de suscriptores, y no cubrimos los costos con las suscripciones sino con los pagos de los anunciantes. En un sentido ellos garantizan los costos de estas revistas de lujo, de modo que se puede decir que constituyen algo así como un servicio público. Para madres primerizas, por ejemplo, compramos listas en todos los hospitales



y enviamos suscripciones semestrales de *Tu Bebé*, con algunos consejos y artículos realmente buenos, y los avisos, por supuesto, que son educativos de por sí...

—¡Bueno, yo no soy una madre primeriza! ¿Por qué demonios me mandan esa bazofia?

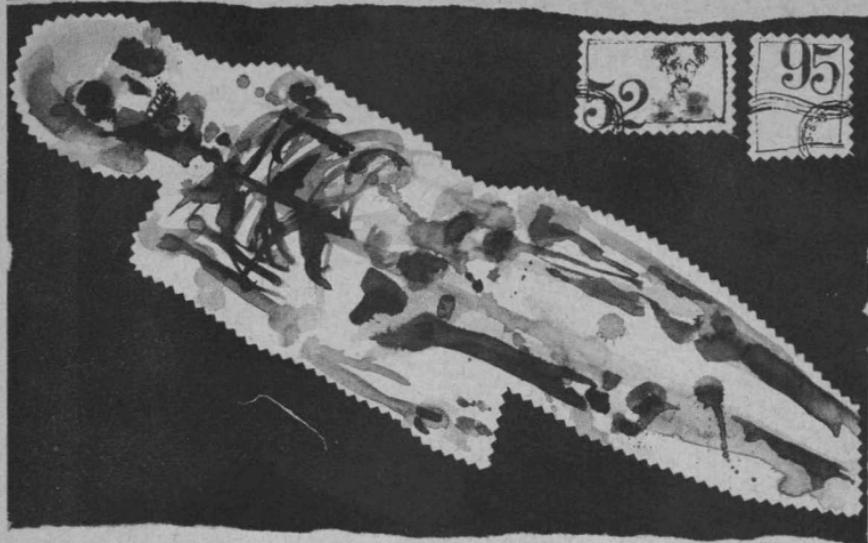
El Más Allá es un poco diferente de *Tu Bebé*, pero también cumple una función social. Es cuestión de estadísticas, señor. Cada día mueren cierto número de personas, de edades y ambientes determinados, y todo lo demás. Los



empleados de las compañías de seguros, actuarios creo que los llaman, llevan cuenta de todos estos datos y cifras y confeccionan gráficos y cuadros. Muy exactos, me aseguran. Han

convertido las esperanzas de vida en una de las bellas artes. Toman a un hombre, como usted, digamos, un hombre de cierta edad, estudian su historia personal, su estado físico, su medio ambiente y todo lo demás, y determinan con gran exactitud la fecha de su muerte. No el día y la hora y ese tipo de cosas; supongo que podrían hacerlo si quisieran, pero para nuestro propósito un período de dos años es satisfactorio. Esto nos da un número de meses para familiarizar al suscriptor con nuestra revista y con los servicios





ofrecidos por nuestros anunciadores, de manera tal que en el momento en que el suscriptor muera los mensajes publicitados hayan llegado a su punto de saturación.

—¿Me está diciendo que me voy a morir dentro de los próximos dos años?

—chilló Amos con voz áspera, rojo de furia.

—¡No soy yo quien se lo dice, señor! —Mercer se echó un poco hacia atrás y con un pañuelo secó en los anteojos la saliva del viejo.— Esa es tarea de los actuarios. La computadora

ha marcado su nombre y ellos me lo han enviado a mí. Son ellos los que dicen que usted morirá dentro de dos años. Como servicio público, nosotros le enviamos a usted *El Más Allá*. Un servicio, nada más.

—Yo no me voy a morir en el término de dos años. ¡No yo! ¡No Amos Cabot!

—Eso es cosa suya, señor. Mi posición en estas circunstancias es de simple rutina. Su suscripción ha sido registrada y sólo podrá ser cancelada cuando un número nos sea devuelto con el sello de *destinatario fallecido*.

—¡No me voy a morir!

—Eso podría suceder, tal vez, aunque en este momento no puedo recordar ningún caso. Pero como es una suscripción por dos años me imagino que expirará automáticamente al final del segundo año, si no es cancelada anteriormente. Sí, éso es lo que sucederá.

A Amos le arruinó el día, y aunque el sol brillaba y el tiempo era agradable, ni siquiera lo notó. Volvió a su casa y pensó tanto en toda aquella historia que no pudo dormir. El día siguiente no fue mejor, y Amos empezó a preguntarse si aquello no sería parte del mensaje que la espantosa revista le había traído. Si la muerte lo



rondaba —ellos estaban seguros de que era así— ¿por qué no ceder y ponerse de acuerdo con ellos? Redactar el testamento, encargar el terreno, la tumba, la lápida, los formularios del Mensaje Postremo, y expirar tranquilamente.

—¡No! ¡A mí no me van a ganar!

En un principio pensó en esperar el número del mes siguiente y escribir *destinatario fallecido* y enviarlo de vuelta; de ese modo cesaría, con toda seguridad, de recibir nuevos ejemplares. Pero luego se acordó del gordito Mercer y se imaginó su expresión de felicidad cuando la cancelación llegase a su escritorio. Otro acierto, muerto en el plazo previsto, como siempre. El viejo loco debería saber que con las estadísticas no se juega. ¡Viejo loco, de veras! El les iba a enseñar. Los Cabot eran una familia longeva, dijeran lo que dijeren las estadísticas, y testaruda además. Ellos no lo iban a matar con tanta facilidad.

Después de muchas cavilaciones se decidió a ir a ver al médico de su antiguo sindicato y pedirle que le



hiciese un examen completo y general.

—No está mal, no está nada mal para un muchacho de su edad —le dijo el doctor mientras Amos se abotonaba la camisa.

—No tengo más que setenta y dos. ¡Eso no es ser viejo!

—Claro que no —le dijo el médico, conciliador—. Simples estadísticas, se da cuenta; un hombre de su edad y con sus antecedentes. . .

—Sé todo cuanto hay que saber acerca de esas condenadas estadísticas. No vine a verlo para eso. ¿Qué dice el informe?

—No puede quejarse de su estado físico, Amos —dijo el médico, estudiando la hoja—. La presión sanguínea parece perfecta, pero está propenso a la anemia. ¿Come usted hígado y legumbres frescas en abundancia?



—Detesto el hígado. Las legumbres cuestan demasiado.

—Eso es cosa suya. Pero recuerde, no puede llevarse a la tumba. Gaste un poco más de dinero en alimentos. Déle una tregua al corazón, no suba demasiadas escaleras.

—Vivo en un tercer piso; ¿cómo hago para evitar las escaleras?

—También eso es asunto suyo. Si desea cuidar al viejo cronómetro, múdese a





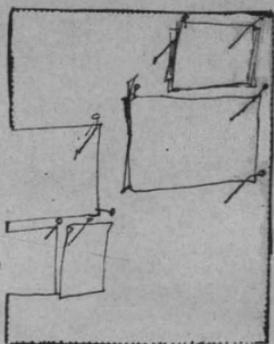
la planta baja. La vitamina D en el invierno y...

Había más, y después de tragarse su primera furia Amos tomó notas. Había alimentos y vitaminas y horas de sueño y aire puro y toda una lista de sandeces larga como el brazo. Pero estaba también la suscripción por dos años a *El Más Allá*, así que decidió revisar las notas.

Sin saber cómo, los meses siguientes pasaron rápidamente. Estuvo ocupado, buscando un cuarto en una planta baja, modificando los hábitos alimentarios, acomodándose en la nueva



habitación. Al principio solía tirar *El Más Allá* cada vez que el lúgubre sobre le ensombrecía la ranura del buzón, pero cuando hubo transcurrido un año y medio se volvió más audaz. Había un aviso de mausoleos, y en uno de los mejores se veía un gran rótulo escrito en letras rojas: *Reservado para usted. ¡¡¡Para mí no!!!*, garrapateó Amos por encima del aviso, y lo arrancó de la revista y lo pegó en la pared. Lo mismo hizo con otras fotografías, amables sepultureros señalando fosas recién cavadas, ataúdes cortados a medida convenientemente acolchados, y tantas otras cosas. Cuando hubieron pasado dieciocho meses, se divertía arrojando dardos a "Una fotografía del Fundador del Incino-Supremo, la Urna para la



Eternidad", y observaba cuidadosamente el transcurrir de los días en el calendario.

Sólo en los meses finales empezó a preocuparse. Se sentía muy bien, y el médico del sindicato lo felicitaba por dar ese gran ejemplo, pero eso no importaba.

¿Tendrían razón los actuarios? ¿Estaría su plazo a punto de expirar? Hubiera podido angustiarse hasta la muerte, ¡pero no era esa la forma en que morían los Cabot! La enfrentaría y vencería.

Primero quedaban pocas semanas, luego días apenas. Los últimos cinco días anteriores a la fecha de llegada de la revista se encerró en la habitación y se hizo subir la comida de la rotisería. Era caro, pero no iba a correr riesgos de accidentes en la calle; no ahora. Había recibido los veinticuatro números y su suscripción debía de haber vencido. A la mañana siguiente lo sabría. Esa noche no pudo pegar los ojos, pese a que sabía que el sueño regular era importante, y permaneció despierto hasta que el cielo empezó a aclarar. Luego dormitó un rato, pero se despertó ni bien oyó afuera los pasos del cartero. Este



era el día. ¿Seguiría llegando la revista? El corazón le martillaba furiosamente, y trató de calmarse cuando se puso la salida de baño. Su cuarto era el primero de la planta baja, justo al lado de la entrada, y todo cuanto tuvo que hacer fue salir al



vestíbulo y abrir la puerta del frente.

—Buenos días —le dijo el cartero.

—Buenos —respondió el hombre, haciendo girar la pesada bolsa y hurgando en su interior. Amos cerró la puerta primero; luego, febrilmente, revisó la correspondencia.

La revista no está allí. ¡Había ganado!

Si no era ése el día más feliz de su vida, poco faltaba para que lo fuese. Comparadas con esa, sus victorias sobre la compañía de ómnibus y los estafadores de las máquinas expendedoras no valían nada. Esta vez había ganado una guerra, no una batalla. Los había vencido a todos, había vencido a las estadísticas y a los actuarios, a contadores, cerebros mecánicos, ficheros, oficinistas y editores. ¡Había ganado! Se tomó una cerveza —la primera en dos años— y luego otra y se fue a conversar con los amigos en el bar. Había ganado. Se acostó tarde y durmió como un tronco hasta que lo arrancó del sueño la patrona llamando a la puerta.

—Correspondencia para usted, señor Cabot.

Correspondencia.

El miedo lo paralizó, luego se serenó lentamente. No podía ser. En dos años



El Más Allá nunca se había atrasado ni una sola vez, ni un día. Debía de ser otra correspondencia, aunque no era la fecha de su cheque. Abrió lentamente la puerta y tomó el gran sobre, con el pulso tan flojo que poco faltó para que se le cayera de los dedos.

Sólo cuando lo hubo puesto sobre la cama volvió a respirar con naturalidad: no era *El Más Allá* en su infame sobre azul: este era de un color rosa pálido. Contenía, sí, una revista, más o menos del mismo tamaño que *El Más Allá*, una revista voluminosa, de muchas páginas. Su título era *Senectud* (y las letras negras estaban trazadas en forma tal que parecían hechas de piedra cuarteada y desmenuzada) y más abajo decía *La Revista de Geri-arteria*. Había una foto de un viejito endeble en un sillón de ruedas con una manta alrededor de los hombros, sorbiendo agua de un pistero. Adentro había más. Avisos de bacinillas especiales y

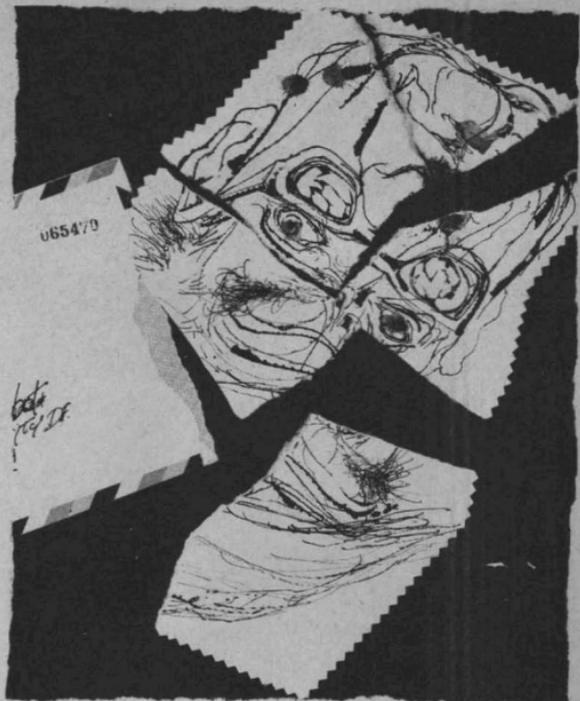
almohadillas para hemorroides, muletas y camas articuladas, notas tituladas "Aprenda Braille Cuando Pierda la Vista" y "Tullido pero Feliz", e "Inmóvil Durante Veinticinco Años". Una



carta cayó de la revista y Amos leyó a medias algunas frases, aquí y allá.

Bienvenido a la familia. . . la revista de geri-artería que le enseña el arte de envejecer. . . muchos largos años por delante. . . años vacíos. . . qué felicidad encontrar un ejemplar en el buzón todos los meses. . . edición parlante para ciegos. . . Braille para ciegos y sordos. . . todos los meses. . .

Había lágrimas en sus ojos cuando levantó la



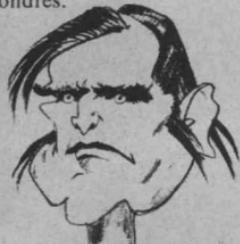
vista. Estaba oscuro, una mañana de abril lluviosa y fría, y el viento repiqueteaba en la ventana. Las gotas de lluvia resbalaban por el vidrio como lágrimas grandes y frías.

Título original:
"Not Me, Not Amos Cabot!"
Copyright © 1965 by
New Worlds Publications, Ltd.
Traducción de M. Horne y M. Souto





John Sladek (Iowa, 1937), estudió ingeniería mecánica y Literatura Inglesa en la Universidad de Minnesota. Ha publicado dos novelas y dos libros de cuentos, de un humor surrealista y desenfrenado, y un ensayo, *The New Apocrypha*. Vive en Londres.



Pablo Capanna (Florencia, 1937) es profesor de filosofía, traductor y crítico. Su ensayo *El sentido de la ciencia ficción* es lectura obligada para todo lector interesado en el tema.



Elvio E. Gandolfo (Rosario, 1947) es poeta, cuentista, traductor y crítico, director de la revista *El lagrimal trifurca* y colaborador de publicaciones de América Latina, Estados Unidos y Europa. Vive en Piriápolis, Uruguay.

LOS AUTORES



Harry Harrison (Connecticut, 1925) empezó a trabajar como ilustrador, pero a partir de la publicación de su primer cuento 'Rock Diver', 1951) dedicó casi todo su tiempo a escribir. Es uno de los pocos humoristas auténticos en el campo de la ciencia ficción (véase *Bill, héroe galáctico*). Vive en Dublín, Irlanda.



Damon Knight (Oregon, 1922) formó parte (junto con Pohl, Asimov, Kornbluth, Wollheim, Blish) de los Futurianos, un grupo de jóvenes que en la década del 40 cambió el rumbo de la ciencia ficción. Autor de tres notables libros de cuentos, es también crítico, traductor y antólogo.



Jaime Poniachik es autor de *Acertijos derviches* (1974), un libro que combina los mecanismos de las historias de Idries Shah con los problemas de ingenio; actualmente asesora a una empresa fabricante de juegos y colabora en diversas revistas. Con su esposa, Lea, dirigió *La revista del Snark* y escribió otro libro de acertijos: *Cómo jugar y divertirse con su inteligencia* (1970).



J. G. Ballard (Shanghai, 1930) pasó dos años en un campo de concentración japonés después del ataque a Pearl Harbour. Conoció la ciencia ficción mientras estaba en Canadá como piloto de la RAF. A diferencia de sus colegas, decidió dar la espalda al espacio exterior y explorar el "espacio interior", esa zona donde se tocan y se funden el mundo exterior de la realidad y el mundo interior de la psique.

Mario Levrero (Montevideo, 1940), es autor de una novela, *La ciudad*, y de un libro de cuentos, *La máquina de pensar en Gladys*. Últimamente ha dedicado casi todo su tiempo al estudio de la parapsicología, tema sobre el que en estos momentos prepara un *Manual*.



POR EL CONTRARIO, ALGUNOS MEDICOS
OPINAN QUE CONTRIBUYE AL DESARROLLO
ARMONIOSO DE SU CUERPO.
Y POR LO QUE TOCA A SU ESPIRITU,
PUEDE DESPERTARSE LA AMBICION INDIVIDUAL DE
LAS CRIATURAS, OTORGANDOLES PEQUEÑAS
RECOMPENSAS CUANDO SOBREPASEN SUS
RECORDS HABITUALES.

PARA ESTE FIN
SE RECOMIENDAN
LAS GOLSINAS
AZUCARADAS
QUE



DEVUELVEN
CON
CRECES
SU VALOR.

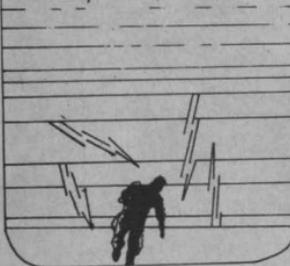


MIENTRAS
MAS CALORIAS
AÑADAN A LA DIETA
DEL NIÑO,
MAS KILOWATIOS
SE ECONOMIZAN
EN EL
MEDIDOR
ELECTRICO.



LOS NIÑOS PUEDEN LLEVAR POSTO DIA Y NOCHE
SU LUCRATIVO hp.
ES IMPORTANTE QUE LO LLEVEN SIEMPRE A LA
ESCUELA PARA QUE NO PIERDAN ESAS PRECIOSAS
HORAS DEL RECREO, DE LAS QUE ELLOS VUELVEN
CON EL ACUMULADOR REBOSANTE DE ENERGIA.

LOS RUMORES ACERCA DE QUE ALGUNOS
NIÑOS MUEVEN ELECTROCUTADOS POR LA CO-
RRIENTE QUE ELLOS MISMOS PRODUCEN SON
COMPLETAMENTE INFUNDADOS.
LO MISMO DEBE DECIRSE DEL TEMOR SUPERSTI-
CIOSO DE QUE LAS CRIATURAS PROVISAS DE
UN **BABY hp** ATRAEN RAYOS Y CENTELLAS.



NINGUN ACCIDENTE
DE ESTA NATURALEZA
POEBE OCURRIR,

SOBRETUDO

SI
SE SIGUEN

AL PIE

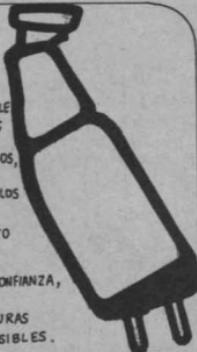
DE LA LETRA
LAS INDICACIONES
CONTENIDAS EN
LOS FOLLETOS
EXPLICATIVOS
QUE SE OBSERVIAN
EN CADA
APARATO.



BABY hp

ESTA DISPONIBLE
EN LAS BUENAS
TIENDAS
Y SUPERMERCADOS,
EN DISTINTOS
TAMAÑOS, MODELOS
Y PRECIOS.

ES UN APARATO
MODERNO,
DURABLE
Y DIGNO DE CONFIANZA,
Y TODAS
SUS COYUNTURAS
SON EXTENSIBLES.



**BABY
hp**

FABRICA Y GARANTIZA
John Mansfield & Sons
ATLANTA, U.S.A.



BABY HP

por **LIMA**

sobre un cuento

de **JUAN JOSE ARREOLA**



SEÑORA AMA DE



CASA: CONIERTA EN FUERZA



MOTRIZ LA VITALIDAD



DE SUS NIÑOS

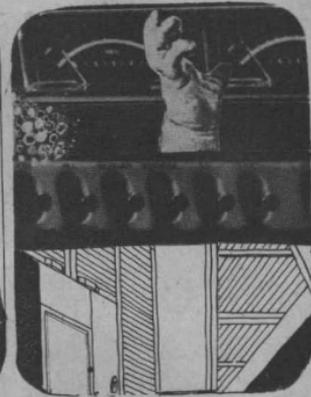
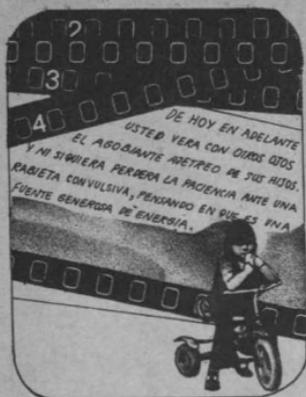


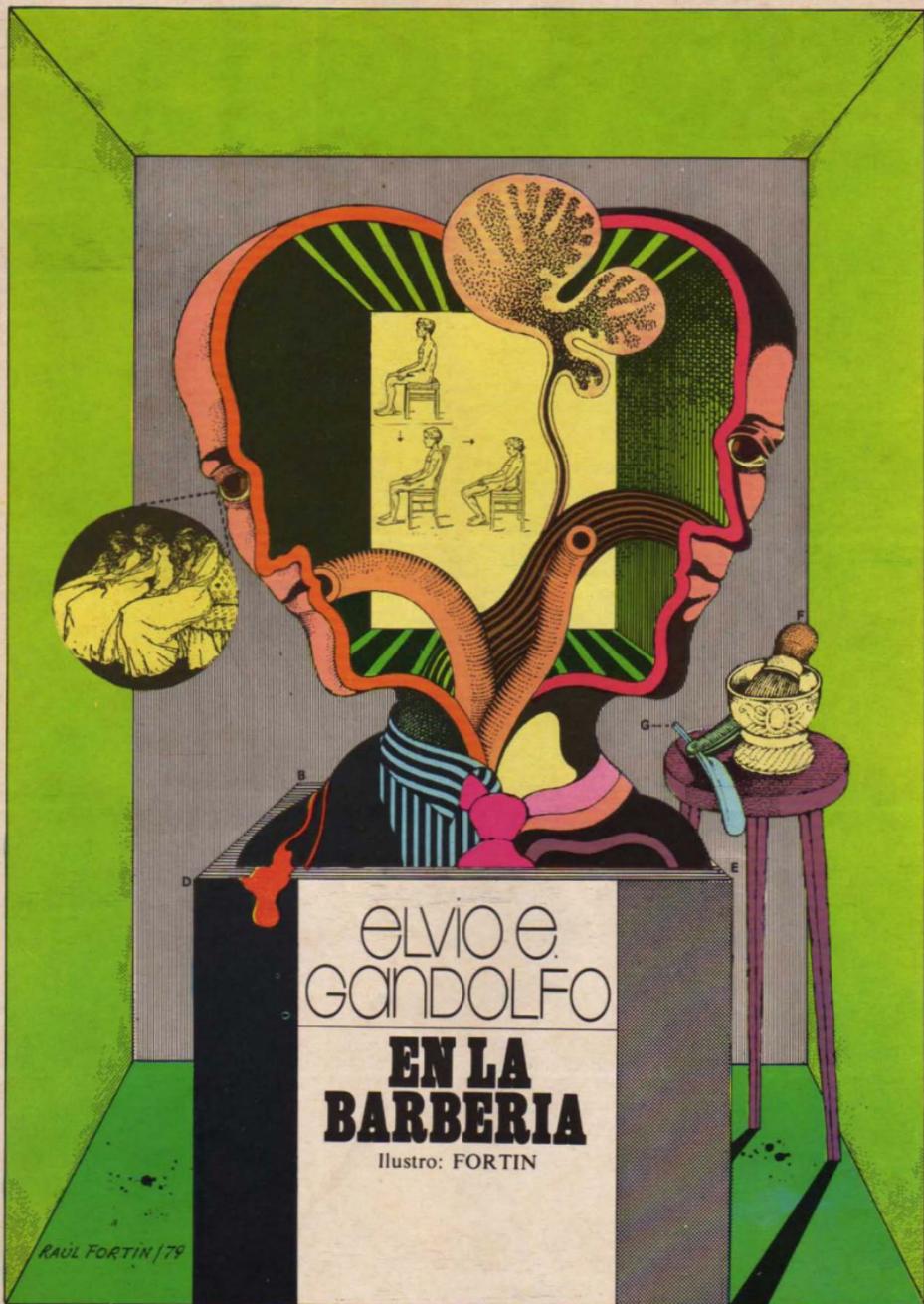
LA REVOLUCION EN LA ECONOMIA HIGIENIA



EL BABY hp es UNA ESTRUCTURA DE METAL, RESISTENTE Y LIGERA QUE SE ADAPTA CON PERFECCION AL DELICADO CUERPO INFANTIL MERMATE COMODOS CINTURONES, PULSERAS Y BROCHES. TODAS LAS RAMIFICACIONES DE ESTE ESQUELETO SUPLEMENTARIO RECOMENDADA UNO DE LOS MOVIMIENTOS DEL NIÑO, HACIENDO CONVERTIR EN DOS BOTELLITAS DE LEYDEN

QUE PUEDEN COLOCARSE EN LA ESTALIA O EN EL PECHO, SEGUN NECESIDAD. ENTONCES USTED, SEÑORA, DEBE DESPRENDERLA Y ENCRIFARLA EN UN DEPOSITO ESPECIAL, PARA QUE SE DESCARGUE AUTOMATICAMENTE. ESTE DEPOSITO PUEDE COLOCARSE EN CUALQUIER RINCON DE LA CASA, Y REPRESENTA UNA PRECIOSA ALIANZA DE ELECTRICIDAD DISPONIBLE EN TODO MOMENTO PARA FINES DE ALUMBRADO Y CALEFACCION, ASI COMO PARA IMPULSAR ALGUNOS DE LOS INNUMERABLES ARTEFACTOS QUE INVADEN AHORA EL HOGAR.





elvio e.
GANDOLFO

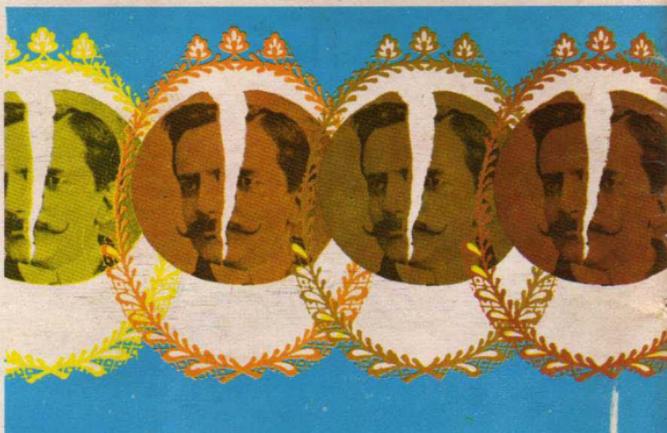
**EN LA
BARBERIA**

Ilustro: FORTIN

El cliente abandona la sala de espera y pasa por la puerta que el barbero gentilmente ha abierto y cierra a sus espaldas. Adentro hay un olor a la vez vago y picante a pelos, a jabones y colonia. El barbero indica con un gesto el sillón, donde el cliente se recuesta. Moviendo con manos hábiles y rápidas un par de palancas, después de atar la toalla alrededor del cuello del cliente y de acercar una vasija con agua caliente, consigue tenerlo en la posición deseada: entre sentado y acostado.

El cliente se relaja sobre la blanda y cómoda superficie del sillón, acunado por la música suave que se desprende de una radio ubicada sobre una de las tres pequeñas repisas de mármol que rodean el sillón. Antes de entrecerrar los ojos, ve su figura, varias veces repetida en los tres grandes espejos, de reflejo impecable, que van desde las repisas al techo, y al barbero multiplicado que se inclina sobre él con la navaja.

A partir de entonces, sólo tiene sensaciones táctiles o auditivas, el raspar o el patinar suave de la hoja de acero sobre las mejillas o la nuez, y el sonido a veces suave a veces áspero. Poco después lo invade también el olor de la crema que le cubre la cara. Ha apoyado las manos en los posabrazos del sillón, y tiene las piernas estiradas al máximo, con los pies descansando sobre un



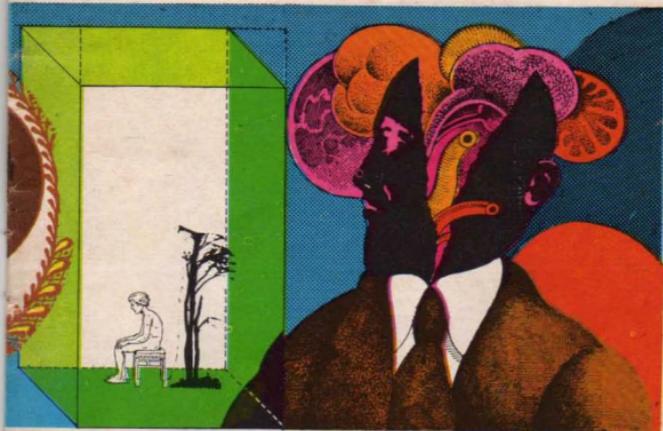
rectángulo de goma y acero que le hace recordar los estribos de los coches antiguos.

De pronto siente que hay un minúsculo detalle adverso y entreabre los ojos. En efecto, el barbero, con una sonrisa amable, le está alcanzando un pequeño trozo de papel o gasa, y le pide que por favor lo sostenga sobre un delicadísimo corte que le ha hecho bajo la oreja derecha. Al cliente, casi adormecido, le cuesta un poco de trabajo la simple acción de levantar la mano y el brazo hasta ese punto, pero obedece, y vuelve a entrecerrar los ojos, sin hacer caso de la sonrisa y el murmullo de disculpa del barbero.

Tal vez llevado por la imagen de los estribos de los automóviles, recuerda la infancia. Ve con una nitidez y unos colores desacostumbrados una vieja calle de tierra, a la hora de la siesta, en la que parecen mezclarse el polvo y la luz del sol para crear una gama densa y caliente de colores amarillos, anaranjados, marrones, de la que parecen participar hasta los árboles que inclinan las ramas sobre los zanjones. La calle está

completamente desierta, y sin embargo sabe que el que mira es él, aunque sigue recordando que está en la barbería. De pronto oye el sonido de un motor en la calle vacía. Lo más probable es que se acerque por una calle lateral, porque no alcanza a ver el menor movimiento en toda la perspectiva del paisaje marrón y amarillo, de la doble hilera desapareja de árboles inclinados. En el momento en que advierte que también podría venir desde atrás y va a darse vuelta, lo saca de la imagen un leve sacudón en el brazo derecho.

En un primer momento, desconcertado, se ve a sí mismo en el espejo de la izquierda, en una larga hilera de repeticiones en disminución, que relaciona con la calle perdiéndose de vista, y hasta llega a esperar que ese personaje cómodo, un poco enjabinado, reaccione. Después logra girar la cabeza y ve el rostro del barbero, aumentado, que con una sonrisa le alcanza otro trocito de gasa o papel, indicándole ahora la oreja izquierda. Un poco molesto, se da cuenta de



que ha dejado caer el otro brazo, y que desde la parte inferior de la oreja derecha le corre un hilo de sangre. En la bruma amarillenta de la visión que aún lo rodea, no puede distinguir si está seca o fresca. El barbero no ha advertido su molestia y con un gesto de la cabeza, sonriendo, parece indicarle que no se preocupe, que se recueste y, eso sí, sostenga la gasita bajo la oreja izquierda, donde hay un minúsculo corte.

Entrecierra los ojos y por unos instantes cree haber perdido la calle de la infancia. Pero sólo ocurre que la está viendo por la noche, y que dos de los tres focos de esa cuadro están rotos. Poco a poco va advirtiendo el resplandor del tercero, que filtra su luz a través de las ramas de un árbol. Después oye un tejuido leve y completo de ruidos de grillos, ranas zambulléndose en los zanjones, y los pasos de alguien que no puede ver, recorriendo con calma una de las veredas hundidas en la sombra. Le llama la atención un bulto sobre la orilla derecha. Es un automóvil, aunque resulta imposible deducir si se trata

del que oyó antes. Por la forma cuadrada y sólida, cree poder afirmar que se trata de uno de esos modelos antiguos, con estribos semejantes al rectángulo de goma sobre el que descansan sus pies en la barbería. Tiene la intención de acercarse y comprobarlo, pero no puede moverse, una inmensa lasitud lo embarga, y la leve molestia de no poder cumplir con su deseo le hace antreabrir los ojos.

En los dos espejos laterales puede verse a sí mismo con los brazos caídos, un hilo de sangre que baja de cada oreja y otro, más amplio, que se abre en la garganta. Busca con la mirada al barbero, esperando verlo acercarse con un algodón o una gasa un poco más grande, y su reconfortante sonrisa de disculpa. Sólo logra ubicarlo cuando mira el espejo frontal, al que, curiosamente, no había dirigido los ojos hasta entonces.

Lo ve detrás del sillón, cruzado de brazos, con una tijera curva en una mano y la otra descansando sobre la túnica blanca. Al parecer ha captado su mirada en el espejo frontal, porque el

rostro se abre en la esperada sonrisa de disculpa. Pero no se mueve. En cambio algo oscuro llama la atención del cliente al costado derecho del sillón. Advierte que es una mujer delgada y morena, vestida de negro, muy probablemente la esposa del barbero. La mano delgada y blanca de la mujer se adelanta con una toallita y le enjuga la sangre de la garganta. Al parecer no le preocupan los dos hilos que corren bajo las orejas, aunque al pensarlo advierte que la previsión del barbero lo ha llevado a ubicar ya dos trozos de gasa debajo de ellos, sobre los hombros cubiertos por la gran toalla blanca, para que vayan absorbiendo.

En otra situación, el cliente se arrancarían del sillón de un salto, pediría explicaciones en voz alta al barbero, haciendo que en primer lugar se retirara esa mujer, cuya presencia es injustificable. Pero una dulce lasitud lo invade, le es imposible siquiera cambiar de posición en el sillón. Un segundo después de entrecerrar los ojos, ve que el barbero, conciente de la inutilidad de seguir usándola, abandona la sonrisa.

Ha esperado refugiarse en la calle, pero al mirar no alcanza a ver ni siquiera la confusa forma del coche estacionado, y los sonidos han desaparecido casi por completo. Calcula que se acerca la madrugada.

© 1979, Elvio E. Gandolfo



ESE LIQUIDO VERDE

Mario Levrero

Ilustró: PATRICIA

Llaman a la puerta. No espero a nadie; me extraña que llamen. Sin embargo, abro.

Hay una muchacha de uniforme y ojos verdes; sonrío, muestra un portafolios y me dice:

—¿Me permite pasar? Es una demostración gratuita domiciliaria.

No lo pienso; me hago a un lado y entra, al tiempo que abre el portafolios. Extrae una franela y un frasco, pero aún no reparo en esto; detrás de ella entra un payaso, que se para de manos en el centro de la pieza, y hay más gente afuera.

La muchacha humedece la franela con el contenido del frasco —un líquido verde— y comienza a pasarla por una mesa, frotando lentamente con movimientos circulares. Ha entrado una pareja de equilibristas que hacen pruebas maravillosas; una consiste en hamacarse, colgados de la araña, y dar una vuelta completa en el aire y caer de pie, haciendo un saludo; pero yo estoy atento al domador que entra con un león y un tigre (que gruñen con sonidos estomacales y peligrosos), y luego a la écuyere de pie sobre el caballo, y a los camellos y a la jirafa y al elefante; éste queda trabado en la puerta, a pesar de que el director ha abierto especialmente las dos hojas. El elefante tiene una expresión penosa mientras el domador y el payaso lo empujan hacia afuera, para des-trabarlo; luego lo empujan de nuevo hacia adentro, torciéndolo ligeramente, y logran hacerlo pasar.

Quedaba el motorista suicida que irrumpe con ruido infernal, a gran velocidad; da vueltas por las paredes y hasta por el techo.

Me acerco a la muchacha y le digo que ya tengo bastante de su demostración domiciliaria, que ya no me interesa, que no he de comprar, de todos modos, ningún producto; que está perdiendo su tiempo, y yo el mío.

No se enoja; sonrío, interrumpe sus movimientos circulares, guarda sus cosas, me saluda y sale. Mientras baja la escalera me asomo y le grito:

—Y llévete también su circo. ¡Por Dios!

—¿Mi circo? —pregunta, asombrada—. ¿Qué me dice? Esa gente no ha venido conmigo.





UNA NUEVA IDEA

Nuestros Suplementos de Humor
y Ciencia Ficción
constituyen una experiencia editorial
que prepara el camino para mostrar
una nueva idea:

EL PÉNDULO

entre la ficción y la realidad

Revista de Literatura ilustrada,
humor e historietas

El primer número, a aparecer
el 4 de septiembre,
ofrece el siguiente material:

UN HOMBRE CUIDADOSO MUERE

Cuento inédito de Ray Bradbury

LAS CUCARACHAS

Cuento de Thomas M. Disch

PRISIONERO DE LOS ABISMOS DE CORAL

Cuento inédito de J. G. Ballard

La obra de J. G. Ballard/ por Pablo Capanna

LOVECRAFT, poeta de lo inconsciente
por Dirk W. Mosig

Alberto Breccia y LOVECRAFT en historietas.

ROB SCANNER

Historieta de ciencia ficción,
de Grondona White

LAS PUERTITAS DEL SR. LOPEZ

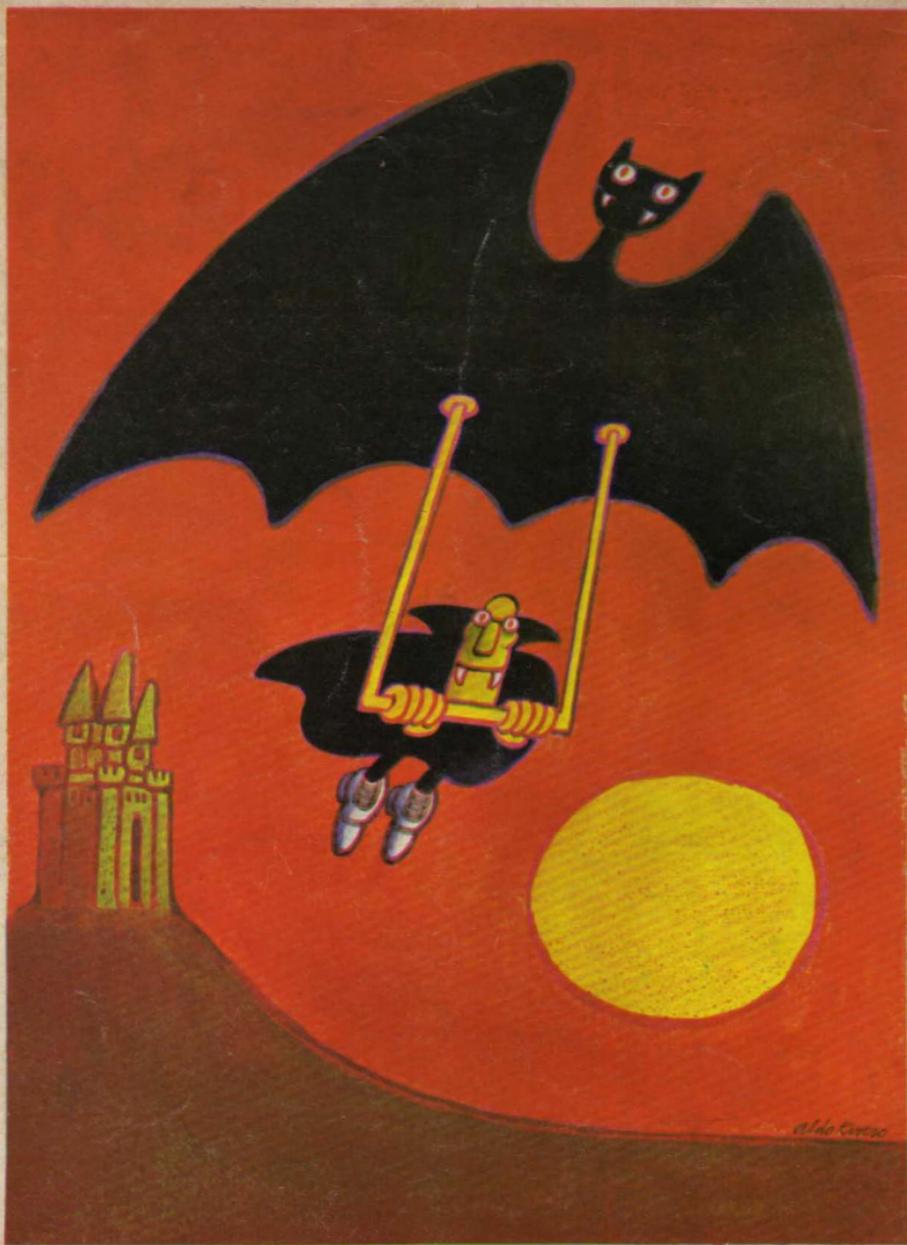
Historieta esotérica con guión de
Carlos Trillo y dibujos de Horacio Altuna

Además, cuentos de LEVRERO y GANDOLFO,
ilustraciones de Fati, Grondona White,
Tomás Sanz, Andrius, Raúl Fortín, etc.

Y el humor de Tabaré, Cilencio, Marín, Artó. . .

EL PENDULO - entre la ficción y la realidad





Aldo Fallai